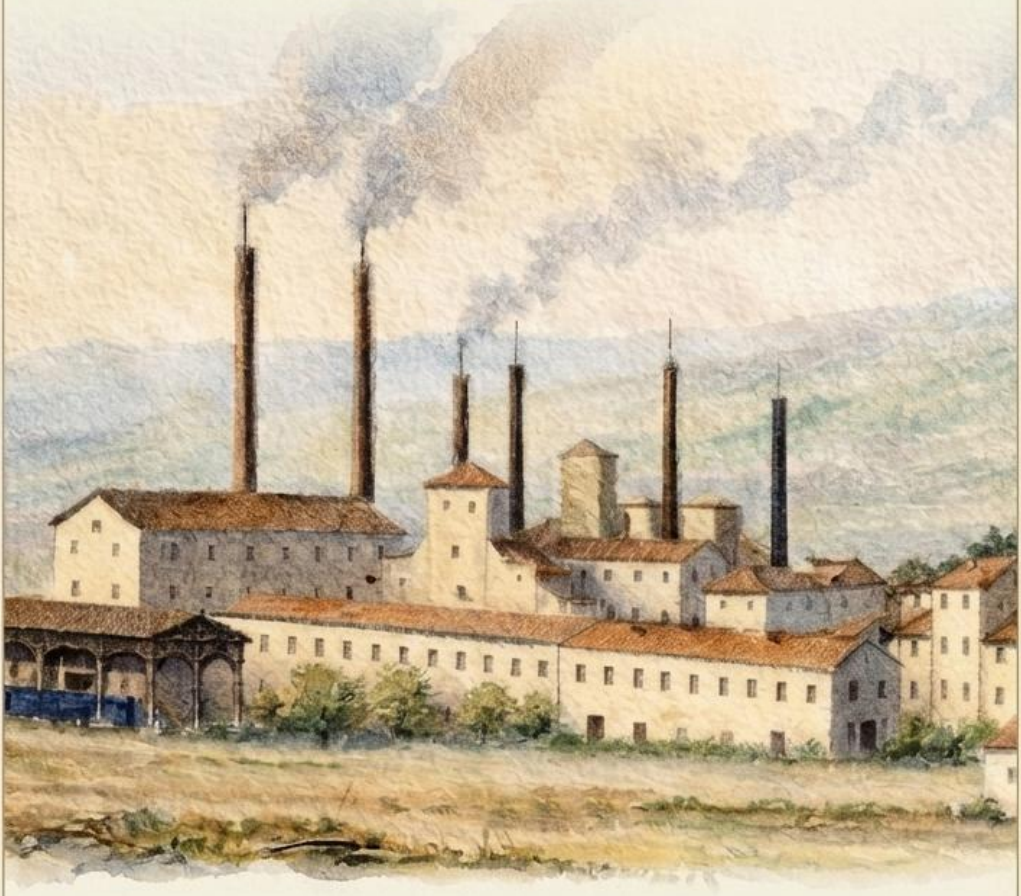
Francesc Costa Oller



EL ECO DEL VAPOR GORDILS

Tecnología textil en Mataró
a mediados del siglo XIX

Francesc Costa Oller

El Eco del Vapor Gordils

Tecnología textil en Mataró a mediados del siglo XIX.

Mataró, 2026

Nota:
El *Eco del Vapor Gordils* se centra en el surgimiento de la industria moderna en Mataró a mediados del siglo XIX y es una adaptación de mi libro *Mataró Liberal* (Mataró, 1985), obra que obtuvo el Premio Iluro en 1984. Complementa mi libro, *Mataró siglo XIX* (Mataró, 2026) que ofrece una visión de conjunto del período, donde los planos político y económico aparecen entrelazados.

Portada:
Fragmento de un panorama de la ciudad de Mataró, pintado por Lluís Esplugas en 1872 (Museu de Mataró). A la izquierda, la fábrica Gordils y Dalmau, a su derecha la fábrica Busqueta y Sala, al frente, la estación del ferrocarril. El siglo XIX en su máxima expresión.

Índice

Ciudad | 7
Economía | 23
Textil | 65
Fábricas | 95
Final | 153

Ciudad

A mediados del siglo XIX, Mataró era una ciudad que despertaba a la modernidad. Los viajeros que recorrían la costa catalana la describían con admiración. El escritor inglés Richard Ford, que visitó la ciudad en la década de 1840, quedó seducido por el pai

-saje de la marina del Maresme: una sucesión constante de colinas y llanuras, con el azul del Mediterráneo a un lado y la rica franja marítima al otro. Observó que toda la población estaba entregada al trabajo: las mujeres tejiendo, los hombres cavando y en las fá-bricas, los pescadores ejerciendo su oficio. Anotó que Mataró se alzaba sobre el mar rodeada de jardines verdes, con quince mil habitantes, dos plazas agradables, un hospital bien administrado y una notable parroquia con cuadros de Viladomat en la capilla de los Dolores. Su calle principal, la Riera articulaba la vida urba-na y la ciudad estaba bien abastecida de agua. Por su parte, el es-critor francés Stendhal, que hizo escala en la ciudad en 1837, des-tacó que sus casas, perfectamente encaladas tanto

por dentro co-mo por fuera, le conferían una imagen de pueblo pequeño y muy agradable, elevado cuarenta pies sobre el nivel del mar, lo que le proporcionaba una amplia perspectiva sobre la costa. Para alojar a visitantes y viajeros en tránsito, la ciudad contaba con una red de fondas cuyo origen se remontaba al siglo XVIII. La más an-tigua era el mesón de Monserrate, donde se recaló el francés.

La conexión con Barcelona se realizaba mediante tartanas, diligencias y carros que cubrían el trayecto en unas seis horas. Ante el creciente tráfico entre ambas ciudades, en 1844 un grupo de once comerciantes fundó la Sociedad la Unión con el propósito de explotar una línea de ómnibus que proporcionase a los pasajeros todas las comodidades que la época reclamaba. El cabotaje marítimo completaba las comunicaciones comerciales, con un nutrido contingente de embarcaciones dedicadas al transporte de mercancías.

La principal vía de comunicación terrestre era el camino real, la carretera de Barcelona a Francia que discurría por los pueblos de la costa. Su estado era precario, y la inexistencia de un puente sobre el río Besòs era un impedimento en tiempos de avenidas. El consistorio pugnó por conectar Mataró con el Vallès a través del collado de Parpers para facilitar los intercambios. Existía un antiguo camino real de origen medieval pero inadecuado para carros; la diputación encargó su mejora a varios técnicos, pero las obras iniciadas hacia 1840 quedaron paralizadas por falta de presupu-

esto. Habría que esperar hasta finales de siglo para disponer de una carretera en condiciones.

El ferrocarril

El hecho más relevante en la historia de las comunicaciones de Mataró en estos años fue, sin duda, la llegada del ferrocarril. El 28 de octubre de 1848 se inauguró solemnemente el tramo que la unía con Barcelona, convirtiéndola en la primera ciudad de España en contar con un tren. El impulsor fue el mataronés Miquel Biada, aunque las fuerzas vivas de la ciudad, encabezadas por el ayuntamiento, no vieron con buenos ojos aquella obra. Una vez en funcionamiento, los primeros juicios fueron negativos: se consideró que el establecimiento del ferrocarril había paralizado ciertas industrias, dejando sin recursos a algunas familias.

La polémica se agudizó cuando la compañía anunció su intención de prolongar la línea hasta Arenys de Mar. En 1851 el ayuntamiento se dirigió a la reina para exponer los perjuicios que el tren causaba a la ciudad. En su escrito argumentaba que, tras haberse esperado una época de prosperidad con la inauguración de la línea, el resultado era exactamente el contrario: la cercanía de Barcelona, aún más acortada por la velocidad del ferrocarril, había convertido a Mataró en poco más que un arrabal de la capital, y la inmensa importancia de Barcelona absorbía los escasos recursos con que contaba la población local. Se señalaba también que el tráfico marítimo había sufrido un retroceso por el trasvase

de mercancías al tren, y que muchas familias que vivían del cabotaje habían quedado sin trabajo.

La oposición a la extensión hasta Arenys fue masiva. En diciembre de 1855, trescientos hombres asaltaron la estación lanzando proclamas contra la compañía ferroviaria. Al año siguiente se presentaron mil quinientas firmas contra el proyecto y el ayuntamiento llegó a dimitir en bloque para ejercer presión. Con todo, las obras continuaron y el 19 de enero de 1857 se inauguró el tramo hasta Arenys. Con el tiempo, la reestructuración que impuso el ferrocarril resultó beneficiosa para la modernización de los intercambios y las formas de comercio, aspectos cruciales para una ciudad cuya economía giraba en torno a la producción y la venta de tejidos de algodón.

El sector exportador de Mataró era de notable alcance internacional. La ciudad era aduana de mar, lo que motivaba la presencia de representantes consulares de varios países: Austria, Francia, Inglaterra, Portugal, Cerdeña y los Estados Unidos. Por el puerto salían barcos cargados de aguardiente, hilados y tejidos con destino a muy diversos mercados. La industria textil algodonera, que había despegado tras la Guerra de la Independencia gracias a la inversión de capitalistas locales, era el motor de la economía y la que más demanda generaba en los mercados exteriores.

El dinamismo económico exigía una infraestructura de servicios municipales a la altura de las circunstancias. El ayuntamiento

reformó sus ordenanzas públicas en 1822, 1837 y 1850 para atender los nuevos problemas urbanísticos y de convivencia cívica. Se ocupaba del mantenimiento de fuentes, molinos, escuelas públicas, el hospital y el mercado. Entre las obras de nueva planta destacaron el matadero de 1834, la pescadería de 1841, la carnicería de 1842 y, en 1855, la instalación del gas para uso privado en casas y fábricas, así como para el alumbrado de las calles. También se adquirió una bomba de extinción de incendios.

La prisión, que hasta entonces ocupaba el mismo edificio del ayuntamiento, fue objeto de un largo proceso de traslado. Se iniciaron obras en el terreno del antiguo convento de carmelitas, pero se suspendieron pronto por falta de fondos. Con ayuda oficial, se edificó finalmente la que en su época fue considerada la prisión más moderna de España, de estructura panóptica, diseñada por el arquitecto Elies Rogent e inaugurada en 1863.

El orden urbano se mantenía con cuatro vigilantes nocturnos para los cuatro barrios en que estaba dividida la ciudad hasta 1844. La expansión urbanística y las tensiones políticas llevaron ese año a una nueva división en seis barrios, cada uno con un alcalde de barrio encargado de tareas auxiliares: censos de vecinos, control de entradas y salidas de residentes, alojamiento de soldados, etc.

El municipio

El ayuntamiento era el organismo gestor de la vida económica, aunque sus posibilidades de actuación estaban muy condiciona-

das por una economía débil y un presupuesto limitado. Entre el ayuntamiento del Antiguo Régimen y el liberal existían diferencias sustanciales en la concepción del poder y en la función administrativa. La legislación liberal atribuía a los alcaldes y ayuntamientos la recaudación de impuestos, la publicación y ejecución de disposiciones, la protección de la propiedad, la seguridad ciudadana, la conservación de los bienes comunales, la iniciativa de obras públicas y la dirección de establecimientos de sanidad, beneficencia e instrucción.

Para llevar a cabo estas tareas, los regidores se organizaban en comisiones. En 1826 existían las de carnicerías, policía urbana, contribuciones, aguas y molinos, alumbrado, gastos menores, obras de la riera, composición del cuartel y arrendamientos. Diez años después, en 1836, el abanico se amplió con comisiones de aguas, alojamientos y bagajes, fortificación, escuelas pías, escuelas de dibujo y náutica, milicia nacional, alumbrado, prisiones, sanidad, hospital, policía urbana y finanzas. En 1846 se añadieron las de carnicerías, contribuciones y beneficencia.

Los ingresos del ayuntamiento procedían de dos fuentes principales: los bienes de propios y los arbitrios. Los Propios eran un conjunto de bienes de titularidad municipal que se arrendaban: tres molinos harineros, la casa fleca, dos casas en la calle de Barcelona, el derecho de venta de carne y el uso de corrales, matadero y carnicería pública. Tras la desamortización se añadió el edificio del antiguo convento de carmelitas, destinado a casa de

beneficencia. Estos ingresos estaban gravados en un veinte por ciento que debía entregarse al Estado, y fueron menguando con los años: la introducción de molinos de vapor hizo perder importancia a los molinos de agua municipales; la liberalización del comercio afectó al derecho de venta de la carne; y la casa fleca quedó relegada a actividades menores como bailes y fiestas.

Los arbitrios gravaban la introducción de diversos productos para el consumo local. Los más importantes eran el derecho de la rasera, que pesaba todas las especies de granos; el derecho de la gabela, que otorgaba el monopolio de venta de aceite y jabón; el derecho sobre los cerdos muertos; el derecho de balanzas, que gravaba la venta de víveres sujetos a pesado; y el derecho de pesar el cáñamo, además de la renta sobre licores y aguardiente al detalle y la correduría pública. En algunos periodos el ayuntamiento arrendaba la recaudación de los arbitrios a particulares, una manera de obtener liquidez. En 1837, Joan B. Saurí pagó 24.390 reales por ese derecho anual, pero en 1843 la operación produjo sólo 19.367 reales, reflejo de la crisis económica y política de ese momento. La necesidad obligaba a sobrecargar los productos de la cesta básica, medidas que repercutían directamente sobre el consumo popular, provocando una subida de precios que golpeaba especialmente a los grupos más desfavorecidos.

El déficit presupuestario era el mal endémico de las finanzas municipales. En 1824 el ayuntamiento elevó una exposición al Supremo Consejo de Castilla señalando que los ingresos no bas-

taban para cubrir los gastos ordinarios: mantenimiento de carreteras, papel sellado, reparaciones en el consistorio, la cárcel, los cuarteles y los molinos, limpieza de corrales y carnicerías, composición de murallas, gastos de pleitos, contribuciones religiosas en época de epidemias o sequías. Una exposición de abril de 1833 explicaba que el déficit crecía por la devaluación de los propios: los arriendos habían sido mucho mayores en épocas pasadas, la panadería con privilegio exclusivo había cesado por la liberalización del comercio, la gabela se había visto gravemente mermada en una ciudad grande y populosa donde resultaba difícil controlar las contravenciones y los licitadores se retiraban, y la venta exclusiva de nieve o hielo —que antes producía dos o tres mil reales de arrendamiento— había desaparecido por completo. En 1852 los regidores se lamentaban de tener tan limitadas sus facultades que se les negaba cualquier gasto que no constase en el presupuesto aprobado, por evidente que fuera su necesidad. Para cubrir el déficit de 36.000 reales de 1855, el ayuntamiento propuso una retención del diez por ciento sobre la contribución de inmuebles y del once por ciento sobre la de comercio e industria.

La urbanización

Richard Ford, visitó Mataró en los años cuarenta, en un momento de intensa actividad constructiva. Hasta entonces el crecimiento urbano había sido muy lento: entre 1775 y 1824 se habían formado apenas doce calles. Durante los años veinte y treinta, la crisis económica y un presupuesto escaso redujeron las iniciativas a

un mínimo: se realizó la acequia de la riera, se amplió la plaza ante la iglesia de Santa Maria derribando una casa que la limitaba, y se llevaron a cabo trabajos de mantenimiento: arreglo de aceras, encalado de fachadas y reparación de calles tras las lluvias torrenciales. El consistorio también se interesó por un proyecto de paseo en la Rambla y reguló las condiciones técnicas de las construcciones, exigiendo que las ventanas de cierta dimensión se hicieran con bastimentos de piedra picada.

A partir de 1840 el crecimiento urbano se aceleró notablemente. En apenas diez años se abrieron más de una docena de calles nuevas y se edificó en otras que estaban sólo iniciadas. El ayuntamiento, consciente de esta expansión, tomó medidas para regular los aspectos técnicos de las obras: investigó quejas por intrusismo profesional, inspeccionó casas que no se construían con arreglo a las reglas del arte, ordenó que las paredes y cimientos exteriores se hiciesen con mortero de cal y arena —no de cal y barro—, y promovió la elaboración del plano geométrico de la ciudad que había ordenado levantar el jefe político provincial. En febrero de 1846 se aprobaron normas complementarias de edificación adaptadas a los nuevos problemas, y el regidor Jaume Baladia propuso adecuar las ordenanzas locales a las que regían en Barcelona.

En 1840 se abrieron en los terrenos del hacendado Andreu Llauder las calles de Montserrat, Beat Oriol y Sant Desideri. En 1843, Antoni Viada y el hacendado barcelonés Ramon de Matas cedieron al ayuntamiento sus tierras en l'Horta del Lleó para construir

una plaza y obtener permisos de edificación en el entorno. De ahí nacieron las calles de Cuba, del Molí, Unió y Sant Cugat, así como la prolongación de Beat Oriol y la edificación en la parte occidental de Montserrat. La plaza del centro recibió el nombre de Nova, y más tarde adoptó el nombre de la calle más conocida que le daba acceso: la de Cuba. En 1844 se abrieron las calles de Iluro y del Prat, en esta última ya con algunos edificios fabriles. Las obras se sucedían sin pausa: en 1850 había 2.130 casas en la ciudad. Dos años después el arquitecto Ignasi Caballol elaboró el primer plano trazado con técnica científica, que ofrece la imagen física de aquella ciudad activa y en expansión. Cabe destacar que la iniciativa de las obras de nueva planta partía en su mayor parte de los hacendados ricos en tierras, que veían en el alquiler de viviendas una fuente de rentas complementaria y más segura que el cultivo de huertas.

El ayuntamiento se ocupaba también del mantenimiento de las dieciséis fuentes públicas que había en 1849, y construía nuevas cuando era necesario. El alumbrado fue otro ámbito de especial atención. En 1816 el consistorio consideró necesaria la instalación de luces en las calles para preservar la seguridad pública en las horas nocturnas, cuando los enemigos de la tranquilidad se aprovechaban de la oscuridad para facilitar los robos. El proyecto contempló la adquisición de 393 faroles de aceite atendidos por once operarios, y fue llevado a cabo.

La introducción del gas como sustituto del aceite fue el paso siguiente. En 1846 el ayuntamiento exploró la posibilidad de iluminar las calles con este revolucionario invento; desde Madrid, Guillermo Partington propuso convertir los cuatrocientos faroles de aceite en doscientos de gas. El coste pasaría de los 30.000 reales anuales a 44.000, un incremento que el consistorio no asumió y la iniciativa quedó paralizada. En 1852 Pere Màrtir Golferich ofreció iluminar con gas la Rambla durante las fiestas de las Santes, y el éxito de la experiencia impulsó la instalación definitiva del servicio. El alumbrado de gas se inauguró el 24 de julio de 1855, y de inmediato los miembros más destacados de la sociedad lo instalaron en sus domicilios y en sus fábricas: en unos casos suponía una mejora en las condiciones de producción, en otros era un signo de distinción y comodidad.

Demografía

El historiador Vicens Vives señaló el interés de seguir con detalle la lucha entre la muerte y la vida durante la primera mitad del siglo XIX y de registrar el triunfo de la confianza y la vitalidad de un pueblo. Los datos disponibles para Mataró confirman que la ciudad participó activamente en el crecimiento demográfico general de Cataluña desde principios de siglo hasta la década de los sesenta, cuando comenzaron a llegar a la edad de procrear las generaciones nacidas en el período 1832-1841, especialmente mermadas por los conflictos de aquellos años.

La evolución de la población a lo largo del período puede seguirse a través de las estadísticas disponibles, si bien hay que tomar estas cifras con cierta cautela. En 1820 la ciudad contaba con unos 11.813 habitantes distribuidos entre 2.299 vecinos. En 1824 la población había crecido hasta los 12.476 habitantes, y en 1830 llegaba a 12.577 con el mismo número de vecinos que diez años antes. En 1835 se registró una ligera caída hasta los 11.415 habitantes, probablemente relacionada con los conflictos políticos y militares de esos años. La recuperación fue rápida: en 1837 la ciudad alcanzaba los 13.203 habitantes, y en 1842 eran 13.010 repartidos entre 2.606 vecinos. Los años siguientes mostraron una tendencia sostenida al alza: 13.147 habitantes en 1850, 13.500 en 1853 con 2.700 vecinos. El censo de 1857, el primero realizado con técnica moderna, registró 16.595 habitantes, una cifra que el demógrafo Josep Iglesias consideró inflada por las nuevas metodologías censales, ya que un incremento del 45,73% entre 1842 y 1857 resultaría absolutamente desproporcionado para el período. Hay que señalar, además, que en 1854 la epidemia de cólera causó más de mil muertos en la ciudad, lo que hace aún más sorprendente el salto estadístico de 1857.

Según las cifras de Galobardes, en 1830 Mataró era la cuarta ciudad catalana por población, tras Barcelona, Reus y Tortosa, y había ganado 2.634 habitantes desde 1787, un crecimiento del 26,49%. La validez de las estadísticas antes de 1857 es cuestionable: en 1835, por ejemplo, el ayuntamiento tuvo que reclamar

ante el gobernador porque la subdelegación de policía había inflado el censo —hasta 3.205 vecinos— al duplicar el número de casas e incluir a los transeúntes, con el propósito de que la ciudad fuese clasificada en una categoría administrativa más elevada.

El movimiento natural de la población entre 1820 y 1857 muestra un balance vegetativo positivo a lo largo de casi todo el período, con algunas excepciones puntuales. Los años de crisis política y militar —1820-1823 y 1833-1840— tuvieron su reflejo en una ralentización del crecimiento. Las crisis de trabajo y subsistencia de 1821, 1827, 1837, 1843 y 1847 se tradujeron en descensos en la tasa de natalidad, aumento de la mortalidad y retraso en la formación de nuevas familias, aunque ninguna de estas crisis alcanzó en Mataró la profundidad que tuvo en otras ciudades.

El crecimiento demográfico de la ciudad se sustentaba no sólo en el crecimiento natural sino también en la inmigración. El auge industrial de Mataró, con la apertura continua de nuevas fábricas, actuó como un poderoso imán para las oleadas de campesinos que buscaban en las ciudades industriales trabajo estable y salarios más altos. De 1857 a 1900, la población pasó de 16.595 a 19.704 habitantes, impulsada por la expansión continuada de la industria.

Sanidad

Desde 1803 el ayuntamiento gestionaba el hospital, pilar fundamental de la sanidad local. Sus recursos procedían principalmen-

te de herencias, donaciones y el monopolio sobre las representaciones teatrales, los bailes públicos y el juego de billar; el consistorio contribuía con un cordero diario para las necesidades de la casa. Estos ingresos eran escasos e irregulares, lo que dificultaba la sostenibilidad del servicio, especialmente ante gastos imprevistos como la atención a militares enfermos de paso, cuyas facturas a menudo quedaban impagadas. La liberalización del comercio y la abolición de los regímenes especiales redujeron aún más estos ingresos, poniendo en peligro la viabilidad del hospital.

La infraestructura sanitaria se completaba con un conjunto de pequeños cementerios que fueron unificados en un cementerio nuevo y general en el antiguo convento de capuchinos, en la parte alta y exterior de la ciudad. En 1847 contaba con un centenar de nichos, sepulturas, sala mortuoria y escalinata de acceso, y seguía construyéndose bajo la dirección del arquitecto Miquel Garriga.

La salud pública era una preocupación permanente de los consistorios, dado que las graves epidemias de la época hacían absolutamente necesarias las medidas preventivas. La primera gran crisis sanitaria del siglo fue la de 1821. Mataró logró evitar la epidemia, que en cambio causó numerosas víctimas en Tortosa y en la capital. El cólera de 1834, entre agosto y octubre, fue más grave y dejó cuarenta y un muertos.

La peor crisis de todo el período fue la epidemia de cólera de 1854. A principios de septiembre el brote de Barcelona se propa-

gó a Mataró, con efectos devastadores. La ciudad cayó en el caos: la gente se refugiaba en las iglesias para recibir los sacramentos, las tiendas y fábricas cerraban, familias enteras morían solas y abandonadas, y las calles se llenaron de carros con cadáveres en medio de una ola de pánico colectivo. La intervención directa del gobernador Madoz fue decisiva para restablecer el orden: organizó la distribución de víveres, estableció un ayuntamiento provisional y creó una junta de sanidad y beneficencia presidida por Joaquim Martí Andreu. Los días más dramáticos fueron el 5, 6 y 7 de septiembre, cuando los médicos no daban abasto y se registraron 337 muertes en setenta y dos horas. A mediados de octubre la epidemia se dio por concluida, con un total de 1.077 defunciones, el 8,20% de la población según el padrón de 1850.

Economía

La historia económica de Mataró durante la primera mitad del siglo XIX es la historia de una ciudad que osciló sin descanso entre el auge y el desplome, entre el entusiasmo inversor y la paralización absoluta, entre las promesas del comercio atlántico y las crueles consecuencias de las guerras y los bloqueos marítimos. Entender esa economía exige seguir sus ciclos con atención, porque ningún período puede comprenderse de manera aislada: cada crisis engendra el germen de la recuperación, y cada prosperidad lleva inscrita la semilla de la siguiente caída.

Mataró era, a comienzos del ochocientos, una ciudad cuya vitalidad económica dependía en buena medida del comercio exterior. Sus industrias —tejidos, medias, encajes, vinos, aguardientes— producían para mercados lejanos, especialmente para las colonias americanas. Esa dependencia la hacía extraordinariamente vulnerable a cualquier alteración de las rutas marítimas. Cuando España y Gran Bretaña entraban en guerra, los barcos

enemigos bloqueaban las comunicaciones oceánicas y las fábricas quedaban sin salida para sus productos. Eso ocurrió de manera dramática en 1796. El colapso que sobrevino fue general en toda Cataluña, pero especialmente agudo en Mataró, donde una parte desproporcionada de la actividad económica estaba orientada a la exportación. En 1799 la industria y el comercio se detuvieron; numerosos establecimientos fabriles hubieron de cerrar sus puertas, los telares quedaron parados y la producción de vino no encontraba salida. La miseria cundió entre la población trabajadora hasta el punto de que incluso los abogados se quejaban de que la pobreza generalizada disuadía a la gente de litigar. Las autoridades se vieron obligadas a crear una junta de caridad dedicada a asistir a los obreros sin trabajo y a organizar la recogida de alimentos para los desocupados.

El ciclo atlántico

El Tratado de Paz de Amiens, firmado en marzo de 1802, puso fin al conflicto con Gran Bretaña y desencadenó lo que los contemporáneos denominaron, con elocuencia, la resurrección de las fábricas. Los efectos de la reanudación del comercio atlántico se notaron de inmediato. Entre 1802 y 1803 se constituyeron numerosas compañías mercantiles, formadas por comerciantes que veían perspectivas de ganancias y que tenían detrás de sí fábricas de medias, pañuelos, encajes y tejidos. Mataró se convirtió en aquellos años en una especie de emporio que abastecía a gran parte de la provincia, singularmente a los pueblos de montaña. Se expor-

taba vino, se construían barcos en los astilleros locales para la carrera de América y las industrias textiles crecían con vigor. El reclamo del trabajo hizo que muchas familias procedentes del interior se trasladasen a la ciudad, y todo presentaba un aspecto de opulencia. El atractivo de América fue tal que muchos mataroneses con recursos decidieron emigrar para establecerse en ciudades como La Habana, Buenos Aires o Cartagena de Indias, o para colaborar en los negocios de familiares y conocidos.

Pero la prosperidad fue breve. A finales de 1803 regresaron los problemas. El rumor de una nueva guerra con los ingleses bastaba para paralizar los negocios, aunque los comerciantes más tenaces seguían preparando cargamentos. El conflicto bélico se inició pronto, el comercio volvió a padecer dificultades y los regidores se quejaban de la escasez de trigo y harina y del hundimiento del consumo. Nadie quería arrendar los monopolios municipales a los precios habituales.

Tras el paréntesis de la Guerra de la Independencia, el sector algodonero se recuperó hasta la grave crisis en 1821, agravada por el aumento del contrabando durante el Trienio Liberal y, sobre todo, por la pérdida de los mercados americanos a causa de los procesos de independencia. En esos años comenzó el debate público sobre la protección arancelaria frente al libre cambio, una cuestión que dividiría al país en grupos de intereses enfrentados y que condicionaría la política económica durante décadas. En 1822, en plena guerra civil, la parálisis era total. En 1826 el

Ayuntamiento describía una situación desesperada: dependiente del comercio marítimo, Mataró había acogido durante los tiempos de bonanza a numerosas familias de artesanos que se domiciliaron en ella y contribuyeron a aumentar notablemente el número de habitantes; pero ahora las fábricas cerraban, los inquilinos abandonaban sus viviendas o no podían pagar la renta, y todo presentaba un deplorable aspecto de miseria. La quiebra de la notable sociedad Cabanyes, Cortecans, Pasqual y Compañía en 1826, empresa que había sobrevivido con dificultades desde 1819 pero que acabó disolviéndose por la decadencia general del comercio con las repúblicas americanas que se habían sacudido la soberanía española, simbolizó el fin de toda una época.

Hacia la industrialización

El período comprendido entre 1830 y 1843, aunque todavía depresivo en términos generales, asistió al nacimiento de la revolución industrial en Cataluña y registró una mejora relativa respecto a la situación arrastrada durante los años anteriores. En Mataró fue precisamente en esos años cuando tuvo lugar el primer proceso de inversión de capitales de cierta importancia en el sector textil, que se tradujo en la mecanización de la hilatura y el tejido mediante motores de vapor y en la liquidación progresiva de esas actividades en su versión preindustrial. El sostenido crecimiento de la demanda interior hizo posible ese avance, a pesar de las circunstancias políticas desfavorables.

Crecimiento y crisis seguían entrelazados. En 1830 fue necesario hacer una recaudación para socorrer a las familias más necesitadas. En 1837 se repitieron los momentos críticos de paro. La guerra carlista y la lucha constante entre moderados y progresistas llevaban a movilizaciones que mermaban la mano de obra fabril. Entre 1841 y 1843 la crisis textil se hizo sentir de nuevo a causa de la falta de pedidos y los problemas del contrabando. En esos años surgió con fuerza el protagonismo de las reivindicaciones de la clase obrera organizada, que luchaba contra los salarios bajos y la precariedad laboral.

La estabilización política bajo la hegemonía moderada fue el punto de inflexión decisivo. Los inversores recuperaron la confianza y se lanzaron a construir establecimientos fabriles. La revolución industrial mataronesa, iniciada tímidamente en 1839, cobró verdadero impulso a partir de 1844 y alcanzó su primera cima entre 1845 y 1846. Las iniciativas se multiplicaron: se planeaban negócios industriales y mercantiles, el comercio se diversificaba, se abrían nuevas tiendas y el optimismo era general. La prensa recogía ese ambiente señalando que por doquier prosperaba la fabricación, las artes se fomentaban y todo renacía. Sin embargo, como advirtió el historiador Jaume Vicens Vives, aquella euforia fue seguida de una caída casi inevitable. La crisis coyuntural de 1847 fue profunda en toda España. En Mataró, ya ciudad decididamente industrial, afectó a toda la estructura económica y dejó sin trabajo al numeroso contingente de clase obrera. El Ayunta-

miento abrió comedores públicos para preservar la paz social, alterada por una huelga de solidaridad organizada por los tejedores en apoyo de los obreros despedidos.

Superada esa crisis, el textil vivió su mejor época. El gran boom industrial que arrancó a mediados de siglo se prolongaría, con sus altibajos, hasta la crisis de 1898.

La fiscalidad

La recaudación de impuestos fue un asunto central durante toda esta etapa, marcada por crisis económicas casi permanentes. Una de las funciones clave del consistorio era recoger información sobre los bienes de los contribuyentes, repartir y cobrar las cuotas asignadas. La sobrecarga fiscal fue una constante, y no resultaba infrecuente que los sujetos pasivos —principalmente los artesanos y los sectores medios— intentasen escapar al pago por los medios más diversos, llegando en ocasiones a ser necesaria la intervención del ejército para recaudar los tributos.

El sistema fiscal vigente hasta la reforma Mon de 1845 era el heredado del Antiguo Régimen. Su columna vertebral era el Catastro, dividido en tres figuras tributarias diferenciadas. El Catastro Real gravaba las propiedades inmuebles y los ingresos procedentes de censos y otras rentas. En épocas de crisis no podía hacerse efectivo, y el Ayuntamiento pedía rebajas que a veces eran concedidas —como en 1834 y 1835— pero en general no se obtenían. El Ganancial, o subsidio de comercio e industria, gravaba

las actividades profesionales y era la contribución que experimentó reformas más acusadas a medida que el gobierno tomaba conciencia del auge comercial y fabril y de las posibilidades recaudatorias que ofrecía; en 1835 se reformó sobre nuevas bases y las cuotas se aumentaron con frecuencia. El Personal, que gravaba los frutos del trabajo de todos los ciudadanos divididos en cinco categorías, era el impuesto más odiado por el pueblo, que lo consideraba un castigo impuesto en 1714. Su recaudación era enormemente difícil porque recaía fundamentalmente sobre los jornaleros; en 1840 el Ayuntamiento reconocía que su cobro era casi imposible y se hacían intentos de suprimirlo. A estas tres figuras principales se añadían multitud de contribuciones menores: las Escuadras de Valls, las veredas, los alojamientos y bagajes, las reales prisiones de Barcelona, la paja y utensilios, las acémilas, los extras de guerra, etcétera. La panorámica fiscal del Antiguo Régimen era, pues, un aluvión de reclamaciones monetarias por parte de la administración que pesaba sin piedad sobre una economía ya de por sí muy frágil.

Uno de los debates más encendidos del período fue el que enfrentó a los partidarios de los impuestos directos y los de los indirectos. Estos últimos duplicaban la recaudación de los primeros y la administración los prefería porque eran de más difícil elusión por parte de propietarios, comerciantes e industriales. El derecho de puertas, que gravaba los artículos de comer, beber y quemar, era el más importante de los indirectos; su implantación provocó

a veces incrementos de hasta un 50 por ciento sobre el precio original de ciertos productos y su vigencia fue intermitente. El Ayuntamiento se quejó amargamente de los efectos negativos de este impuesto, señalando que el producto recaudado había sido notablemente inferior al que rendía el Catastro, y que la carga adicional sobre los precios de entrada hacía que las manufacturas mataronesas no pudiesen competir con las de los pueblos vecinos no afectados por este derecho, lo que obligaba a cerrar fábricas y dejaba a más de quinientos trabajadores sin empleo. Los propietarios resistían asimismo el pago del impuesto sobre frutos civiles, llegando a borrar los números de sus casas para dificultar la identificación. En 1826 se suprimió esa reforma y se volvió al sistema del Catastro.

El año 1845 trajo la gran reforma fiscal del ministro de hacienda Alejandro Mon. Se unificaron los impuestos del Estado con el establecimiento del sistema fiscal liberal, cuya línea maestra consistía en gravar la producción y el consumo en su origen. La reforma comportó de inmediato un aumento de la presión impositiva. Se establecieron tres contribuciones principales: la de Consumos, la Territorial y la de Industria y Comercio, a veces complementadas con recaudaciones extraordinarias. A modo de ejemplo, Mataró tuvo que pagar en 1848 una contribución especial de 240.500 reales, cifra que el consistorio consideró excesivamente elevada.

La Contribución de Consumos gravaba el vino, los licores, la carne y el aceite. El Ayuntamiento tenía facultad para recargarla con fines de gasto público hasta que esa posibilidad fue limitada en 1848. Este impuesto indirecto despertó enseguida la hostilidad popular, pues se le atribuía el encarecimiento de los productos en el mercado. En 1846 se asignaron a Mataró 212.741 reales por este concepto, distribuidos de la siguiente manera: el vino, que era con diferencia el principal producto gravado, aportaba 126.112 reales; el aceite de oliva, 33.726; la carne muerta, 35.053; los licores, 8.250; y la carne viva, 9.600. Los porcentajes disponibles para años próximos revelan que la Contribución de Consumos representaba entre el 40 y el 59 por ciento del total impuesto a la ciudad, lo que ilustra el enorme peso de la recaudación indirecta. El Ayuntamiento se vio incapaz de cobrar esas cantidades y distribuyó la carga entre los comerciantes afectados —taberneros, corredores de aceite, mayoristas—, quienes solo aceptaron la medida si se les permitía repercutir proporcionalmente el coste sobre los productos. La mayoría de los vecinos era de clase proletaria y hacía consumos muy limitados, lo que tornaba especialmente regresivo un impuesto de esas características. En 1847, con las fábricas cerradas y el comercio paralizado, el gobierno pretendía cobrar 330.089 reales de consumos; tras las protestas se concedió una rebaja que lo dejó en 270.000 reales.

El régimen progresista de 1854-1856 suprimió la Contribución de Consumos por razones políticas, sustituyéndola por un reparto

general sobre los pueblos equivalente al 50 por ciento de la antigua contribución. Al caer los progresistas en 1856 se restableció el impuesto, que siguió generando críticas. El jurista Martínez Alcubilla señalaría tiempo después los graves inconvenientes de un tributo que pesaba sobre los artículos de primera necesidad no en función de la riqueza del contribuyente, sino del número de individuos que componían la familia, de modo que una familia pobre numerosa pagaba más que una familia rica con pocos miembros.

La evolución de la recaudación entre 1822 y 1862 permite extraer conclusiones significativas sobre los cambios que vivía la ciudad. Al principio del período, las rentas de la tierra —lo que reflejaba el Catastro— representaban en torno al 90 por ciento de la cifra absoluta de impuestos. A medida que avanzaban las décadas, la contribución de industria y comercio fue ganando peso de manera notable: a partir de la década de los treinta su crecimiento fue constante, y hacia mediados de siglo se situaba en una franja del 40 al 50 por ciento del total de impuestos. La transformación de una sociedad agraria en una industrial y comercial quedaba así registrada en los propios libros de contribuciones. La transformación era aún más acusada si se tenía en cuenta que comerciantes y fabricantes también pagaban el Catastro en cuanto propietarios de casas y terrenos destinados a la industria. La empresa Busqueta y Sala, de tejidos y hilados, pagaba en 1851 un total de 6.117 reales, de los cuales 3.324 correspondían a la contri-

bución de industria y 2.793 a inmuebles. La aportación de los industriales a este impuesto hizo que las rentas de la tierra perdiesen todavía más importancia dentro de la contribución. Un análisis detallado de la evolución del Catastro a mediados de siglo revelaría, según todos los indicios, la pérdida de peso relativo de la producción agrícola y el creciente auge de la especulación inmobiliaria entre los hacendados tradicionales.

El mercado

El centro de la vida económica local, en lo que respecta al abastecimiento de la población, era el mercado. Su análisis revela la panorámica de los problemas alimentarios de los ciudadanos y la estructura de los intercambios de artículos de comer y beber. En él se reflejaba la crisis fundamental de la época: la escasez de cereales y el alza del precio del pan, que incidía de manera directa en la frágil dieta popular.

Mataró no era autosuficiente en muchos productos básicos, que debían importarse. En 1823 esos productos eran: arroz, algarrobas, aceite, almendras, avellanas, azúcar, bacalao, pejepalo, vino, harina de diversas clases, higos, pasas, trigo y otros granos. En 1829 se añadían a esa lista habas, guisantes, alubias, cerdo y queso. Siempre fue indispensable la importación de trigo, del que tan poco se cosechaba en el término municipal. Entre junio de 1838 y febrero de 1839, por ejemplo, desembarcaron en Mataró 21.117 cuarteras de trigo, 7.198 de habas, 5.112 de centeno, 3.744 de tri-

go mestall, 944 de garbanzos y 406 de alubias, a las que se añadían 14.927 quintales de harina, 8.948 de algarrobas, 5.671 de arroz y 129.417 cuartanes de aceite. Estas cifras ilustran la magnitud de las importaciones y la dependencia de la ciudad respecto al suministro exterior.

La inestabilidad económica tenía su reflejo en las ferias anuales. En ellas se reunían campesinos de los pueblos vecinos con sus caballerías de toda especie y ganado para ponerlo a la vista del público en la plaza de Santa Ana y la Muralla de San Lorenzo. Pero la actividad de esas ferias fue disminuyendo progresivamente: en 1835 el Ayuntamiento comunicó al gobernador que nada producían por la escasa concurrencia. Cinco años después ya no se celebraban, y los días de mercado se diferenciaban poco de los días ordinarios. Esa pérdida de actividad en las ferias y mercados de ocasión debe relacionarse con el crecimiento comercial y la apertura de toda clase de tiendas surtidas, que hacía menos necesaria la existencia de esos mercados periódicos.

En el mercado afloraban también diversas tensiones entre vendedores y compradores. Estos últimos se quejaban frecuentemente del mal estado de algunos productos: la sal que en el alfolí se vendía mezclada con arena, la leche adulterada, el chocolate tan malo que podía resultar en perjuicio de la salud pública. Se producían fraudes en el peso y, ante las reclamaciones, en 1839 se estableció una caseta de control en la propia plaza, abierta en las horas de

mercado: de cinco a diez de la mañana de abril a septiembre, y de siete a once de octubre a marzo.

El Ayuntamiento debía estar también alerta a cuestiones de mayor envergadura, como la especulación abusiva. En la Navidad de 1824 existía una especie de monopolio establecido para hacer subir artificialmente los precios de pavos, pollas, capones y gallinas. Al año siguiente las autoridades tuvieron que recordar a los revendedores su obligación de comprar los productos de pescado o verdura a tres horas de distancia de la ciudad, porque algunas mujeres, movidas por el *sórdido interés*, compraban en la propia pescadería y en la orilla del mar y revendían el pescado inmediatamente en el mismo lugar, con el consiguiente aumento de precio en perjuicio de los vecinos. Se hizo un bando mandando que el pescado lo vendiese directamente su propietario y que los revendedores lo comprasen lejos de la ciudad. También se prohibió a los trajineros comprar verduras y frutas en las plazas de la ciudad para revenderlas, aunque sí se les permitía comprarlas en las huertas.

Las cifras disponibles sobre precios medios de algunos productos alimentarios en el período 1831-1840 muestran los niveles en que se movía el mercado: el porrón de vino costaba tres cuartos y medio; la carga de vino, 48 reales; el trigo, 60 reales la cuartera; el trigo mestall, 32 reales; la cebada, 36 reales; las gallinas, 14 reales la pieza; el centeno, 31 reales la cuartera. En cuanto al consumo de 1848, los datos disponibles señalan 309.426 libras de

carne de toda clase, 580 cerdos, 7.920 cargas de aceite, 700 cargas de aguardiente de hasta 20 grados, 200 cargas de aguardiente de 20 a 27 grados y 50 cargas de licores. Estas cifras dan una idea de la importancia de la ciudad en términos de consumo y de la complejidad del abastecimiento que debía gestionarse.

En los años cuarenta y cincuenta la situación de las subsistencias se estabilizó y el abastecimiento se hacía con regularidad y sin demasiados problemas, salvo en las crisis ocasionales. En 1851 algunos regidores propusieron reformar los mercados de las plazas de la Constitución y de San Cristóbal, que resultaban insuficientes para el volumen de gente que acudía. Pedían habilitar la plaza de Santa Ana para los barrios del poniente, que habían crecido notablemente, así como instalar allí un mercado de flores; propuestas que quedaron en proyecto.

El sector primario

La importancia de la agricultura en el término municipal de Mataró era evidente para cualquier visitante. Quienes se aproximaban desde la riera de Argentona contemplaban un espacio de tres cuartos de legua cuidadosamente cultivado, una inmensa huerta que abastecía en gran parte los mercados de Barcelona, regada por abundantes norias. Todas las colinas que rodeaban la ciudad estaban plantadas de viña.

En 1851 la superficie del término era de 1.887 hectáreas. La mayor parte, 1.019 hectáreas, estaba dedicada al cultivo de la viña. El

regadío de huerta, con 153 hectáreas, abastecía el consumo local y el comercio: cada mañana partían numerosos carros de campesinos hacia Barcelona para vender sus productos en los mercados. Otros excedentes agrícolas, como las naranjas y los limones, se exportaban a Francia. El trigo, en cambio, era de cosecha escasa —apenas 245 hectáreas en 1857—, lo que se resolvía con importaciones. También eran significativas la superficie de bosque (371 hectáreas), el campo de secano (271 hectáreas), los eriales (45 hectáreas) y cultivos menores como algarrobos, alubias, habas, patatas, cáñamo, cebada y garbanzos. Lo resumía un documento de la época afirmando que el fruto que producían los terrenos era el vino, pues la calidad de la tierra no lo facilitaba en las demás especies, de modo que los trigos y granos apenas bastaban para el abasto de un trimestre.

La viña había sido el eje de la agricultura mataronesa desde el siglo XVIII, cuando el comercio de vino con América enriquecía a propietarios y cultivadores. La exportación era muy intensa, y su precio no solo daba utilidad a los propietarios, sino también a los cultivadores; estimulados por esas perspectivas, unos y otros habían roto terrenos áridos y en pocos años había aparecido una campiña hermosa y fructífera, tanto en las llanuras como en los terrenos montañosos. Pero tras la paralización del comercio marítimo la situación se invirtió completamente: el fruto había de tenerse en las bodegas y su valor no llegaba a un tercio de lo que antes se vendía ordinariamente.

La crisis del sector se veía agravada por los impuestos. El aumento de tarifas de 1833 hacía que los agricultores considerasen que no valía la pena dedicar esfuerzos a un trabajo que producía rendimientos tan cortos después de descontar todos los gastos. El Ayuntamiento describió con detalle la situación en un documento que trazaba una interesante panorámica del negocio del vino: una cuartera de tierra plantada de viña de primera calidad producía anualmente unas cinco cargas de vino; de ellas quedaban dos terceras partes para el colono y solo una carga y dos tercios para el propietario. Este, para recoger su parte, debía pagar un tercio de los gastos de acarreo, fabricación y custodia del vino. Valorada esa parte a 30 reales la carga —el precio corriente de entonces—, el propietario obtenía 50 reales, de los que debía restar 15 de gastos y 16 de contribución catastral con sus recargos. El resultado era que, después de pagar el diezmo y los cánones territoriales, el propietario venía a tributar aproximadamente un 50 por ciento sobre sus rentas anuales.

En 1833 las protestas de las personas relacionadas con el negocio del vino se intensificaron porque una buena cosecha había hecho bajar los precios en el mercado, y a la falta de exportación se añadía la necesidad de combatir la importación ilegal de vinos franceses. El Ayuntamiento propuso anular el estanco del aguardiente en su venta al detalle, que perjudicaba gravemente a los productores. En 1837 las tiendas de licores llegaron a declararse en huelga, creando malestar en la ciudad. Al año siguiente amenazaron

con repetir la medida. La Junta de Comercio alertó además de que se generalizaba en Brasil la opinión de que los vinos catalanes llevados a aquel país contenían mezclas y composiciones nocivas para la salud, lo que obligó a las autoridades municipales a publicar un bando anunciando medidas de control de calidad.

Las cifras de los años cuarenta confirman la permanencia de la crisis vitivinícola. En 1848 el vino no encontraba mercados y debía consumirse en la propia ciudad, lo que deprimía los precios y reducía el valor de los viñedos. El Ayuntamiento pidió que se rebajase la contribución, advirtiendo del peligro de que decayese el deseo de dedicarse al laboreo y cultivo de las viñas, con las tristes consecuencias que eso tendría para la riqueza pública.

Las condiciones climáticas incidían también notablemente en la estabilidad de las cosechas. Las sequías eran un problema frecuente. El pedrisco podía ser devastador: el del 15 de agosto de 1845 destruyó buena parte de la cosecha de uva y obligó al Ayuntamiento a conceder rebajas en la Contribución Territorial a los perjudicados. La crisis más grave de toda la época llegó, sin embargo, con la plaga del *oidium tuckeri* en 1853. A partir del mes de agosto los destrozos fueron generales en la comarca. En octubre de ese año los agrónomos Josep Casanovas y Salvador Comas recorrieron los campos, divididos en once distritos que cubrían todo el término municipal, y concluyeron que en todos ellos la enfermedad se había desarrollado de manera extraordinaria, de modo que solo podría salvarse una décima parte de las uvas y

quedaría perdida la cosecha de las nueve décimas partes restantes. La catástrofe era total, y las medidas de devolución de impuestos solo sirvieron para no agravar todavía más el problema. En años sucesivos la plaga continuó presente, aunque con menor intensidad; las cosechas mejoraron gradualmente hasta que llegó la filoxera, que obligó a los campesinos a reconvertir sus explotaciones hacia el cultivo de la patata para exportar a Inglaterra, actividad que se había comenzado a desarrollar durante la década de los setenta.

La actividad ganadera era menor, pero alimentaba un comercio orientado a abastecer la ciudad, los pueblos vecinos y también los mercados de Barcelona. En 1846 el tráfico con la capital se cifraba en 30.000 gallinas al mes, 8.000 cerdos al año, 2.000 bueyes y terneras y 500 caballos y yeguas. Sin embargo, la estadística fiscal de 1858 presentaba una panorámica muy diferente: apenas 100 cabezas de bovino, 58 mulas, 136 caballos, 16 asnos, 200 carneros, 80 cabras y 400 cerdos. La brutal disparidad entre esas dos fuentes es un elocuente exponente del fraude sistemático que reflejaban las listas oficiales de contribuciones, porque de otro modo no se justificaría semejante caída en el número de cabezas de ganado.

La pesca también tenía importancia como actividad comercial, aunque los datos disponibles son escasos. En 1837, según el padrón, trabajaban en ella 286 personas. La pescadería de la ciudad necesitaba reparaciones con frecuencia hasta que en 1841 se rea-

lizó la obra dirigida por el arquitecto Miquel Garriga, que ha llegado hasta nuestros días. Los datos del padrón de 1842 recogidos por Madoz ofrecen la siguiente imagen del distrito marítimo: 65 pilotos, 2 oficiales, 7 carpinteros de ribera, 2 calafates, 226 marineros, 22 marineros inhábiles y 85 patrones. La flota estaba compuesta por 115 barcas de vela latina y 5 de cruz.

Los cereales y el pan

La cuestión de los cereales y del precio del pan fue uno de los asuntos más dramáticos y recurrentes de la vida económica mataronesa. Los cereales cosechados en el término municipal no bastaban, en el mejor de los casos, más que para el consumo de un trimestre, lo que hacía necesaria la compra de la cantidad restante. El alza de los precios en los años críticos reducía el consumo de la mayoría de los ciudadanos por debajo de los niveles mínimos habituales, y eso era especialmente grave porque las crisis alimentarias coincidían frecuentemente con el paro en las fábricas, el despido de obreros y la rebaja de salarios. El contraste con las últimas décadas del siglo XVIII era doloroso: entonces se practicaba un intenso comercio con el trigo de Rusia e Italia, los almacenes de los especuladores estaban llenos y los cereales eran muy baratos.

A partir de 1835 el gobierno español puso en cultivo enormes extensiones desamortizadas e implementó una política de precios protegidos para estimular el mercado nacional de cereales, impi-

diendo la importación de granos extranjeros, que eran más económicos. Cataluña, deficitaria en esa producción, debía comprar a las grandes regiones cerealistas a los precios del mercado interior. Ese estímulo a los cultivos hizo que la producción aumentase y que la gran hambruna europea de 1847 no se presentase de manera tan dramática, aunque las protestas adoptaron en algunos lugares extrema violencia.

Las cifras disponibles sobre importaciones y precios son fragmentarias pero ilustrativas. Los precios del trigo en Mataró entre 1836 y 1845 muestran una reducción progresiva desde el máximo alcanzado en 1838: el trigo xexal bajó de 64 reales la cuartera en 1836 a 68 en 1838 —el año más caro— y luego fue descendiendo hasta estabilizarse en 52 reales de 1841 a 1845; el trigo mezclado siguió una pauta similar, pasando de 48 reales en 1836 a 50 en 1838 y bajando hasta 40 reales en los últimos años del período. La caída de precios tras 1838 se explica en parte por las importaciones clandestinas de cereales extranjeros más baratos.

En 1825 faltaban cereales y el capitán general anunció que enviaría trigo del Ampurdán, donde la cosecha había sido buena, para frenar el alza de precios. El consistorio tuvo que intervenir en 1828 para controlar el precio del pan, que seguía alto pese a que habían pasado los tiempos de penuria: los panaderos alegaban que no podían bajarlo porque debían mezclar harina barata con harina cara para ofrecer un producto de calidad. Un caso notable se produjo en 1832: al subir el precio del pan el Ayuntamiento in-

tervino intentando que las existencias de cereales en manos de los especuladores no saliesen de la ciudad, como había ocurrido otras veces cuando forasteros las compraban a precios más altos. Ante las presiones de los panaderos se autorizó un incremento de un cuarto por pieza, y el Ayuntamiento permitió la venta de pan foráneo de buena calidad para que la competencia beneficiase a los compradores. Pero a finales de año el precio volvió a subir por las lluvias torrenciales que dificultaban el suministro. A comienzos de 1833 los ciudadanos protestaron porque, sin escasez real de cereales, los precios seguían altos; el Ayuntamiento ordenó la rebaja, pero los panaderos recurrieron al gobernador alegando que nadie podía impedirles vender al precio que les acomodase. El Ayuntamiento respondió que no tenían razón alguna, pues el precio bajaba continuamente y no podía tolerarse la especulación abusiva.

En 1837 volvió a faltar trigo. Pero fue al año siguiente cuando estalló el escándalo del contrabando de cereales. Dado que el trigo extranjero era más barato que el del mercado nacional, y que 1838 fue el año de precios más altos del período, comprar de contrabando era una operación enormemente lucrativa. En mayo de ese año dieciséis barcos estaban inmovilizados en el puerto porque se habían iniciado las operaciones contra el contrabando. Los patrones de los laúdes y embarcaciones retenidos con su carga tuvieron que comprometerse a devolver la mercancía al extranjero. La documentación notarial conserva muchas declaraciones

de patrones que habían traído harina de procedencia desconocida a Mataró.

Ante la magnitud de ese comercio ilícito, la Junta de Comercio destacó en Mataró una comisión investigadora que trabajó del 3 al 7 de julio. Antes de presentarse precintó todos los almacenes y lugares donde había grano o harina para impedir que sus propietarios ocultasen la mercancía. El Ayuntamiento trató en vano de detener la investigación, informando al gobernador de que el comercio de cereales era de poca importancia. La comisión revisó cuatro almacenes de mayoristas y veintiocho tiendas al detalle. Los principales especuladores eran Manuel B. Guanyabens, Francesc Mora, Jaume Monner y Pau Tosquellas. Mora tenía 200 quintales de harina de contrabando; Monner, 300 cuarteras de trigo y 256 quintales de harina de la misma procedencia. El caso más destacado fue el de Guanyabens, el especulador más importante del ramo: la comisión le encontró 1.190 cuarteras de trigo y 25 quintales de harina de contrabando. Pero cuando el almacén ya había sido registrado, el gobernador Montero recibió de noche una confidencia informándole de que Guanyabens tenía comprartimentos secretos que no habían sido inspeccionados. Al día siguiente la comisión se presentó de nuevo y procedió a la apertura de dos silos o almacenes subterráneos cuyas puertas habían sido cubiertas con los trigos reconocidos el día anterior. Los silos estaban hasta el tope llenos de trigo: 423 sacos de harina con un total de 760 quintales y 600 cuarteras de grano.

El balance final de los productos ilegales hallados en Mataró fue: 1.657 cuarteras de trigo nacional, 1.067 quintales de harina nacional, 2.090 cuarteras de trigo extranjero y 2.519 quintales de harina extranjera. Esas cifras demuestran que el comercio clandestino se había convertido prácticamente en la norma de adquisición del producto. La comisión señaló además, en un documento del 16 de julio, que era necesario investigar la actuación de las autoridades estatales en los pueblos de marina, porque colaboraban con el contrabando. Se acusó a los oficiales de aduanas de aceptar sobornos y de tolerar desembarcos ilegales a la vista de todo el mundo en la playa de Mataró, en presencia del cabo del resguardo y del administrador e interventor de la aduana. A raíz de estos hechos se estableció un control riguroso y los buques eran registrados a fondo, lo que motivó protestas del consistorio. El capitán general ordenó en septiembre que todos los cargamentos de cereales destinados al Principado debían ser reconocidos obligatoriamente en los puertos de Tarragona y Barcelona.

La grave crisis de subsistencias de 1847, que provocó auténtica hambre en toda Europa, llegó a Mataró de la mano del paro de las industrias textiles, de las que vivía la mayor parte de los obreros de la ciudad. Con fábricas cerradas, salarios reducidos y el precio del pan disparado, la situación era explosiva. En marzo el Ayuntamiento llamó a los panaderos a garantizar el suministro de ese mes y el siguiente sin aumentos de precio. En abril, ante el empeoramiento de la situación, se produjo una huelga de obreros

textiles. El problema comenzó a resolverse cuando el jefe político autorizó la importación de 50.000 fanegas de trigo extranjero a través del puerto de Barcelona. En junio, cuando el precio ya estaba un 50 por ciento por encima del habitual, grupos de mujeres expresaban sus quejas con vehemencia en las calles. El Ayuntamiento publicó un bando garantizando que el precio del pan moreno, del que se surtían las clases menesterosas, nunca sería aumentado. La situación se calmó. Al año siguiente los cereales habían perdido su carácter crítico y las 150 cuarteras necesarias para el consumo diario se obtenían sin problemas de abastecimiento ni de precio.

La ciudad contaba con tres molinos harineros municipales situados junto al convento de los capuchinos, y los dos del hacendado Llauder. Todos los ciudadanos que quisieran moler grano estaban obligados a acudir a ellos. Los tres molinos municipales se arrendaban en subasta pública por períodos de tres años y constituían la fuente de ingresos más importante procedente de los bienes de propios. En 1838, por ejemplo, el pintor Antoni Espiell los arrendó por 49.173 reales. La introducción de molinos de vapor fue mermando el rendimiento de los antiguos: en 1840 el Ayuntamiento se vio obligado a bajar el precio del arrendamiento, y en 1847 nadie los quería. Solo después de una rebaja sustancial se encontró un interesado: Francesc Blanchart los arrendó en 1849 por 26.400 reales, la mitad que diez años antes.

El primer motor de vapor instalado en Mataró fue puesto en marcha por los socios Gordils y Dalmau en 1838 con la intención de mover una hilatura, pero tuvo como primera aplicación práctica accionar un molino harinero. Al año siguiente Manuel B. Guanyabens —el mismo especulador de cereales ya mencionado— construyó junto con otros socios otro molino harinero con fuerza de vapor, iniciativa que debe relacionarse con el momento álgido que vivía entonces el comercio de cereales.

Monopolio y libre comercio

La venta de carne era uno de los abastecimientos que el Ayuntamiento controlaba con mayor interés, dado que representaba importantes ingresos. En el período 1847-1848 su consumo anual ascendía a 309.426 libras de toda clase, más 580 cerdos al año, lo que, para una población de unos 13.000 habitantes, representaba una media de nueve kilos y medio por habitante y año. Sin embargo, esa media no debe ocultar que en la dieta del proletariado la carne no tenía cabida habitual, dado su elevado precio.

El consistorio arrendaba el derecho municipal de venta de carne por períodos anuales. El arrendatario se obligaba a mantener siempre el surtido necesario para la población, con garantías de sanidad y calidad, y a vender al precio pactado. Aun así el Ayuntamiento debía mantener la vigilancia, porque a veces se vendía carne en mal estado o de animales enfermos. En 1826, cuando el ganado padecía la viruela, las autoridades tuvieron que actuar

ante la venta de carne tan flaca que el público la rechazaba por temor a que se mezclase con la de animales enfermos.

Los arrendatarios del derecho de venta muestran, de manera significativa, que casi todos eran comerciantes foráneos: en 1826 Narcís Saladrigas, de Sant Andreu del Palomar, pagó 2.708 libras; en 1827 Josep Argila Mora, de Vilamajor, pagó 5.110; en 1828 Llorenç Coca, de Barcelona, pagó 5.125; en 1829 Tomàs Sanmartí, también de Barcelona, pagó 8.812; en 1830 Joan Pla, de Canet, pagó 5.105; y en 1831 Pau Comas Arenas, vecino del Cros, pagó 5.109 libras, y volvió a arrendar el derecho en 1832, comprometiéndose por cinco años a unas 7.100 libras anuales.

En Mataró hubo una verdadera cuestión de la carne que enfrentó al Ayuntamiento, defensor del monopolio municipal, con los comerciantes que reclamaban la libertad de comercio. Bajo el gobierno constitucional del Trienio Liberal se autorizó la venta libre. Meses después el Ayuntamiento se quejó ante la Diputación de que desde entonces se producían numerosos fraudes —se vendían ovejas por carnero, cabras por macho—, que no podía controlarse el ganado que entraba en la ciudad para cobrarle el derecho compensatorio, y que la libertad de comercio había producido una práctica monopolista de los tratantes que perjudicaba a los vecinos. Uno de los carniceros, Jaume Rifà, opuso a esos argumentos sus derechos particulares y su filosofía del negocio, invocando el derecho imprescriptible del hombre a buscar legíti-

mamente la subsistencia, un derecho sin el cual, en su opinión, el derecho a la vida quedaba anulado.

En 1820 el Ayuntamiento celebró un referéndum entre los vecinos, que apoyaron mayoritariamente la propuesta de considerar la venta de carne como un bien de propios, para acabar con lo que un regidor denominaba el monopolio a favor de unos pocos. Pero al año siguiente la Diputación liberal dio la razón a los vendedores. Esa medida fue revocada por el Ayuntamiento absolutista de 1823, que argumentó que la venta libre encarecía el producto. La polémica se mantuvo viva ante el real decreto de 30 de agosto de 1824, que autorizó de nuevo la venta libre. El consistorio convocó referéndums en 1825 y 1826 y se quejó de la competencia ilícita de los puestos de venta foráneos, especialmente de la Bordeta, una carnicería próxima a Mataró, en el Camino Real, pero dentro del término de Argentona que vendía la carne más barata y atraía compradores de la ciudad pese a estar prohibido.

El Ayuntamiento siguió haciéndose cargo de la venta de carne hasta que las disposiciones liberales de la década de los treinta pusieron fin al sistema. Hubo todavía resistencias y nuevas votaciones favorables al consistorio en 1837 y 1838, pero resultaron inútiles. El 16 de mayo de 1838 el consistorio hizo público que la Diputación mandaba establecer en Mataró la libre venta de carnes. A partir de entonces se introdujo un derecho municipal sustitutorio: cobrar una cantidad por cada cabeza de ganado sacrificada en el matadero público, al que era obligatorio acudir.

Ese derecho reportó en 1839 ingresos de 150.416 reales. En 1854 el consumo era de 6.230 carneros, 728 machos cabríos, 104 bueyes y vacas, 434 terneros y 100 carneros.

En septiembre de 1841 se formó la Sociedad Económica Popular de Abastos de Carne, cuyos miembros pertenecían al sector más acomodado del comercio y la industria: Manuel B. Guanyabens, Ignasi Sala Basany, Josep Antoni Simon, Francesc Recoder, Joan B. Rodón, Jaume Monner y Francesc Cabanellas, que se asociaron como capitalistas de una operación comercial que, según sus estatutos, no debía tener ningún beneficio ni afán de lucro. Las expectativas quedaron defraudadas y la sociedad se liquidó el último día de 1842.

El comercio

El comercio fue la actividad a través de la cual se formaron en el siglo XVIII los primeros capitales, cuando el vino, el aguardiente, las indianas, las medias y encajes de seda, las cintas y los sombreros hacían el camino hacia América, donde encontraban un mercado seguro. Ese circuito comercial había producido mucha riqueza y, al quebrar, la estructura fabril sufrió sus consecuencias. En 1835 el Ayuntamiento de Mataró pidió a la reina que, para intentar revitalizar el antiguo comercio, se reconociese oficialmente la emancipación de las posesiones de América que de hecho y de muchos años atrás estaban pronunciadas independientes de la Corona de España.

Durante la primera mitad del siglo XIX, con el mercado americano perdido en gran parte, el comercio tuvo que encontrar en el propio país las posibilidades de vender los productos manufacturados que producía la industria. En Mataró el éxito comercial a partir de los años cuarenta se produjo al calor del crecimiento industrial, que trajo consigo una notable concentración de habitantes que necesitaban ser alimentados y vestidos. Las importaciones se subordinaron a las exigencias de ese mercado interior.

La diversificación productiva fue notable. En 1845 la ciudad debía recibir diariamente 44 carros de carbón y leña para las fábricas de vapor, 250 quintales semanales de algodón en rama y grandes cantidades de hierro en barra, esparto, cáñamo, alcohol, sosa, barrilla y otros insumos industriales. La estadística de Madoz relativa a los productos entrados y salidos por la aduana en 1845-1846 ilustra el tráfico comercial: además de los productos agrícolas, se exportaban al mercado catalán clavos, chaquetas de algodón, camisetas y otros productos textiles; al mercado español, clavos (a Valencia y Cartagena), encajes (a Valencia, Andalucía y Madrid), cola y pasta de sopa (a Cartagena y Valencia), madera (a Galicia), terrería, cuero, tejidos, azulejos. Y al mercado americano, en los años cuarenta, pieles adobadas, cola y pasta de sopa.

La actividad comercial de la ciudad se articulaba en dos grandes sectores. El primero era el de los especuladores y mayoristas, un conjunto de personajes adinerados que encontraban en el abas-

tecimiento una manera rentable de hacer negocios. La importancia de esas actividades quedaba reflejada en las cifras de la contribución que pagaban, las más elevadas de la ciudad, hasta que en los años cincuenta fueron superados por los industriales del textil. Comerciaban con artículos de alimentación, pero también con hierro, esparto, cáñamo, madera y todas las materias que la ciudad reclamaba. No todos los mayoristas formaban parte del grupo privilegiado de capitalistas; había importadores y almacenistas modestos que pagaban cantidades no demasiado elevadas de impuesto. Una de las actividades del gran comercio que registró un espectacular crecimiento fue la venta de paños, telas y toda clase de productos textiles, que durante la década de los cincuenta ocupaba los primeros puestos en las listas de contribuciones.

El comercio al detalle estaba compuesto por un sector mayoritario de pequeñas tiendas que distribuían productos del sector primario —carne, pescado, vino, gallinas, granos— y, en menor cuantía, comerciantes del textil de carácter artesanal como roperos, sastres, vendedores de lana y ropa usada. Esos negocios eran en general de mínima envergadura, reduciéndose en muchos casos a oficios de subsistencia. El crecimiento económico obligó al sector a diversificarse: aparecieron tiendas de papel, vidrio, juguetes, loza y otros productos que no eran de primera necesidad. Las tiendas de alimentación también se especializaron progresivamente, pasando de las acostumbradas tiendas gene-

rales donde se vendía toda clase de productos de comer, beber y quemar a una mayor especialización, favorecida por la ley de libertad de comercio de 1834.

Las compañías comerciales fueron un instrumento habitual para tirar adelante negocios de toda clase. Estas asociaciones de capital y trabajo tenían como propósito hacer compras especulativas al por mayor o establecer todo tipo de negocios: cafés, zapaterías, droguerías, tocinerías, tiendas de comestibles, de telas y ropa. Los tenderos se quejaban con frecuencia de la competencia de los mercaderes ambulantes que instalaban sus puestos en las calles y plazas de la ciudad, atrayendo a los compradores en grave perjuicio de quienes tenían que pagar altos alquileres y contribuciones.

La disolución gremial

El liberalismo económico encontraba en los gremios un reducto que era necesario vencer, pues limitaban la concurrencia en el mercado laboral controlando, a través de exámenes y privilegios, el ejercicio de muchas profesiones. Es cierto, no obstante, que en los momentos de crisis del Antiguo Régimen los gremios ya habían perdido buena parte de sus antiguas prerrogativas y no eran el grupo de poder tan determinante del siglo XVIII. Su declive era anterior al golpe que les propinó el nuevo sistema.

Las primeras noticias de limitaciones a los gremios de Mataró en el siglo XIX datan de 1803, cuando a los tejedores de lino se les

ordenó revisar sus ordenanzas. Posteriormente, en 1814, a raíz de las disposiciones de las Cortes de Cádiz, una comisión de gremios de la Junta de Comercio examinó si había aspectos que no se ajustaban a las medidas liberalizadoras legisladas. En Mataró se hicieron rectificar en distintos momentos las ordenanzas de varios gremios. El de Sant Joan Baptista, formado por cuberos, albardoneros, torneros, carpinteros, escultores, serradores, fabricantes de carros, guitarreros, silleros y otros obreros de la madera, tenía algunas ordenanzas que debían ser rectificadas por no ajustarse a la ley. El de plateros, que en 1828 constaba de ocho personas, fue igualmente investigado. El de fabricantes de medias de seda y algodón en telar fue inspeccionado en 1815 y 1817. El de Sant Antoni Abat y Sant Eloi, que con ordenanzas de 1799 agrupaba a herreros, cerrajeros, armeros, caldereros, fabricantes de agujas y alfileres, ojalateros y demás del arte del fuego, el hierro, el alambre y el latón, fue también sometido a examen.

La comisión de gremios impugnó las ordenanzas de los cuatro por contener aspectos caducados por disposiciones oficiales. Al gremio de mediero se le comunicó que algunas partes de sus normas contribuían a coartar el número de agremiados y era diametralmente opuesto a los progresos de la industria, y que era necesario suprimirlas para que la industria de fabricar medias de seda y algodón quedara libre. Este gremio recibió en septiembre de 1819 la orden del Supremo Consejo de Hacienda de rectificar todo lo que supusiera monopolio, para que los mancebos, fueran de la

ciudad o forasteros, pudieran trabajar libremente en cualquier taller y para que fuera libre la venta de los artefactos del oficio.

El real decreto de 20 de enero de 1834 sobre libertad de comercio fue el golpe definitivo al gremialismo, pues estas asociaciones perdían todos sus privilegios. En Mataró hubo alguna resistencia menor a seguir las órdenes, pero la crisis del sistema gremial era irreversible, como demuestra la vida interna de algunas de estas asociaciones durante los años treinta y cuarenta. En 1835 el gremio de zapateros pidió al ayuntamiento que prohibiera a cualquier individuo tener tienda abierta del oficio o trabajar por cuenta propia sin pertenecer al gremio, y los infractores fueron citados por la autoridad municipal, que les ordenó cerrar el establecimiento; prohibición de corta duración. El gremio de Sant Joan se reunió en 1836 porque en la ciudad había personas que tenían abierta tienda sin su autorización, principalmente franceses recién llegados, pero las quejas gremiales no tuvieron eco. En 1837 solo se presentaron 26 personas a elegir consejo, con quejas por el absentismo, y en una votación sobre la conveniencia de subsistir, el gremio se mantuvo por 36 votos contra 12. El gremio de Sant Antoni, por su parte, encontraba cada vez más dificultades para reunirse y para que nadie aceptara los cargos de dirección; en 1845 había quedado reducido a la exclusiva actividad festiva: acudir a las procesiones con la bandera y hacer rifas para mantenerse.

La pérdida de la antigua importancia era definitiva y la desaparición resultó su consecuencia lógica. Como ha señalado Pere Molas, la legislación del Estado liberal vino a extinguir un sistema decadente y no una institución en pleno vuelo: la verdadera muerte de los gremios fue la lenta y continuada decadencia, una crisis de agotamiento manifestada en la pérdida del control económico, la vulneración de los reglamentos, la falta de asistencia a los consejos, el aumento de la competencia no agremiada y la formación de nuevas profesiones al margen de los gremios, como la hilatura en el caso de Mataró.

La actitud de los liberales de la ciudad era clara ya antes de que controlaran el ayuntamiento. En 1833, en un informe al corregidor, los regidores vitalicios consideraban que debía haber gremios, con la opinión contraria del síndico y futuro liberal Desideri Torras, quien manifestaba que podía haberlos, pero que no había necesidad de ello. Fue el primer ayuntamiento constitucional, en 1836, quien reunió a los gremios para obligarlos a cumplir lo que decretaba la normativa de 1834 sobre la libertad en el trabajo y el comercio, con la sola presencia del de Sant Antoni. La derrota era una realidad y nadie se opuso.

La industria no textil y la artesanía

Mataró tenía fama de emprendedora e industriosa. Un viajero que la visitó en 1847 describió sus innumerables talleres, en los que se fabricaban toda especie de artículos para el abasto y

comodidad de los naturales y de los pueblos circunvecinos. La evolución del período 1836-1854 muestra el proceso propio de una ciudad en vías de industrialización que, teniendo en el textil su sector más dinámico, veía aparecer un conjunto notable de establecimientos fabriles de cierta envergadura. En 1848 el padre escolapio Rius describió el amplio abanico de industrias presentes en la ciudad: una fábrica de perdigones, dos de salazones, una fundición, tres de jabón, nueve de azulejos, nueve de ebanistería, cinco de ácido para blanquear, una de perfumería, dos de sebo, siete de aguardiente, una de vidrio, tres de cola, trece de loza, una de productos químicos, una de colores al óleo, una de azul de Prusia, una de amarillo real, una de crémor tártaro, una de cardenillo y una de blanco de España. Esa diversificación mostraba los cambios producidos desde la economía miserable de los años veinte, cuando el artesanado era el centro de toda la actividad.

La industria de la cerámica y el ladrillo ejemplifica bien las dinámicas del período. En 1826 cinco fábricas de ladrillos protagonizaron un episodio relacionado con prácticas monopolistas: en abril se habían mancomunado para fijar un precio único a sus productos y obligar a los compradores a dirigirse al horno de turno. El Ayuntamiento intervino afirmando que el monopolio era contrario al buen gobierno de la ciudad y amenazando con sanciones. La cuestión continuó durante meses, añadiéndose el problema de la mala calidad de los productos: los ladrillos se sacaban del horno antes de que se hubiesen enfriado los veinte días

necesarios. El consistorio multó a los responsables. La actividad se mantuvo estable por ser fundamental para la construcción de viviendas en unos años en que frecuentemente se planeaban nuevas casas y calles.

La industria del vidrio experimentó una interesante trayectoria. Lluís Oms Miralpeix había instalado un horno en la calle Sant Bonaventura en los primeros años del siglo, y formó sociedad con el maestro de obras Pau Tarragó, que aportó capital para el negocio, que funcionó desde entonces como Lluís Oms y Compañía. En 1816 Oms tenía invertidas 6.050 libras y Tarragó 2.250, y la fábrica era regentada por Lluís y su hijo del mismo nombre, que también tenían un horno en Sant Andreu del Far. En 1817 la viuda Tarragó retiró el capital y Oms continuó solo. A la muerte de su padre en 1835 se hizo cargo del negocio Lluís Oms Vallcorba. En los años cuarenta la fábrica ocupaba a una treintena de obreros fijos que producían porrones, vasos, botellas, botes, garrafas, cántaros y otros artículos. El negocio del vidrio también lo intentó el francés Joan Boizet, que en 1841 construyó un horno para hacer botellas. Más importante fue la iniciativa de 1859 que reunió a doce socios bajo la razón Lluís Poch y Compañía en una especie de cooperativa de producción: el capital era de 2.100 duros, aportados igualitariamente por cada socio a razón de 175 duros, y los socios cobraban semanalmente en función de su mayor o menor inteligencia y expedición en el ramo, desde tres hasta seis duros.

Los curtidores fueron durante los años veinte un sector muy dinámico, que producía 4.000 pieles al año y exportaba sus curtidos no solo por el Principado y el reino de Valencia, sino también a Murcia, La Mancha y otras partes de España, e incluso al extranjero, particularmente a Nápoles, Malta y Trieste. En los años cuarenta las tenerías ocupaban a treinta obreros que trabajaban cuero y pieles para guantes y producían cola.

Los maestres claveteros tenían una gran producción de clavos que abastecían a toda Cataluña e incluso llegaban a América. Los trabajos en hierro experimentaban también éxito: cerrajeros como Sebastià Masriera y Gaietà Pla formaron compañía reuniendo sus talleres para alcanzar una producción más alta. Había fábricas de productos químicos de diversas sustancias. El campo de la fundición fue particularmente activo: en 1847 se creó la sociedad Vives, Soler y Compañía para explotar durante cuatro años una fundición en la calle Montserrat, con una inversión inicial de 17.000 reales que se amplió a 34.000 con la entrada de los capitalistas Melcior Vidal y Gaspar Cusachs. Ese mismo año se estableció otra fundición pactada por diez años entre los fundidores Antoni Prats, de Barcelona, y el mataronés Antoni Miró.

La construcción de barcos en los astilleros locales vivió también una buena época tras años de inactividad. Francesc Segarra reanudó el negocio en 1850 y de sus manos salieron varias embarcaciones de gran envergadura. Las ceremonias de botadura eran

momentos de gran relieve social a los que acudía gente de toda la comarca y las autoridades provinciales.

La artesanía, modo de producción típico del Antiguo Régimen, se caracterizaba por la concentración de funciones productivas frente al modelo más fragmentario y especializado que imponía la revolución industrial. Los artesanos cumplían una función esencial: el abastamiento local y, en el caso de Mataró, el de las localidades vecinas, surtiendo las demandas de productos alimentarios, ropa de casa, herramientas de trabajo y domésticas y útiles para otros artesanos. Y daban a la ciudad un tinte tradicional, que se manifestaba en la prohibición del Ayuntamiento en 1824 de trabajar en medio de las calles a los carpinteros, cuberos, arrieros, sastres, zapateros y otros que no dudaban en ocupar las vías públicas con los artefactos de su respectivo oficio.

Las cifras disponibles indican la disminución progresiva del número de personas dedicadas a actividades artesanales entre 1836 y 1854: de 344 pasaron a 225. Oficios que en otros tiempos eran pilares de la economía local —corders, cistellers, boters, basters, cadirers— iban quedando sin trabajo por estrictas razones de mercado. Muchas de esas personas, sin posibilidad de resistir las crisis de empleo, tuvieron que dedicarse a trabajos asalariados. Con todo, no cabe interpretar de manera simplista la disminución numérica de algunos sectores clave como el de los carpinteros, albañiles o zapateros: esa disminución refleja en realidad el desplazamiento de la cotización hacia los empresarios, pues el paso

de 49 albañiles en 1842 a 12 en 1854 muestra la transformación del modelo artesano en modelo capitalista. Al tiempo que desaparecían viejos oficios, aparecían otros más especializados que respondían a una demanda más selectiva: corseteras, ebanistas, horticultores, charolistas, colchoneros. Era la señal inequívoca de una ciudad en plena transformación.

La industria textil

La industria textil era la actividad central desde el punto de vista impositivo y la que proporcionaba más ingresos al erario municipal. La evolución del período 1836-1854 refleja los grandes procesos que transformaron la ciudad. En 1836 el sector textil, considerado en su conjunto, representaba en torno al 50 por ciento del total de la contribución de industria y comercio; en 1854 ese porcentaje era del 47 por ciento, una diferencia aparentemente pequeña que encubre, sin embargo, una concentración muy significativa: mientras que el número de contribuyentes del sector artesanal caía, los del textil industrial crecían en riqueza y en dimensión.

La estructura del sector era compleja y diversificada. En 1836 destacaban las fábricas de medias, las de seda y encajes, los tejedores de velos y las fábricas de hilados y tejidos de algodón. En 1842 el panorama mostraba la coexistencia de las antiguas fábricas de medias (36 establecimientos, 655 reales de contribución media) con las nuevas fábricas de hilados y tejidos (55 estable-

cimientos, 3.497 reales). En 1848 y 1854 las fábricas de hilados y tejidos habían aumentado notablemente su peso: en 1854 las de hilados (9 establecimientos) pagaban 20.050 reales de contribución, y las de tejidos (19 establecimientos), 15.489 reales. La industria de la seda y los encajes mantenía también una presencia significativa (7 establecimientos, 6.160 reales en 1854), mientras que las fábricas de medias continuaban siendo numerosas aunque de menor capacidad económica individual.

La mecanización fue el proceso clave de ese período. La introducción del vapor transformó radicalmente la estructura productiva: donde antes había multitud de talleres artesanales dispersos, fueron surgiendo establecimientos de mayor tamaño y productividad, capaces de concentrar a centenares de obreros. Ese proceso explica tanto la caída del número de artesanos independientes como el aumento de la masa asalariada que caracterizó a la Mataró de mediados de siglo.

Las cifras de la contribución de industria y comercio a lo largo del período analizado —de 1836 a 1854— muestran de manera contundente esa transformación. En 1836 el total recaudado era de 43.021 reales; en 1842 había subido a 52.761; en 1848, tras la crisis, se situaba en 82.644; y en 1854 alcanzaba los 190.577 reales. Un crecimiento de más del cuádruple en menos de veinte años que refleja, con toda su fuerza, la magnitud de la revolución industrial que vivió Mataró en ese período.

El comercio, medido igualmente por su aportación impositiva, también creció significativamente: de 15.019 reales en 1836 a 73.444 en 1854. Ese crecimiento fue especialmente intenso en las actividades relacionadas con la alimentación y el comercio mayorista, lo que es coherente con el aumento de la población y con la creciente demanda de productos y servicios que acompañó a la industrialización. Los profesionales —abogados, médicos, farmacéuticos, notarios— mantuvieron su peso en una economía que necesitaba cada vez más de sus especializaciones.

En definitiva, la economía mataronesa de la primera mitad del siglo XIX fue el escenario de una transformación profunda e irreversible: de una ciudad dependiente del comercio atlántico y de una artesanía preindustrial a una ciudad industrial cuyo motor era el textil mecanizado. Esa transformación no fue lineal ni sencilla; se desarrolló entre guerras, crisis, hambrunas, huelgas y conflictos fiscales. Pero al final del período, Mataró era ya una ciudad diferente: más compleja, más desigual, más dinámica. Para entender qué sustentaba esa nueva realidad —y qué la hacía tan frágil como vigorosa— es necesario adentrarse en el corazón de su industria.

Textil

Ese corazón latía en los telares, en los husos y en las fábricas de tejidos que salpicaban la ciudad. Cuando el viajero francés Claude Simon Cuynat visitó Mataró en 1824, quedó impresionado por la actividad que encontró: la villa, con una población cercana a los veinticinco mil habitantes, albergaba cuatro fábricas de indianas, dos de paños de algodón, diecisiete de encajes y numerosas de blondas, dos de jabón, cincuenta y dos artesanos de medias de seda, ciento dieciséis de medias de algodón, cuarenta y ocho tejedores de seda y terciopelo, ochenta y nueve de galones y cintas de seda, seis fábricas de alcohol, ocho curtidurías y dieciocho tejedores de seda que procesaban cada año unas veinte mil libras de materia prima. Era, en síntesis, una ciudad-fábrica, una aglomeración en la que prácticamente cada casa, cada taller y cada calle participaba de algún eslabón de la cadena productiva textil.

Esa imagen vibrante contrasta, sin embargo, con las turbulencias que el sector hubo de afrontar durante las cuatro décadas sigui-

entes. Entre 1814 y la déca de los cincuenta, la industria textil local atravesó ciclos de expansión y contracción marcados por factores tan diversos como el contrabando de tejidos extranjeros, las guerras civiles, las crisis de subsistencias, las disputas sobre cargas fiscales, la irrupción de la máquina de vapor y la emergencia de un incipiente movimiento obrero. El resultado final de ese largo proceso fue, no obstante, la consolidación de Mataró como uno de los focos más dinámicos de la industrialización catalana, la tercera ciudad de Cataluña en adoptar la tecnología del vapor, después de Barcelona y Terrassa.

El presente capítulo reconstruye ese itinerario en cuatro apartados: la hilado preindustrial, el tejido, la calcetería y el género de punto, y las industrias textiles menores —seda, lino y lonas—. En cada caso se analiza la estructura de la producción, la organización del capital, las relaciones laborales y la transición hacia las formas industriales modernas.

El sector algodonero

El período comprendido entre el final de la guerra napoleónica y el Bienio Progresista (1854–1856) puede dividirse, a grandes rasgos, en tres etapas de desigual duración y carácter. Una primera fase, hasta finales de los años veinte, de reconstrucción lenta y precaria; una segunda, durante los años treinta y los primeros cuarenta, de crecimiento contradictorio pero sostenido; y una

tercera, a partir de 1844, de inversión acelerada y consolidación industrial.

Desde el primer momento, el sector algodonero tuvo que hacer frente a un problema estructural que se repetiría con insistencia a lo largo de todo el período: el contrabando de tejidos extranjeros. La legislación proteccionista —ley de mayo de 1830, real decreto de abril de 1832— intentó poner coto a la entrada fraudulenta de telas, pero sus resultados fueron limitados. En el Maresme se registraron episodios significativos: la detención en 1832 de un comerciante del Masnou acusado de falsificar marcas para hacer pasar tejidos extranjeros por nacionales, o el decomiso por el ayuntamiento de Alella de pañuelos de contrabando, que fueron quemados en la plaza del pueblo. El contrabando no era un fenómeno marginal: deprimía los precios, desalentaba la inversión y obligaba a los fabricantes a trabajar con márgenes mínimos.

A estos problemas endémicos se añadieron, en distintos momentos, dificultades coyunturales de primera magnitud. La cuestión del derecho de puertas —un impuesto sobre la entrada de mercancías en la ciudad— generó una crisis aguda en 1824–1825. Los fabricantes de hilados de Mataró argumentaban que el gravamen sobre el algodón en rama procedente de Barcelona encarecía su producción en torno a un doce o veinte por ciento, lo que les colocaba en desventaja frente a competidores de otras localidades. El Ayuntamiento recogió esas quejas en un memorial de gran expre-

sividad: describía cómo las fábricas de hilatura —que daban trabajo a centenares de mujeres jóvenes, casadas y solteras— habían paralizado su actividad, cómo más de seiscientas personas empleadas en el textil habían abandonado la ciudad, y cómo las pocas fábricas aún en marcha contemplaban el cierre. La crisis se resolvió con la supresión del impuesto, pero reveló la fragilidad estructural del tejido productivo local.

La guerra civil carlista (1833–1840) introdujo una nueva perturbación en los años treinta. Sin embargo, el balance de esa década fue globalmente positivo: el algodón en rama importado creció de manera sostenida, y se produjo una primera oleada inversora que se concretó en la mecanización de la hilatura —sustituyendo las bergadanas por las *mule-jennies*— y en una concentración de la producción en los establecimientos de mayor envergadura. La demanda interior actuó como motor del crecimiento: los aumentos de productividad y la reducción de precios ampliaron el mercado de los tejidos de algodón entre capas populares que hasta entonces habían consumido preferentemente lino o lana.

El incendio de la fábrica Bonaplata, Rull, Vilaregut y Compañía en 1835 —la primera fábrica de vapor establecida en Barcelona en 1832— paralizó durante un tiempo las iniciativas de instalar máquinas de vapor en la capital y desvió capitales hacia localidades periféricas como Mataró, percibidas como menos conflictivas socialmente. Ese desplazamiento contribuyó a acelerar la modernización industrial de la ciudad.

El año 1839 marcó un hito: la primera fábrica de vapor comenzó a funcionar en Mataró. Era aún un episodio aislado dentro de un panorama dominado por la producción preindustrial, pero anticipaba la transformación que se produciría en los años siguientes. El gran salto vino con la estabilización política que siguió al ascenso al poder del general Narváez en 1844. La dictadura moderada creó las condiciones de seguridad que los capitalistas necesitaban para invertir a largo plazo: ese mismo año se edificaron dos fábricas de hilados a vapor en Mataró, que en 1846 eran ya seis de nueva planta. La mayor parte del capital que hizo posible ese despegue procedía de comerciantes foráneos que buscaban en Mataró suelo más barato y una fiscalidad más benigna que en la capital.

La crisis de 1847 —una crisis general de subsistencias que afectó a toda Europa— supuso un freno temporal. En Mataró la producción se detuvo desde junio hasta el año siguiente; en Barcelona quebraron más de cuarenta industrias. Un fabricante mataronés de la época dejó constancia de la angustia del sector: los fabricantes vivían en alarma continua porque no podían contar con nada fijo ni estable, y la entrada fraudulenta de tejidos desde Aragón hundía en la miseria a multitud de familias. Pese a todo, la crisis actuó también como un mecanismo de selección que aceleró la concentración industrial: eliminó definitivamente la hilatura preindustrial más débil y fortaleció a los establecimientos que habían invertido en tecnología de vapor.

El período que siguió fue de actividad creciente, con dos interrupciones menores: la epidemia de cólera de 1854, que no afectó gravemente a la producción por la disponibilidad de mano de obra inmigrante, y la agitación social del Bienio Progresista. La legalización de las asociaciones de tejedores, con la consiguiente ola de huelgas por reivindicaciones salariales, y la respuesta de los empresarios —reducciones de salario, algún cierre patronal— crearon un clima tenso pero no paralizaron el crecimiento. La prueba es que entre 1854 y 1856 se instalaron tres nuevas fábricas de vapor en la ciudad, las primeras en una década.

La hilatura preindustrial

La hilatura preindustrial tal como se practicaba en Mataró puede dividirse en dos períodos que marcan la transición entre el artesanado y la gran fábrica de vapor. El primero se extiende desde la implantación de la actividad hasta el final de la década de 1820, y se caracteriza por una producción de escala casi doméstica, capitales mínimos y tecnología atrasada.

Las máquinas utilizadas en ese primer período eran de tres tipos: las francesas —una variante de la *jenny* inglesa—, consideradas las más apreciadas; las bergadanas, adaptación catalana de aquéllas; y las simples, apenas superiores al torno de mano tradicional. El peso de la producción recaía sobre las bergadanas. El coste de una de 120 husos era de unos 2.136 reales; una mechera de 24 husos valía 1.068 reales y un diablo 213 reales. Con una inver-

sión total de alrededor de 4.000 reales era posible montar un pequeño negocio de hilatura en esa primera época.

Un dato revelador sobre los orígenes sociales de los primeros hiladores es que muchos procedían del oficio de carpintero: los hermanos Xarau, Mundet, Arenas, Roca, Regàs y otros habían abandonado el trabajo de la madera atraídos por las posibilidades del algodón. Y dado que las máquinas eran de madera, es probable que algunos construyeran ellos mismos el utillaje fabril, reduciendo así la inversión inicial.

Las primeras fábricas de hilados eran de tipo familiar: todos los miembros del hogar trabajaban en la maquinaria instalada en el comedor o en una habitación contigua. En otros casos se trataba de asociaciones informales entre dos o más hiladores que unían sus recursos para alcanzar una productividad mayor. Estas iniciativas, lejos de ser compañías formalizadas orientadas a la rentabilidad, respondían más a la capitalización mediante el esfuerzo personal y el crédito de pequeña cuantía. Su vulnerabilidad ante las crisis era, en consecuencia, extrema.

Algunos ejemplos documentados ilustran esa realidad. Joan Blanch y Jaume Dachs compartían una fábrica en la calle Sant Ramon con dos máquinas de hilar. Joan Castells Costa tenía en la plaza de Sant Cristòfor un establecimiento algo mayor, con dos máquinas de 120 husos y cuatro de 144. Francesc Castells Regàs explotaba en 1828, junto con dos socios, una industria en la calle

Molas con cinco máquinas de hilar, una carda, tres mecheras y un diablo; completaba la producción con trabajos de calcetería en tres telares, diversificando así la actividad. Establecimientos de mayor envergadura, como los de Arenas y Achard, agrupaban bajo un mismo techo un número más elevado de máquinas.

Los datos estadísticos disponibles muestran la fragilidad del subsector: entre 1815 y 1829 casi la mitad de los fabricantes de hilados abandonaron el negocio. La estadística revela, no obstante, que nuevos operadores fueron entrando simultáneamente, tal vez con mayor capacidad inversora que los que salían. Las crisis provocadas por el contrabando y los disturbios políticos actuaron como filtros que seleccionaban a los más solventes.

El decenio de 1830 supuso un cambio cualitativo. Los fabricantes de hilados que resistieron emprendieron la mecanización, sustituyendo las viejas bergadanas por las *mule-jennies*, máquinas considerablemente más costosas —alrededor de 10.680 reales— y construidas en hierro en lugar de madera. Para el año 1848 la transformación era completa: no quedaba ni una sola bergadana en activo en Mataró.

La mayor inversión que exigía el nuevo utillaje hizo necesaria la captación de capitales externos. Las noticias localizadas en los archivos muestran que esos recursos provenían de personas vinculadas al sector, de comerciantes y de algunos labradores acomodados. La compañía Tarrés y Compañía, formada en 1840, reunió

a tres socios que aportaron conjuntamente 245.640 reales. Operaciones de menor cuantía pero del mismo signo se repiten en los registros notariales: a Melcior Valdé le prestaron 40.000 reales para dar mayor impulso a la fábrica; a Gras, en 1835, 10.680 reales con idéntico propósito.

El crecimiento de los años treinta se manifestó en una cascada de iniciativas: Jaume Mundet amplió su negocio; Pau Gallifa compró una casa en 1838 para montar una fábrica mayor; Marià Xarau adquirió inmuebles, alquiló edificios y prestó dinero; Achard formó compañía en 1837 para expandir la producción. Entre las empresas de nueva creación destacan las de Jaume Baladia, Joaquim Castells, Josep M. Xarau, Francesc Trias y la Compañía Busqueta i Sala. A comienzos de los cuarenta se incorporaron Esteve Margenat, Agustí Planell, Miquel Biada, Joaquim Esquerra, Joan Blanch y Ramon Alsina, que pasó del tejido a la hiladura. Eran los momentos de máxima concurrencia en el hilado preindustrial, cuando desde 1839 operaba en la ciudad la primera fábrica de vapor.

Durante los años cuarenta se produjo la resistencia de las industrias que se habían modernizado parcialmente pero carecían de capital para afrontar el reto del vapor. Una resistencia sin futuro: entre 1842 y 1850 el número de establecimientos fabriles se redujo a la mitad, pasando de veinte a diez. Las crisis de 1843 y 1847 aceleraron esa concentración. Joan Castells vendió su fábrica por 63.012 reales y se convirtió en calcetero; Josep Molera retomó el oficio de su padre; Marià Xarau, Jaume Mundet, Felicià Regàs y

otros hicieron el mismo camino. Joaquim Castells pasó al tejido; Joan Blanch cerró por falta de recursos; Pelegrí Ferrer, que heredó la hilatura de Jaume Dachs en 1849, la clausuró de inmediato.

Algunos intentaron resistir alquilando espacio en fábricas de vapor ajenas —Josep M. Xarau, Ramon Alsina, Josep Molera—, pero la falta de capital propio también los condujo, en poco tiempo, al cierre. En Mataró, sólo dos linajes de hiladores con larga trayectoria consiguieron incorporarse plenamente a la revolución industrial: los Arenas y los Gironès. Los demás establecimientos de vapor serían empresas enteramente nuevas, constituidas desde el principio con arreglo a los parámetros de la gran industria.

Ciertamente, el nuevo fabricante industrial raramente procedía de las filas del pequeño artesano agremiado, sino que solía ser un comerciante que trasladaba a la industria un capital acumulado en actividades mercantiles. Esa observación se ajusta con precisión a lo que ocurrió en Mataró: la revolución industrial fue, en buena medida, el resultado de destinar capital de origen comercial —en gran parte barcelonés— a la creación de sociedades fabriles orientadas a la producción en gran escala.

El tejido

El tejido ocupaba en Mataró una posición diferente a la hilatura. Si ésta tendía hacia la concentración en establecimientos de mayor tamaño, el tejido se caracterizó, hasta los años cincuenta, por

la proliferación de pequeñas y medianas fábricas y por la amplísima extensión del trabajo a domicilio. La ciudad entera parecía una gran factoría: en prácticamente todos los hogares había un telar, y muchos labradores completaban sus ingresos tejiendo en las épocas de poco trabajo agrícola. Josep Riera Viñals, por ejemplo, combinaba el cultivo de una parcela de viña en Mata con el trabajo en el tejido, y no era el único.

El trabajo a domicilio —el *putting-out system*— era enormemente funcional para los fabricantes. Les permitía reducir costes laborales, flexibilizar la producción según la demanda y trasladar el riesgo de las fluctuaciones del mercado a los trabajadores. Cuando la demanda crecía, se alquilaban más telares a tejedores domésticos; cuando se contraía, se prescindía de ellos sin coste alguno. Las pequeñas fábricas subsidiarias de las grandes —que realizaban una parte del proceso productivo— eran las que sufrían con mayor intensidad las crisis de pedidos.

Un documento de 1843 procedente de la Junta de Fábricas ilustra con claridad cómo funcionaban los circuitos comerciales del tejido. El fabricante Jaume Roca explicaba que tenía establecida en Mataró una fábrica de tejidos de algodón —cutíes, bombacíes y géneros similares—, pero que las primeras materias salían de Barcelona ya preparadas —incluido el urdido—, y el tejedor de Mataró se limitaba a tejer la pieza; una vez salida del telar, antes de recibir ningún acabado, volvía a Barcelona para completar allí las operaciones necesarias hasta dejarla en condiciones de venta.

Era, en esencia, una producción descentralizada en la que Mataró aportaba la mano de obra y Barcelona el capital, los materiales y la comercialización.

Los datos de los fabricantes de tejidos en el período 1836–1856 revelan un cuadro de gran complejidad. En términos absolutos, el número de fabricantes activos creció hasta los primeros años de la década de 1850, lo que podría sugerir un sector en expansión. Pero un análisis más detallado muestra una realidad bien distinta: de los industriales que trabajaban en 1836, diez años después sólo quedaban cinco, y en 1856 únicamente uno. La altísima rotación de empresas —la mayoría duraba pocos años— evidencia la precariedad de los negocios con escasa capitalización. En 1856 sólo cuatro de los treinta y dos fabricantes activos diez años antes seguían en actividad.

La concentración se aceleró entre 1853 y 1856, cuando la subida espectacular del impuesto de comercio e industria —un incremento del 262% entre 1851 y 1853— eliminó del mercado a los operadores más pequeños. La industria del tejido se fue haciendo inviable para quienes no disponían de capital suficiente para adquirir las nuevas máquinas que reducían los costes de producción. Casos como el de Pau Puig —cuya fábrica fue subastada— o el de Josep Vila Fontanillas —que cerró su establecimiento de 22 telares en el torrente de Boba en 1841 y obtuvo 24.147 reales por la maquinaria— ilustran ese proceso de eliminación de los más débiles.

La mecanización del tejido se produjo más tardíamente que la de la hilatura. Al telar tradicional le surgió un competidor poderoso con el modelo *jacquard*, que comenzó a funcionar en Barcelona en 1826 para tejer seda, y cuyo uso se generalizó en Cataluña durante los años treinta.

Los datos sobre la mecanización del tejido en Mataró muestran la profundidad del cambio tecnológico. En 1848 los telares de la ciudad eran en su gran mayoría tradicionales —sencillos—, junto con una cantidad significativa de compuestos y apenas diez telares mecánicos. Dos años después, en 1850, la situación había evolucionado: los sencillos seguían siendo mayoritarios, con 1.638 unidades, pero ya había 130 mecánicos y sólo 51 compuestos. En 1856, los sencillos habían desaparecido completamente: quedaban 135 mecánicos y 216 *jacquard*, con un total de 351 telares. Esa caída dramática en el número absoluto de telares —de 1.826 en 1850 a 351 en 1856— refleja, más que una contracción real de la actividad, una mayor concentración: menos establecimientos, pero de mayor tamaño y productividad.

El número de fábricas confirmó esa tendencia: de 26 en 1850 se pasó a 12 en 1856. Al mismo tiempo, la plantilla media por fábrica creció sustancialmente. El número de trabajadores del subsector pasó de 1.350 en 1848 a 2.567 en 1850, incremento que, aunque probablemente algo exagerado por las fuentes, refleja la expansión de los años que siguieron a la crisis de 1847.

La empresa líder del subsector era Busqueta y Sala. Tras consolidarse como la mayor hilatura de la ciudad, en 1851 añadió a su actividad la producción de tejidos, y dos años después contaba ya con 120 telares mecánicos —los únicos existentes en Mataró—. Su peso en el sector era aplastante: en 1856 pagaba el 59% del total de las contribuciones de las fábricas de tejidos. Otros fabricantes de hilados siguieron el mismo camino de la integración vertical: Antoni Roldós y la Compañía Gordils yi Dalmau, que disponía de 21 *jacquard* y tejía desde 1844.

A mediados de la década, nuevas fábricas de mayor envergadura vinieron a enriquecer el subsector: las de Francesc Sadó, la de Martorell, Batlle y Compañía, y los establecimientos que ampliaron su capacidad gracias al crédito, como los de Pau Codina, Sebastià Rodon, Joan Campos y la fábrica de Aleix Baulenes, que en 1857 contaba con 79 telares *jacquard* en un edificio de nueva construcción.

La comparación entre la inversión en tejido y en hilatura en 1848 es reveladora de la debilidad relativa del primero. En ese año, el total de capitales del tejido ascendía a 2.900.500 reales, distribuidos de la siguiente manera: 900.000 en edificios, 400.500 en máquinas y 1.600.000 en circulante. En el mismo año, la sola fábrica de hilados Busqueta y Sala tenía invertidos 2.699.000 reales, casi tanto como toda la industria tejedora. Y el conjunto de la hilatura, con diez fábricas, sumaba una inversión de 10.348.400 reales, frente a las veinte fábricas aproximadas de tejido. La de-

bilidad relativa del tejido —más atomizado, menos capitalizado, más dependiente del trabajo doméstico— explica su mayor vulnerabilidad ante las crisis y su transformación más tardía.

Los calceteros y el género de punto

El gremio de calceteros era, en 1815, uno de los más numerosos y activos de Mataró: noventa y cinco afiliados se reunieron ese año para tratar asuntos de interés común. La actividad era antigua y estaba profundamente arraigada en la ciudad, hasta el punto de que algunos viajeros del siglo XVIII habían quedado admirados del trabajo a domicilio de las mujeres mataronesas dedicadas a la confección de medias y encajes.

La renovación tecnológica llegó por vías diversas. Un mataronés llamado Gaspar Comas viajó a Francia a aprender las técnicas modernas de tejer medias y, con gran riesgo, consiguió traer una máquina de nuevo tipo que le permitía fabricar medias trafalgar: producía dos pares al día, de distintos dibujos, mientras los tejedores tradicionales apenas alcanzaban un par y medio a la semana. La ocupación francesa de los años veinte también facilitó la llegada de nuevas técnicas, al introducir en la ciudad a personas que conocían los adelantos del país vecino.

Durante los años treinta continuó la innovación. Lluís Achard desarrolló un método para fabricar camisetas de felpa de gran calidad. En 1853 se concedió privilegio por cinco años a Antoni Roldós y Francesc Fradera por una máquina de fabricar punto mecá-

nico de diversas medidas en seda y algodón, traída del extranjero. Al año siguiente, Melcior y Josep Alsina obtuvieron privilegio por unos telares circulares de fabricar género de punto de nuevo tipo, que facilitaban el incremento de la producción, y las camisetas elaboradas con el nuevo aparato gozaban de gran aceptación en el mercado. Otro fabricante introdujo el color en el género de punto y obtuvo premios en varios certámenes industriales. Los avances tecnológicos se sucedían, aunque la escasez de capital limitaba el ritmo de adopción de las nuevas máquinas.

Los datos estadísticos disponibles revelan la paradoja del subsector de la calcetería y el género de punto: una actividad en constante innovación técnica que, sin embargo, experimentó un declive relativo muy pronunciado. Entre 1815 y 1856, el número de fabricantes de medias pasó de noventa y cinco a once. Esa caída no fue lineal: los años treinta y cuarenta fueron un período de renovación casi total del sector, en el que los artesanos tradicionales fueron sustituidos por un nuevo tipo de fabricante orientado a la producción fabril.

De los noventa y cinco calceteros de 1815, en 1841 sólo quedaban siete activos de los cuarenta que ejercían el oficio en ese momento. Y de esos cuarenta fabricantes de 1841, en 1856 sólo sobrevivían cinco. Las fábricas más importantes de esa última etapa eran establecimientos constituidos pocos años antes, presumiblemente con tecnología más adecuada a las exigencias de la productividad moderna.

El declive de la calcetería artesanal produjo una corriente de proletarización entre los numerosos trabajadores que habían tenido en esa actividad su modo de subsistencia, quienes pasaron a engrosar la plantilla de las fábricas de tejidos y hilatura. Algunos casos ilustran la magnitud del retroceso: Pau Gallifa, uno de los fabricantes más importantes, pasó de pagar una contribución de 742 reales en 1836 a pagar sólo 12 reales diez años después. La reducción no era un caso aislado: todos los calceteros que no desaparecieron vieron recortada sustancialmente su cuota contributiva, indicio inequívoco de una industria marginalizada dentro del creciente textil mataronés.

En los años cuarenta coexistieron dos formas de dedicarse al género de punto: el trabajo a domicilio y la pequeña factoría. Los calceteros domésticos —que tenían uno o dos telares y dependían de un comerciante o fabricante que les suministraba la materia prima— trabajaban frecuentemente por cuenta de comerciantes barceloneses que les enviaban seda y les pagaban el precio del trabajo. El inventario de bienes de un calcetero doméstico como Josep Serra muestra que ese colectivo artesanal subsistía con un nivel de bienestar ligeramente superior al de los proletarios del tejido, aunque igualmente precario.

El grupo más destacado lo formaban unas pocas fábricas pequeñas que agrupaban varios telares y empleaban a terceros. Algunas de ellas operaban en una modalidad intermedia: el fabricante no poseía directamente los telares, sino que los había alquilado, y

se dedicaba principalmente a la comercialización del producto. Así, Josep Vilardebò tenía sus herramientas en manos de artesanos que le tejían medias de seda, calzas y pantalones de algodón. Otros se dedicaban directamente a la especulación: Josep Bruguera adquiría medias ya hechas en gran cantidad y las revendía con pingüe beneficio.

La producción del género de punto mataronés gozaba de reconocida calidad fuera de la ciudad. En 1841, Rosa Pou e hijos participaron en la exposición de productos de la industria nacional celebrada en Madrid con una docena de medias de seda de diversos colores. En 1844, en la exposición de Barcelona, se presentó una amplia colección de género de punto mataronés: chaquetas, medias y camisetas.

En los años 1845–1846 trabajaban en el género de punto 182 hombres y 295 mujeres, que hacían funcionar 182 telares. La producción mensual daba para 250 docenas de chaquetas elásticas de algodón, 96 de camisetas afelpadas de lana y algodón, 18 de calzoncillos y camisetas de felpa interior, 49 de camisetas y calzoncillos de lana, 14 de medias de seda, lisas y caladas, y 50 de medias de algodón. El nivel de productividad era bajo, y el sector vivía en alarma continua porque no podía contar con salidas fijas: las fluctuaciones de la demanda eran extraordinarias de un año a otro, y el contrabando de medias de seda y algodón desestabilizaba los precios constantemente.

La crisis impedía la capitalización. Hacia los años cincuenta los fabricantes tenían de media entre tres y cuatro telares. Las cifras de la contribución son elocuentes: en 1853 había 79 telares dedicados al género de punto; en 1856, sólo 44. Habría que esperar a los años setenta para que la confluencia de máquinas más productivas y la inversión de capitales consolidara en Mataró un subsector del punto verdaderamente potente. En los cincuenta, el género de punto sirvió de refugio a muchos fabricantes de tejidos y hilatura que no podían sumarse a la renovación tecnológica: Achard, Regàs, Castells y otros retomaron el camino que los calceteros habían recorrido décadas antes.

Las industrias textiles menores

La industria sedera había perdido en la posguerra la importancia que tuvo en épocas anteriores, cuando desde Mataró se exportaban a América grandes cantidades de blondas, encajes y velos. Con todo, en las décadas de 1810 y 1820 mantuvo su producción y comercio sin excesivos contratiempos, gracias a un buen nivel de competencia con Francia. En ese período había en la ciudad seis fábricas que consumían 66 libras de materia prima a la semana. Fue también entonces cuando Antoni Borràs inventó un avanzado torno de hilar seda que llegó a utilizarse en Valencia y Gandía.

Los datos sobre tejedores de velos, torcedores y fabricantes de seda y blondas entre 1836 y 1856 muestran una tendencia clara: la pérdida progresiva de importancia de la seda a medida que avan-

zaba la industrialización. Los tejedores de velos y los torcedores desaparecieron rápidamente. Los fabricantes de seda experimentaron una fuerte concentración durante los años cuarenta, cuando la reforma arancelaria de 1841 causó la paralización de un 70% de los telares de seda en Cataluña. Las cifras de los tejedores de velos muestran esa caída: de 31 en 1836 se pasó a 38 en 1840, y luego a 29 en 1841 y 22 en 1842. Los torcedores de seda, que eran dos en 1836 y 1837, quedaron reducidos a uno en 1840 y 1841.

Sin embargo, los fabricantes de seda y blondas que resistieron lograron resultados notables a partir de los años cincuenta, como evidencia el crecimiento de su contribución fiscal: de 1.125 reales en 1846 a 2.218 en 1848, 2.304 en 1851, 5.160 en 1853 y 6.494 en 1856. El crecimiento económico general de la segunda mitad del decenio creó una gran demanda de productos de calidad, y la seda mataronesa tenía garantizado un mercado de calidad.

La crisis del subsector llevó a algunos de sus protagonistas a buscar inversiones más rentables en la especulación de cereales —como la viuda de Genís Artigas y Miquel Aurich—, aunque ambos regresaron a la seda cuando la mejora coyuntural de los cincuenta lo hizo nuevamente atractivo.

Un aspecto destacable de la fabricación sedera era el trabajo a domicilio, que ya había llamado la atención de los viajeros del siglo XVIII. En 1848 había más de quinientas mujeres dedicadas a esos menesteres, y en los pueblos de la comarca muchas personas

combinaban el trabajo agrícola con esa dedicación, pagada a precios muy bajos. Los fabricantes mataroneses fueron presionados fiscalmente para limitar su actividad a la ciudad y no encargar blondas a operarias del exterior. En 1854 el ayuntamiento les eximió de esa limitación, argumentando que el incremento de beneficios no compensaría la diferencia de contribución, que resultaba desproporcionada —3.000 reales en lugar de los 630 habituales—. El tráfico existía en todo caso, porque los productos de la comarca llegaban a precios muy bajos y su adquisición no era declarada.

La fabricación de tejidos de lino era una actividad de larga tradición en Mataró, pero que a mediados del siglo XIX se encontraba en franco declive. Su carácter rutinario y su especialización en productos de escaso valor añadido —fundamentalmente cuerdas y cordeles— la condenaban a una posición marginal dentro del conjunto textil. Los datos de las contribuciones de los años cuarenta la sitúan a menudo agrupada con los tejedores de seda, lo que dificulta su análisis separado. La tendencia era, en todo caso, de desaparición gradual.

Una iniciativa aislada merece mención: en 1841, Antoni Cuyàs inventó una máquina de hilar lino y cáñamo que contó con el apoyo de la Diputación, que le concedió 6.000 reales y gestionó la solicitud del privilegio real de fabricación. Quienes la vieron trabajar elogiaron el modo de hilar esos géneros y la calidad de los encajes, telas finas y calceta que producía. Pero la iniciativa no pros-

peró, y el tejido del lino continuó su declive hasta desaparecer prácticamente en la segunda mitad del siglo.

La fabricación de lonas para velas de buques y tiendas de campaña estaba activa en Mataró desde principios de siglo. Los datos disponibles son escasos —la actividad aparece frecuentemente integrada en los listados de contribuciones dentro del grupo de los tejedores—, pero las cifras de 1848 ofrecen una fotografía nítida del subsector: seis fábricas concentraban la producción, con 146 telares y 206 trabajadores. Para mantener su competitividad, los fabricantes trabajaban con márgenes mínimos, de un dos o tres por ciento, lo que contribuía inevitablemente al declive de la actividad. El fabricante de lonas más relevante era Francesc Oliver, que además producía mangueras sin costura mediante un sistma de su propia invención, único en España, con privilegio real.

Las fábricas de vapor

Mataró se incorporó rápidamente a la revolución industrial. Fue, tras Barcelona y Terrassa, la tercera ciudad catalana en disponer de la tecnología del vapor. Varios factores explican ese privilegio relativo: la facilidad para recibir carbón por vía marítima, los precios más bajos del suelo y los menores costes fiscales respecto a la capital, y la existencia de un numeroso contingente de mano de obra textil especializada. Todos esos elementos actuaron como estímulos para los capitalistas foráneos que buscaban dónde instalar sus empresas.

La primera fábrica de vapor comenzó a funcionar en Mataró en 1839, pero la gran oleada inversora no se produjo hasta 1843–1844, una vez estabilizada la situación política tras los agitados años del trienio 1840–1843, marcados por las bullangas y las huelgas que complicaban las relaciones laborales. Con el régimen moderado de Narváez, los capitales salieron de los cajones para invertirse preferentemente en fábricas de hilados a vapor.

El capital era el factor decisivo del proceso industrializador. Las fábricas de nueva generación exigían inversiones muy superiores a las del artesanado: máquina de vapor, hiladoras de hierro *mule-jenny*, selfactinas y todo el utillaje del oficio. Los precios eran elevados y tendían a subir: una *mule-jenny* costaba entre 3.000 y 4.000 reales en los años en que Gironès las adquirió en 1843; en 1852 valían ya entre 5.000 y 6.000 reales. Las máquinas de vapor eran todavía más caras: la de Gironès, de 8 caballos de vapor, costó 66.000 reales en 1846; la de Planell yi Bonet, de 12 caballos, 88.100 reales en 1854; y la de Jacint Arenas, de 40 caballos, alcanzó la cifra récord de 216.000 reales en 1856.

A la inversión en maquinaria había que sumar la del terreno y el edificio fabril, y los fondos necesarios para financiar el capital circulante. Las dos industrias punteras del año 1848 —Busqueta y Sala y Gordils y Dalmau— ilustran bien la estructura de la inversión: en ambos casos, el mayor desembolso correspondía a la maquinaria, que absorbía entre el 50 y el 53% del total; los edificios representaban entre el 26 y el 30%; y la financiación de la activi-

dad comercial, en torno al 20%. Para Busqueta y Sala, el total invertido ascendía a 2.699.000 reales; para Gordils y Dalmau, a 1.515.000 reales.

El análisis de la propiedad de los establecimientos fabriles revela que la mayoría de los capitales invertidos tenían un origen comercial y eran foráneos a la localidad. Los hacendados de Mataró prefería la especulación inmobiliaria y la de subsistencias, que a corto plazo ofrecía rendimientos muy superiores.

Joan Gordils y Ferran Dalmau eran comerciantes establecidos en Barcelona y originarios de Tossa; es de suponer que el origen de sus capitales fue la actividad comercial. Antoni Roldós, que junto con Agustí Planell formaba la Compañía Roldós y Planell, era comerciante, especulador de cereales y fabricante de pasta para sopa; a pesar de su intensa vida comercial, tuvieron que pedir préstamos para participar en el negocio de la hilatura. Su socio Planell, de origen barcelonés, ya conocía el sector y aportó las máquinas. Josep Mataró era otro comerciante barcelonés que invirtió en una fábrica de vapor para luego alquilarla a diversos industriales; ese arrendamiento le reportó en 1848 una renta de 72.000 reales. Uno de sus inquilinos fue Miquel Biada, el promotor del ferrocarril, que había acumulado capital en el comercio cubano.

La Compañía Planell y Bonet y los Gironès accedieron a la industrialización gracias al crédito. Los Arenas y los Gironès son los

dos únicos casos de hiladores con tradición preindustrial que lograron integrarse en la revolución industrial, reconvirtiendo sus establecimientos artesanales gracias a la reinversión de beneficios y al endeudamiento. Joaquim Esquerra, que de joven había comerciado en América, montó su factoría con dinero heredado de un tío, también acumulado en el tráfico colonial. La Compañía Jaume Miquel Ros es uno de los pocos casos en que aparece un abogado de Mataró invirtiendo en una sociedad fabril, aunque la parte mayoritaria pertenecía a Ros, industrial del hilado procedente de Sant Pol. La Compañía Busqueta y Sala, la mayor de la localidad, era la confluencia de capitales comerciales barceloneses, otros de origen fabril procedentes de Manresa y la pequeña aportación de un abogado mataronés.

La conclusión que se extrae de ese panorama es clara: la inversión industrial fue protagonizada por capitalistas foráneos vinculados al mundo del comercio y, en algunos casos, por elementos dinámicos de los nuevos sectores que provenía del artesanado o de las viejas formas de producción, y que, auxiliados por el crédito y la aportación de algún capitalista externo, se incorporaron a la renovación tecnológica. En esos momentos fundacionales de la industria, era todavía habitual el fabricante que participaba activamente en el trabajo de la fábrica; la figura del propietario que dirige desde un consejo de administración sería propia de una etapa posterior.

Las estadísticas de la hilatura a vapor en 1848 y 1850 muestran la rápida acumulación de capacidad productiva. En 1848, las principales fábricas presentaban el siguiente perfil: Busqueta y Sala tenía una máquina de vapor de 15 caballos y otra de 35, con 3.400 *mule-jennies* y 3.600 selfactinas —7.000 husos en total—, y empleaba a 50 hombres, 44 mujeres y 40 niños. Gordils y Dalmau contaba con una máquina de 24 caballos y 4.050 husos, con 22 hombres, 12 mujeres y 32 niños. Joan Pau Arenas disponía de una máquina de 8 caballos y 2.640 husos, con 10 hombres, 36 mujeres y 10 niños. Gironès e Hijo trabajaba con una máquina de 8 caballos y 1.680 husos.

En 1850 la capacidad productiva había crecido apreciablemente. Busqueta y Sala había ampliado su máquina de vapor a 30 caballos y sumaba ya 7.000 husos entre *mule-jennies* y selfactinas, con 50 hombres, 44 mujeres y 40 niños. Gordils y Dalmau tenía 20 caballos de vapor y 4.050 husos. Joan Pau Arenas disponía de 2.640 husos. Gironès e Hijo, de 1.680 husos. Las fábricas de nueva incorporación —como Roldós y Planell, con 12 caballos y 3.720 husos— completaban un panorama de crecimiento acelerado.

El conjunto de la hiladura a vapor de Mataró contaba en 1848 con una inversión total de 9.586.400 reales, que la situaba en una posición intermedia entre las zonas de industrialización tardía y ámbito rural y el centro fabril de Barcelona o ciudades como Vilanova. Para contextualizarlo: la fábrica de la Rambla, de Vilanova, sumaba 4.096.480 reales; la España Industrial de Barcelona,

30.000.000 reales; mientras que Busqueta y Sala tenía 2.699.000 y Josep Mataró 2.237.200.

En cuanto a la mecanización de la hilatura, los datos sobre el número de husos en *mule-jennies* y selfactinas entre 1848 y 1857 confirman la tendencia general a la transición hacia la tecnología más avanzada. En 1848 había 21.560 husos en *mule-jennies* y 11.850 en selfactinas, con un total de 33.410. En 1850 los husos en *mule-jennies* habían crecido a 30.520 y los de selfactinas bajado a 7.048, para un total de 37.568. En 1857, la proporción se había invertido decisivamente: 13.620 husos en *mule-jennies* frente a 20.940 en selfactinas, sobre un total de 34.560. Las selfactinas, implantadas en Mataró en 1844, representaban en 1857 el 60% del sector, ligeramente por encima de la media catalana del 50%.

El cronograma de implantación de las fábricas de vapor confirma la centralidad del período 1844–1846. En 1839 arrancó Gordils y Dalmau con 20 caballos de vapor. En 1841–1842 se incorporaron Busqueta y Sala y Joan Pau Arenas. En 1843 comenzó la actividad Gironès e Hijo. En 1844, con motor de 15 caballos, entró en funcionamiento Josep Mataró, y en 1845 Roldós y Planell con 20 caballos. En 1846 se abrieron la Viuda Bruguera, Planell y Bonet —con 8 y 12 caballos respectivamente— y la Viuda Gironès. En los años siguientes, hasta 1856, se incorporaron Joaquim Esquerra, German Biada, Josep Xarau, Felicià Regàs, Josep Sensat, Hereus M. Biada, Marià Xarau y, finalmente, Lluís Achard con 12 caballos de vapor.

El segundo gran momento de inversión fueron los años 1854–1856, cuando, a pesar de los problemas políticos y sociales del Bienio Progresista, la euforia industrial se impuso. En esos años, la fábrica Arenas alcanzó los 40 caballos de vapor, consolidándose como la segunda industria de la localidad tras Busqueta y Sala.

La falta de documentación comercial impide analizar en detalle la rentabilidad de las fábricas de vapor. Lo que sí se conoce, por estudios sobre otras localidades, es que las compañías industriales de la época solían sacrificar la rentabilidad financiera a corto plazo en aras de la continuidad y el crecimiento de la empresa. El caso de Busqueta i Sala ilustra esa estrategia: la compañía reinvertía automáticamente el 50% de los beneficios, lo que explica su crecimiento desde los 600.000 reales de capital en 1840 hasta los 3.578.000 de 1857. Los Arenas pasaron de 578.000 reales en 1848 a 1.200.000 en 1853. Esa capitalización continua era imprescindible para mantener la competitividad ante la reducción constante de los precios de los productos textiles causada por la nueva tecnología.

La cuestión fiscal fue otra fuente de fricción entre los industriales y la administración. En 1847, el ayuntamiento decidió incluir en el impuesto sobre bienes inmuebles la parte correspondiente a las máquinas de vapor instaladas en las propiedades, argumentando que esas máquinas aumentaban el valor del inmueble y, por tanto, debían computarse en su estimación. El conflicto resultaba

especialmente complejo cuando el propietario del edificio y el de la maquinaria eran personas distintas —como ocurría en las fábricas alquiladas—. Los fabricantes protestaron con éxito, y el ayuntamiento redujo el impuesto ese año. El episodio ilustra las tensiones permanentes entre los intereses industriales y las exigencias de la hacienda municipal.

***

El recorrido por la industria textil de Mataró a mediados de siglo XIX permite formular varias conclusiones de alcance más general sobre el proceso de industrialización catalán.

En primer lugar, la transición del artesanado a la gran fábrica no fue un proceso lineal ni automático, sino una sucesión de crisis, resistencias y adaptaciones en la que la mayoría de los operadores preindustriales quedaron eliminados. En todos los casos, la concentración industrial fue el resultado de la acción combinada de la competencia tecnológica, las crisis coyunturales y la presión fiscal.

En segundo lugar, el capital fue el factor decisivo. Las empresas que sobrevivieron y prosperaron fueron las que pudieron acceder a capitales suficientes para invertir en la nueva tecnología —*mule-jennies*, selfactinas, máquinas de vapor— y para aguantar las pérdidas de las crisis sin verse obligadas a cerrar. Ese capital en su mayor parte, no era local: los comerciantes barceloneses y los capitales de origen colonial o fabril externo fueron los grandes

protagonistas del despegue industrial mataronés. La hacendados locales prefería la especulación inmobiliaria y de subsistencias, más rentable a corto plazo.

En tercer lugar, la historia de la industria textil mataronesa es también la de sus trabajadores. Más de seiscientas personas tuvieron que abandonar la ciudad durante la crisis de 1824–1825; las huelgas de los tejedores fueron una constante desde 1840; la transformación en asalariados de artesanos y calceteros fue masiva. La industria textil que emergió de este proceso era, al mismo tiempo, un logro técnico y económico notable y el resultado de sacrificios de la fuerza de trabajo que la sustentaba.

Mataró hacia 1860 ya era una ciudad industrial consolidada. Tenía doce o más fábricas de vapor en funcionamiento, una plantilla obrera de miles de personas, una red de empresas auxiliares y de tejido doméstico que completaba el ciclo productivo, y una inserción sólida en los mercados regionales y nacionales. Los problemas que se avecinaban —la hambruna de algodón de los años sesenta, provocada por la Guerra de Secesión americana— pondrían a prueba esa solidez; pero eso ya pertenece a otra etapa de la historia industrial de la ciudad.

Fábricas

A mediados del siglo XIX, fabricar en Mataró era todavía, para la mayoría, sinónimo de riesgo. El capital escaseaba, la tecnología cambiaba a un ritmo que dejaba obsoleta la maquinaria en pocos años, y las crisis comerciales se sucedían con una regularidad implacable. Los que se atrevían a montar una fábrica de hilados o de tejidos lo hacían casi siempre endeudándose, buscando socios, pidiendo prestado a familiares y comerciantes, a veces a completos desconocidos que confiaban más en el negocio que en el hombre. Muchos cerraron antes de recuperar lo invertido. Algunos llegaron a la quiebra dejando acreedores sin cobrar y familias arruinadas. Unos pocos prosperaron de un modo que habría parecido inverosímil en el punto de partida.

Las historias que siguen son las de esos hombres. No son relatos heroicos ni ejemplares, sino retratos de personas corrientes tomando decisiones bajo incertidumbre: cuándo endeudarse, cuánto arriesgar, si comprar máquinas nuevas o aguantar con las

viejas, si asociarse o seguir solo. Detrás de cada escritura notarial, de cada protesta fiscal, de cada contrato de arrendamiento, hay alguien que apostó su patrimonio y el de su familia por una apuesta industrial en una ciudad que estaba aprendiendo a serlo.

La variedad de trayectorias es, en sí misma, reveladora. Lluís Achard llegó a Mataró a finales del siglo XVIII como emigrante francés sin otro capital que su trabajo. Empezó hilando en casa junto a su mujer, fue construyendo poco a poco un negocio de género de punto, desarrolló técnicas propias para fabricar camisetas afelpadas, vendió licencias a otros fabricantes y llegó a ser cónsul de Francia en la ciudad. Era, sin duda, una historia de ascenso. Y sin embargo, cuando llegó la era del vapor, Achard no pudo seguir el ritmo: en 1848, sus 960 husos y 33 obreros eran ya demasiado modestos para competir con los grandes establecimientos mecanizados, y el negocio fue languideciendo hasta cerrar. Fue lo que le ocurrió a la mayoría del artesanado textil de Mataró: habían construido la base de la industria local y estaban destinados a ser desplazados precisamente por el éxito de lo que habían contribuido a crear.

Solo dos familias con larga trayectoria preindustrial lograron cruzar al otro lado: los Arenas y los Gironès. No fue fácil ni automático. Joan Pau Arenas, que en los años veinte tuvo que vender una casa para hacer frente a las deudas, fue reinvirtiendo pacientemente durante las décadas siguientes hasta que en 1844 instaló su primera máquina de vapor. A partir de ahí el cre-

cimiento fue sostenido: de 2.640 husos en 1848 a casi 8.000 en 1850, cuando incorporó las selfactinas que entonces eran la frontera tecnológica del sector. Al morir en 1852 dejaba diez casas, la fábrica con toda la maquinaria y 200.000 reales en créditos y circulante. Su hijo Jacint dio el paso definitivo al construir el Vapor Nou, una de las instalaciones más avanzadas de la ciudad, con un motor de 40 caballos comprado a los hermanos Alexander de Edimburgo por 216.000 reales. Cuando Jacint murió en 1864, la herencia ascendía a 1.200.000 reales. En tres generaciones, los Arenas habían pasado de artesanos carpinteros a cabeza de la industria local.

Los Gironès siguieron un camino parecido pero más accidentado. Josep Gironès había montado en el Ravalet una fábrica que combinaba hilados y tejidos con una red de telares alquilados a domicilio y unos clientes distribuidos por toda la franja costera catalana, desde Girona hasta Barcelona. La empresa creció con él, pero también creció la deuda necesaria para financiarla. Cuando murió en 1843, el activo de 230.216 reales iba acompañado de un pasivo de 201.147. Su hijo Domènec y su viuda Gertrudis tomaron la decisión más importante: invertir en vapor. «No tienen otro recurso que la plantificación de un vapor para hacer funcionar las dos fábricas al mismo tiempo», escribían en 1845, «que para ponerse al nivel de los otros fabricantes les es indispensable». La máquina de 8 caballos entró en funcionamiento en 1846, financiada con un préstamo de 42.720 reales de un comerciante bar-

celonés. La fábrica se modernizó, creció, sobrevivió a la muerte prematura de Domènec en 1855. Lo que no sobrevivió fue la familia como propietaria: los Gironès quebraron a principios de los setenta.

La primera fábrica de vapor de Mataró fue, en cambio, obra de forasteros. Joan Gordils y Salvi Dalmau eran comerciantes de Tossa emparentados entre sí que habían fijado su residencia en Barcelona. En 1835 pactaron construir en la calle Sant Agustí, en la antigua huerta de les Illes, un molino harinero movido por vapor. El motor de 20 caballos que pusieron en marcha hacia 1838 era uno de los quince que existían entonces en toda Cataluña; la fábrica de hilados que se construyó a continuación fue durante más de dos décadas uno de los establecimientos más avanzados de la ciudad, pionera en la adopción de las selfactinas y con una capacidad que se mantuvo estable entre 4.000 y 5.000 husos. La inversión inicial —terreno, edificio y máquina de vapor— ascendió según declaración propia a 480.000 reales. Era una apuesta de una envergadura desconocida en el Mataró de la época, y durante años funcionó bien.

El final fue doloroso. Las pérdidas acumuladas en los años sesenta superaron los 150.000 reales, y la respuesta fue la que suele darse cuando los resultados no acompañan y el optimismo resiste: más crédito. El endeudamiento creció en un contexto de estancamiento económico que impedía el relanzamiento, y en 1864 la compañía entró en quiebra. El inventario de la liquidación con-

tó máquinas «bastante atrasadas» que «ofrecen pocas garantías de provecho»: ahí estaba la explicación. Gordils y Dalmau habían llegado a la quiebra, en parte, por no haber podido renovar a tiempo la maquinaria con la que habían sido pioneros. El pleito resultante se prolongó más de diez años y generó una documentación legal voluminosa que aún se conserva.

Enfrente, en sentido casi literal —las dos fábricas quedaban separadas por poco más que un callejón en la calle Sant Agustí—, estaba Busqueta y Sala. Su historia es la de una gestión metódica del crecimiento. La compañía arrancó en 1840 con 600.000 reales de capital y un pacto que obligaba a reinvertir automáticamente la mitad de los beneficios anuales. En 1857, el capital ascendía a 3.578.900 reales. Detrás de esa cifra había un encadenamiento de decisiones acertadas: la incorporación de las selfactinas en el momento oportuno, la integración del tejido además de la hilatura, el sostenimiento de una casa comercial en Barcelona para colocar la producción, los contratos con tejedores externos para absorber picos de demanda sin aumentar los costes fijos. El incendio de 1860, que destruyó gran parte del edificio y la maquinaria, hubiera hundido a cualquier empresa menos capitalizada. Busqueta y Sala lo absorbió, reconstruyó por más de un millón y medio de reales y siguió adelante, aunque la tensión con sus obreros —que la llamaban «la Rusia pequeña» por la intransigencia de los dueños— fue en aumento hasta los intentos de incendio de 1870 y 1872.

Entre los inquilinos de la fábrica de Josep Mataró, uno de los edificios industriales que funcionaron como incubadoras para quien no podía permitirse construir desde cero, figuraba Miquel Biada. El hombre que había traído el primer ferrocarril de España a Mataró tenía allí, desde 1847, ocho máquinas *mule-jenny* y seis selfactinas, casi tres mil husos en total y una cincuentena de obreros. Era lo habitual en los hombres de negocios del siglo XIX: el capital acumulado en el comercio colonial cubano se distribuía entre varias apuestas simultáneas, en este caso la fábrica de hilados, en otros la propiedad inmobiliaria. Biada murió en 1848, justo el año en que inauguraba el ferrocarril, y el negocio pasó a sus hijos bajo la razón social Hermanos Biada y Cia.

La mayoría de los fabricantes, con todo, no fueron ni los Arenas ni los Busqueta. Fueron hombres como Joan Mundet, carpintero reconvertido en hilador, que acumuló deudas hasta que la quiebra de 1840 lo dejó sin fábrica y a sus acreedores sin cobrar. O como Antoni Roldós, que venía de fabricar pastas de sopa y especular con cereales, y que en 1845 montó una fábrica de hilados que funcionó razonablemente bien hasta que sus hijos la ampliaron hacia el género de punto. O como Esteve Margenat, que ya tenía el plano aprobado para instalar un motor de vapor cuando su vecino más poderoso, el comerciante Josep Bofarull, le ofreció 21.360 reales a cambio de que renunciara al proyecto y no le llenara el barrio de humo. Margenat aceptó. No todos los obstáculos de la industrialización venían del mercado.

Lo que estas historias tienen en común es la centralidad del crédito. Casi nadie disponía del capital necesario para afrontar solo una inversión industrial de entidad. Los préstamos procedían de donde se podían conseguir: familiares, socios, comerciantes del sector, capitalistas barceloneses, labradores acomodados, abogados de pueblo. Joaquim Esquerra construyó su fábrica propia en 1853 gracias a los 173.966 reales que su tío Joan B. Coll le había ido prestando a lo largo de una década. Planell y Bonet financiaron prácticamente toda su inversión de 279.506 reales a crédito. Gras y Trias sobrevivían con 720 husos y 22 operarios en 1850, los más pequeños de la ciudad, gracias a la paciencia de los acreedores que desde 1836 iban poniendo dinero en un negocio que nunca terminaba de despegar del todo. El endeudamiento era la condición del progreso, pero también la vía más directa a la ruina cuando el mercado se daba la vuelta.

Todos estos hombres vivieron además en tensión permanente con las administraciones. Las disputas fiscales son un hilo conductor que recorre casi todas las historias: Gordils protestando por las cuotas del impuesto de industria en 1841, 1844 y 1847, llegando a cruzar palabras indecorosas con los regidores antes de ser multado; Busqueta y Sala resistiendo junto a otros fabricantes los intentos de cobrarles en Barcelona como almacenistas de géneros; el ayuntamiento incluyendo las máquinas de vapor en la valoración del impuesto sobre bienes inmuebles para sacar más ingresos. La industria textil de Mataró no surgió en un vacío:

creció en tensión constante con un Estado que gravaba, regulaba y a veces entorpecía.

Lluís Achard

Lluís Achard, nacido en 1773 en Toulon, se alistó joven como voluntario en la marina real, y en 1796 escribe al rey que «hasta el tiempo de la Revolución, que salió y emigró, vino a Cartagena en uno de los navíos de su majestad donde sirvió de cadete en las compañías tolonesas que se formaron, pasó a incorporarse en el batallón de la reyna ynfantería donde hizo toda la campaña de 1794 con la de 1795 en Cataluña, deseando servir a V.M. en la carrera militar suplica rendidamente a V.M. se digne concederle un grado de subteniente».

Pero las cosas no salieron como esperaba, y a finales del siglo XVIII encontramos a Achard en Mataró trabajando en la hilatura doméstica junto a su mujer, Josefa Gras. Declaraba: «no tenían ella ni yo cosa alguna más que nuestra industria, habiendo de alimentarnos de la misma». Esta producción mínima fue consolidándose durante las primeras décadas del siglo XIX, hasta situar a Achard en un lugar destacado entre los fabricantes de hilados, presidiendo reuniones y convirtiéndose en cónsul de Francia en Mataró. Sin embargo, su origen francés le causó problemas cuando se impusieron estrictos controles sobre las materias textiles importadas, ya que su trabajo en la especialidad de medias era comparable al de los fabricantes franceses. Para demostrar que

realizaba toda la producción en su propia casa, solicitó a la Junta de Comercio una inspección para verificar que hilaba, retorcía y realizaba todas las tareas necesarias.

En los años treinta, bajo la dirección de su hijo Lluís, el negocio prosperó gracias al clima económico favorable. Durante este período, padre e hijo innovaron en una técnica de fabricación de camisetas afelpadas y firmaron contratos de explotación con diversos fabricantes de medias, exigiendo que usaran «el propio género y escondidamente, sin que persona alguna pueda ver cómo ni de qué modo se fabrica». En algunos casos, vendían máquinas por 1.602 reales con la condición de que el comprador trabajara dos años para su empresa, amortizando el instrumento de trabajo con el 50% del valor de la producción.

Los Achard se especializaron en la fabricación de hilo y género de punto, produciendo camisetas, chaquetas, pantalones y medias de algodón y estambre. A finales de los años treinta, se asociaron con el maestro de obras Vicenç Tarrés para construir una fábrica de hilados y tejidos en el Mas Fogueres. Aunque la compañía inicialmente prometía buenos negocios, el acuerdo no se renovó después del período contractual, y cada socio continuó operando de manera independiente.

Achard, sin embargo, enfrentó problemas financieros y, entre 1841 y 1842, hipotecó dos casas en el Ravalet para obtener un préstamo de 10.680 reales del fabricante Ignasi Sala. En 1848, su

industria contaba con ocho máquinas *mule-jenny* con 960 husos, 33 obreros y una producción mensual de 1.900 libras de hilo. No obstante, esta capacidad productiva modesta no pudo competir con las fábricas impulsadas por el vapor, y el establecimiento cerró, dejando a Achard dedicado a una producción más pequeña de género de punto.

Tiempo después, Lluís y su hermano Joan Baptista construyeron una nueva fábrica en la calle Sant Pelegrí, financiada con préstamos como el de Bonaventura Subirà, de la localidad de Alp, quien les aportó 12.000 reales. La fábrica, equipada con un motor de 12 caballos, comenzó a operar en 1853, pero parece que los Achard solo asumieron una parte de la inversión, la del edificio y el vapor, mientras que los arrendatarios, Jaume Miquel Ros y Cía, se encargaron de la compra de maquinaria en Inglaterra.

La nueva sociedad, formada por Jaume Miquel Ros, Josep Manén, Pau Furest y Josep M. Ros —los dos últimos de Sant Pol, siendo este el encargado de la fábrica, que cobraba 160 reales a la semana y un 10% de los beneficios—, funcionó con un contrato de diez años y un capital de 320.400 reales. Esta inversión situaba la fábrica entre los vapores más pequeños de Mataró, con 2.200 husos. El capital se repartía de la siguiente manera: Ros, 180.225 reales; Manén, 80.100; y Furest, 60.075. Achard seguía figurando en los registros fiscales como propietario del edificio, pero no lo explotaba directamente. Más tarde, el inmueble pasó por varias manos: Roldós y Rafart (1859), Oliver y Fonrodona, Fonrodona y

Cía (1884) y Joan C. Fonrodona (1899). En 1881, dos hijos de Joan Baptista Achard emigraron a Montevideo «con el objeto de dar a conocer los productos de la industria española».

Joan Mundet

Esta industria de hilados de la calle Sant Joaquim se documenta en 1815, cuando la regentaba Joan Mundet, quien había sido carpintero. Al morir en 1833, dejó el negocio a su hijo Joan Mundet Guanyabens, quien lo amplió un año después, alquilando la maquinaria del hilador Felip Martí Massoni, que había fallecido. La industria de la que se hacía cargo consistía en cuatro máquinas de hilar de 120 husos con los utensilios complementarios, estaba ubicada en la calle Santa Teresa y debía pagar a los herederos 80 reales a la semana. Cuatro años después, sin capital, firmó un convenio con el campesino de Argentona Tomàs Bramona, que le aportó 7.476 reales provenientes de la venta de unos terrenos, acordando repartir los beneficios a partes iguales. El capital no llegó y en 1840, Mundet se vio incapaz de devolver varios créditos, lo que provocó la quiebra del negocio dejando muchos afectados, quienes con la aprobación de Mundet y la supervisión judicial se hicieron cargo de la fábrica y nombraron a Jaume Ferrer como encargado. En noviembre de 1843, se reunieron los acreedores para repartir los productos elaborados y, como debido a la crisis las pérdidas se acumulaban, cerraron la fábrica y repartieron los bienes: seis máquinas de hilar y otros instrumentos de producción. Tras la quiebra, Joan Mundet se trasladó a Barcelona

y en 1852 lo encontramos como mayordomo en la fábrica de hilados que el sastre de Mataró Pere Borrell estableció, alquilando el edificio y el vapor de Valentí Navarro, en la calle del Ciol.

Los Xarau

El carpintero Jaume Xarau tenía una fábrica de hilados que en 1815 estaba en funcionamiento. La crisis de los años veinte afectó gravemente su negocio, y en 1824, viéndose obligado a liquidar la empresa debido a las turbulencias políticas y a su propia enfermedad, llegó a un acuerdo con los acreedores para proteger a su familia. Estos, para no dejarlos en la miseria, permitieron que su hijo, Marià, continuara con la producción a cambio de un pago fraccionado de la deuda. Situada en la calle de Sant Llorenç, la fábrica logró superar las dificultades de los años treinta, como lo demuestran las diversas inversiones inmobiliarias de Marià: compró por 3.000 libras una casa de tres cuerpos en la calle de Sant Llorenç, otra en la calle Sant Ramon, y dejó al hilador Joan Castells Regàs 500 libras, el valor de una partida de algodón en rama; Xarau compraba este producto al por mayor y lo revendía a otros hiladores más modestos.

Sin embargo, en los años cuarenta, la falta de innovación tecnológica provocó un retroceso en la empresa, que seguía utilizando la fuerza animal en lugar de la de vapor. En 1848, con solo 40 obreros y 1.200 husos, era una de las más pequeñas de Mataró. Dos años después, la situación empeoró, los husos disminuyeron y so-

lo tenía 18 trabajadores, por lo que no debía tardar mucho en cerrar. Marià tuvo una destacada actuación política, y en 1842 era concejal progresista del sector moderado.

Josep Mª Xarau, hermano de Marià, que también era carpintero, en junio de 1834, impulsado por el creciente interés en la industria textil, planteó una modesta fábrica de hilados de algodón, con el apoyo de su cuñado, el comerciante Josep Bassó, que le prestó 10.680 reales. Después de años positivos, en 1841 la falta de capital lo obligó a asociarse con Melcior Vidal Vilardebò, un rico comerciante que había hecho su patrimonio con tratos coloniales, y Josep Fornells. Xarau aportó 122.820 reales, Vidal 80.100 y Fornells 42.720. El dinero de Xarau correspondía al valor de la maquinaria y los utensilios de la fábrica; y se trató de una operación de capitalización para hacer posible un aumento de la producción. En ese momento, la fábrica contaba con 16 máquinas de hilar y otros instrumentos, y estaba situada en la calle del Prat.

La compañía no obtuvo resultados, tal vez por la falta de renovación del equipo y la ausencia de vapor; en 1846 se disolvió, y Xarau se comprometió a pagar a los otros socios, ya que no disponía de efectivo. La fábrica de hilados, en la que parece que también se trabajaba el género de punto, no resistió la competencia de las industrias avanzadas, a pesar de que Xarau intentó alquilar una parte de la fábrica de vapor de Josep Mataró, donde en 1848 se le encuentra con 1.920 husos y 37 obreros. No continuó por mucho tiempo, y una nueva crisis industrial lo obligó a la quie-

bra. Entonces alquiló la fábrica a la compañía Busqueta y Sala por un período de cuatro años a razón de 3.738 reales anuales, dinero que debía servir para pagar a los acreedores. Pero al darse cuenta de que el valor de las deudas excedía el de los bienes inmuebles, en 1852 autorizó la venta para hacer frente a las reclamaciones y se las máquinas, que vendió a Jacint Arenas por 36.400 reales, trasladándose después a Barcelona.

Tarrés y Cía.

En marzo de 1840 se constituyó una compañía con el objetivo de establecer una fábrica de hilados. Los miembros de la sociedad eran Joan Mas, Ramon Alom y Vicenç Tarrés. Este último se dedicaba al tejido en un establecimiento situado en la calle de Argentona, fuera de las murallas, un local que la compañía alquiló por 1.922 reales anuales. El pacto establecía una duración de tres años y la contribución igualitaria de los tres socios, quienes se harían cargo de las pérdidas y los beneficios de manera mancomunada. La gestión de la caja estaba a cargo de Ramon Alom, y se comprometieron a presentar cuentas generales cada seis meses. Entre otros acuerdos, se nombró a un mayordomo encargado de los trabajos de fabricación, especialmente «de las clases de hilo que se elaboran, y para el pago de los semanales de los trabajadores». Uno de los socios debía supervisarlo y llevar los libros de cargos y fechas, «como es costumbre en todas las fábricas de sociedades, expresando bien claro y terminantemente los paque-

tes de hilo, los paquetes de hilo de algodón que recibirá y habrá recibido del mayordomo, las ventas que habrá hecho, a qué personas las hará, y a qué precio o precios habrá hecho las ventas».

Por otro lado, dos de los socios debían realizar conjuntamente las compras de algodón en rama, con la condición de que no se superara la cantidad de 3.240 reales; cualquier compra mayor requeriría la aprobación previa de los tres socios. La sociedad se mantuvo durante los tres años pactados, tal como indican las contribuciones, pero no se conoce qué ocurrió con los protagonistas después de este período.

Gras y Trias

Francesc Gras figura como fabricante de hilados desde el año 1829 en la calle del Hospital. A menudo se veía afectado por la falta de recursos financieros y se veía obligado a endeudarse; entre los años 1836 y 1847 se conocen aportaciones de capital a su negocio por un total de 23.100 reales, provenientes de personas del mismo sector. Por su parte, Francesc Trias Lalvi, de tradición en la fabricación de medias, se estableció como hilador alrededor del año 1833. Utilizaba como fábrica una casa alquilada en la plaza Beat Salvador y mandó construir las hiladoras mediante un préstamo de 6.408 reales. En 1850, la estadística de la Junta de Fábricas hace referencia a la sociedad Gras y Trias, que, con 720 husos y 22 operarios, era el establecimiento de hilatura más pequeño de Mataró que aún resistía la competencia de las

grandes industrias. Posteriormente, se pierde el rastro de la sociedad en la documentación disponible.

Esteve Margenat

Esteve Margenat Font era hijo de un conocido carpintero que había hecho fortuna trabajando en la construcción, como prestamista y en otras actividades. Junto con Antoni Cuyàs, inventó en 1819 una máquina para fabricar fideos y pasta de sopa, que permitía amasar harina de manera automática y ahorraba mucha mano de obra. Con este tipo de operaciones acumuló una notable fortuna, ya que su padre era un campesino con pocos recursos. Esteve trabajó como carpintero, dedicándose también a la especulación inmobiliaria. En los años cuarenta decidió montar una fábrica de hilado y tejido en su casa de la calle de Argentona, dentro de las murallas. En 1848, era una de las dos más pequeñas del subsector, con 960 husos y 33 obreros, y debió cerrar pronto, ya que se pierde su rastro fiscal y en los registros notariales aparecen indicios de problemas económicos que lo obligaron a vender dos casas que tenía en la calle de Amàlia por 15.486 reales cada una, un ingreso que destinó a afrontar diversas deudas.

En 1846 intentó sumarse al cambio tecnológico instalando un motor de vapor de 8 caballos en su fábrica. Recibió el permiso correspondiente del ayuntamiento y ya tenía el plano de la nueva edificación cuando renunció al proyecto. Lo que ocurrió fue que era vecino de Josep Bofarull, el comerciante más rico de Mataró,

quien, ante las molestias que le causaría el vapor (humo, olores, ruidos y partículas), le ofreció 21.360 reales si abandonaba el proyecto, y Margenat aceptó la oferta.

Cía. Gordils y Dalmau

En el mes de mayo de 1835 Salvi Dalmau y Joan Gordils pactaron la formación de una compañía para el establecimiento y explotación de un molino harinero de cuatro muelas accionado por la fuerza de vapor. Salvi era un comerciante de Tossa, hijo de Francesc, comerciante del mismo pueblo, casado con Maria Axandri, hija de un notario, que en aquellos momentos tenían su residencia fijada en Barcelona. Joan Gordils Vivas, también de Tossa, era hijo de Benet, que había sido comerciante en aquella localidad, en Palafolls y en Malgrat, y de Tecla Vivas, y también residía en Barcelona, donde se había casado en 1821 con Francisca, hija de Salvi, dedicándose al comercio.

Gordils tenía algunos bienes de poca consideración en Malgrat: dos casas, unas parcelas de tierra sembradas de viña y algún pequeño censo. Los Dalmau poseían tres casas y censos en Tossa, y disponían también de dinero en efectivo que prestaban a crédito. Ambas familias, ligadas por el matrimonio, contrajeron una relación más estrecha al formar la sociedad. Esta se pactó en 1835, y «en su principio consistía únicamente en el terreno y en varios edificios y unos cimientos de consideración, sobre los que estaban y están plantadas las muelas de un molino harinero, movidas por

fuerza de vapor», situado en la calle Sant Agustí, en la antigua huerta de Les Illes, pertenecía por mitades a los dos socios. El molino de vapor comenzó a funcionar hacia 1838; el motor de 20 cv que lo hacía funcionar era uno de los quince que había en Cataluña en aquella época y quizás el único que tuvo esa primera utilización de moler.

Los capitales que hicieron posible su adquisición debían provenir de la actividad mercantil de los dos socios, aunque no se conoce ningún detalle al respecto. Gordils había recibido, al casarse, una dote de 16.020 reales y, en 1836, la legítima de su esposa de 32.040 reales, capitales que, como consta notarialmente, invirtió en la industria. También se conoce alguna operación menor de cesión de terrenos en enfiteusis, que debía ayudar a la capitalización necesaria, pero al no encontrar ningún documento de liquidación de créditos cabe suponer que el dinero provenía de los propios socios. La inversión en terreno, edificio y máquina de vapor fue, según declaración de los interesados, de 480.000 reales.

El vapor estaba previsto para hacer funcionar una fábrica de hilados, cosa que se produjo de inmediato, ya que una inversión de aquella envergadura había de ser rentable al máximo. Cabe señalar, sin embargo, que moler grano era un buen negocio y que este molino quitó mucha clientela a los que había en la ciudad movidos por agua; las cifras del impuesto de 1843 así lo indican. En unos momentos en que la fábrica de hilar estaba en pleno rendimiento, pagaban 320 reales por el molino, 264 reales por las

máquinas de hilar y 94 reales por la productividad más elevada en comparación a las fábricas que no funcionaban con vapor.

La fábrica de hilados la determinaron construir Joan Gordils y su cuñado Ferran Dalmau, que adelantó el dinero para construir el edificio y comprar la maquinaria. Dos terceras partes de la compañía quedaron en manos de los Dalmau y la otra en manos de Gordils. La obra duró unos años, pero una parte de la misma comenzó las tareas productivas desde el primer momento, y en 1839 la hilatura a vapor estaba en activo.

Las cifras de la mecanización del establecimiento no coinciden demasiado en los detalles, pero puede afirmarse que el número de husos siempre se mantuvo alrededor de 4.000 y 5.000. En 1841 había 20 máquinas de hilar de 240 husos, que hacían un total de 4.800. En 1848, los 4.050 husos documentados pertenecían exclusivamente a máquinas selfactinas. Ellos fueron los primeros de Mataró en utilizarlas. La estadística de 1850, en cambio, dice que los 4.048 husos eran 1.648 de selfactinas y 2.400 de *mule-jennies*. Y en el inventario de la quiebra de la fábrica, hecho en 1867, constan cuatro *mule-jennies* con un total de 960 husos y diez selfactinas con 3.088 husos, que dan una cifra global de 4.048, junto con doce cardas inglesas, mecheras, etc. En 1850 trabajaban allí 66 obreros y se producían mensualmente 15.406 libras de hilo, siendo la segunda fábrica en importancia de la ciudad.

La industria parece estabilizada en este nivel desde el comienzo, y solo puede constatarse la transformación, hacia 1844, que resulta de incorporar máquinas de tejer al proceso productivo. En 1852 tenían 52 telares *jacquard* y utilizaban los servicios de un taller de recomposición de máquinas adjunto al establecimiento. En 1867 contaban, para el tejido, con ocho telares mecánicos.

Hay constancia de muchas protestas de Gordils por la cuantía del impuesto de industria y comercio, que a veces se le consideraba, como, por ejemplo, cuando adujo que en 1840 había tenido la fábrica cerrada, pero en general debía pagar la cuota. En 1841 el ayuntamiento no le acepta el recurso, argumentando las utilidades que le daba la fábrica de vapor, muy superiores en comparación a los otros establecimientos. En 1844 vuelve a protestar y en la discusión con los regidores «se notaron algunas expresiones fuertes e indecorosas», lo que dio lugar a una querella que fue resuelta con una multa para Gordils. Nuevas reclamaciones en 1847 al no querer dar datos referentes a la producción, y después se queja de la cifra impuesta. Intervino incluso el jefe político para calmar los ánimos, porque Gordils era regidor y algún compañero de ayuntamiento le daba apoyo.

Los socios llevaron una vida pública activa. Ferran Dalmau es regidor los años 1850 y 1852, y contador de la primera junta de la Caja de Ahorros en 1862. Gordils también es regidor en los años 1846 y 1848, y al morir en 1852 deja todo su capital invertido en la fábrica, que heredó la viuda. Esta y su hermano continúan el

negocio hasta la quiebra del año 1864. Los motivos que llevaron a esta situación deben relacionarse con la grave crisis industrial que se padecía en aquella época. La Cía. Gordils y Dalmau entró en una dinámica que precipitó la crisis: la pérdida de más de 150.000 reales en 1864, junto con otras anteriores, se intentó superar con una progresiva captación de capitales a crédito. Endeudamiento que, al producirse en un marco de estancamiento económico, no pudo dar los resultados de relanzamiento esperados, y al final se optó por la quiebra que, según diversos documentos no demasiado precisos, puede situarse por encima de 1.600.000 reales. El pleito consecuencia de este hecho se prolongó más de diez años, entre los diferentes intereses afectados, produciendo una voluminosa documentación legal que aún se conserva.

En la operación de liquidación se formó un inventario del activo de la compañía, valorándose el edificio de la fábrica en 680.000 reales y las existencias de materiales y máquinas en 400.000 reales, cifra que en una segunda valoración se redujo a 360.000 reales, ya que las máquinas de hilar y de preparar el tejido «son bastante atrasadas y ofrecen pocas garantías de provecho», lo que contribuye a la explicación de la quiebra. Tenían máquinas antiguas y no pudieron mantener la competencia por el lado de la productividad.

Compró el establecimiento en pública subasta Rosa Pous, viuda de Julià Viñas, que se encontraba establecida en él en 1869. Hacia

finales de siglo la razón social se había convertido en Viñas y Sanglas.

Los Arenas

Los Arenas son un ejemplo de artesanos de la media que tuvieron la suerte de su lado y, sumándose a la hilatura, participaron en el arranque de los años treinta. Invirtiendo capitales propios y ajenos, se sitúan entre las fábricas de vanguardia y acumulan un patrimonio considerable.

Provenían de Sant Esteve de Palautordera, donde en el siglo XVII conocemos a Pere Arenas que trabajaba como jornalero. Sus sucesores se trasladan a Mataró y durante dos generaciones se dedicarán a la carpintería. Joan Arenas Clivillat, carpintero, inició el trabajo de mediería, actividad que realizaba con su hijo Joan Pau, que obtuvo la maestría hacia 1794, en una pequeña industria de carácter familiar. Fèlix, uno de sus hijos, residía en Cartagena de Indias donde comerciaba los productos que recibía de Mataró.

La crisis del comercio americano hizo que se dedicaran a la hilatura, de la que hay constancia que trabajaban a partir de 1814 en una fábrica bajo muralla entre el Camí Real y la calle Hospital. En aquellos momentos la dirigía Joan Pau Arenas Pla, que transformó el establecimiento mínimo en una industria de envergadura en pocos años. Durante la década de los años veinte las cosas no iban demasiado bien y en 1827 Arenas tuvo que vender una casa para obtener dinero, aunque su suegro le había dado, dos años

antes, a él y a los otros yernos, el beneficio de todos los créditos que tenía concedidos. En 1829 hay indicios de cierta reactivación, como indica el hecho de que comprara una casa en la calle de la Habana por 4.400 reales. Durante los años treinta los indicios de actividad sostenida son continuos, ya que aumenta el patrimonio, especialmente en 1839 cuando realiza diversas inversiones.

En 1844 instalan una máquina de vapor, incorporándose a la revolución industrial. Preludio de esta transformación son una serie de movimientos económicos: en 1840 vende un estirador y una mechera al tejedor Josep Vila por 3.577 reales; en 1844 compra una casa en la calle Pou d'Avall, en enfiteusis, por 1.056 reales; y ese mismo año el abogado Marià Màrgens le deja 22.641 reales para el negocio, que devolvió dos años después, y al mismo tiempo deja 33.962 reales al mediero Carles Manent.

La evolución de la fábrica Arenas puede seguirse a través de la inversión en máquinas y la ampliación de capitales. En cuanto a maquinaria, el establecimiento pasa de contar con *mule-jennies* de 2.640 husos en 1848 a 2.760 en 1850 y 3.200 en 1851; ese mismo año de 1850 se incorporan además selfactinas con 4.700 husos, lo que eleva el total de husos de la fábrica de 2.640 (1848) a 7.916 (1850). Por lo que respecta a los capitales, en 1848 el valor del edificio era de 260.000 reales, la maquinaria de 158.000 y el de circulación de 160.000, lo que sumaba un total de 578.000; en 1853, el capital total ascendió a 1.200.000 reales.

El vapor de 8 cv hacía funcionar una fábrica en la que trabajaban 56 personas y que en 1848 producía 5.610 libras de hilo al mes. La estadística de la mecanización nos muestra el crecimiento en pocos años, a causa de una buena gestión. Así veremos aumentar la capacidad productiva hasta que durante la década de los cincuenta se produce un salto cualitativo al incorporar máquinas selfactinas. Siempre dedicándose también, de manera marginal, a la fabricación de medias, oficio que Joan Pau Arenas nunca abandonó.

El progreso de la fábrica tiene una relación directa con el crecimiento del patrimonio de los Arenas. Así, cuando Joan muere en 1811 solo lega algunos telares y dinero en metálico y propiedades de reducida importancia. Al morir su hijo Joan Pau en 1852, dejaba una herencia sustanciosa: diez casas, la fábrica con toda la maquinaria, los bienes de la casa, censos y 200.000 reales en créditos, capital circulante y género elaborado. Dejó la titularidad de los bienes a su hijo Jacint, aunque su hermano Josep siempre figuró como partícipe en las fábricas.

La industria del Camí Real pasa a un segundo plano cuando deciden construir una nueva factoría de grandes dimensiones: El Vapor Nou, que inician los hermanos Jacint y Josep Arenas junto con los también hermanos Antoni, Agustí y Ramon Rosal, de los que hablaremos al tratar del tejido. Estaba situada en la calle de la Mercè esquina con el Rec del Molí (ahora calle Lepanto), en el edificio que después utilizó la papelera Can Fàbregas. La Cía. se

denominaba Arenas y Rosal, y se formó por escritura privada el 22 de noviembre de 1853, con la intención de llevar adelante la fabricación de hilados y tejidos.

Los socios compran en enfiteusis un terreno de 3.575 canas cuadradas, que les cuesta 12.000 reales y por el que debían pagar un censo redimible al 3% de 2.800 reales anuales. El pacto era para veinte años y el capital lo representaban seis acciones: tres los Arenas por 600.000 reales, dos los Rosal por 400.000 reales, y una Rosa Llibre por 200.000 reales. Entre los Arenas y los Rosal, desde el buen principio se manifestaron problemas de carácter administrativo que llegaron incluso a una demanda judicial, situación que se resolvió liquidando la Cía., que pasó a manos de los Arenas. Devolvieron a los Rosal y a Rosa Llibre sus capitales y 12.000 reales en concepto de perjuicios.

La nueva factoría comienza la producción en 1856 y tenemos un inventario de los enseres que la componían. Había un vapor de 40 cv que los hermanos Alexander de Edimburgo, establecidos en Barcelona, habían construido por 216.000 reales. Era del sistema de media presión con dos cilindros y lo instalaron en 1856. En el tejido había 160 telares mecánicos y en la hilatura cuatro batanes de hierro, 23 cardas, siete mecheras, una máquina de esmerilar, dos de urdir, dos de bobinar, una de parar, once selfactinas con un total de 4.700 husos y 22 *mule-jennies* con 3.216 husos. Dieciséis de estas últimas las había comprado a Josep M. Xarau en 1852 por 36.400 reales. De esta manera, en cuanto a capacidad

productiva e inversión de capitales, se situaba en el segundo lugar de la ciudad. La antigua fábrica del Camí Real continuó bajo la dirección de un encargado, dedicada al terciopelo.

Jacint Arenas murió en 1864 y la prensa lo presentaba como «descendiente de la casa industrial más antigua de esta ciudad, y actualmente el jefe probo y entendido de uno de los establecimientos que la misma posee más grandiosos y acreditados». En aquel momento era primer teniente de alcalde y había sido regidor en 1854, con el ayuntamiento moderado. Jacint dejó una herencia valorada en 1.200.000 reales que consistía en la fábrica, dos casas en Mataró, una en Llavaneres, tres parcelas de tierra, unos créditos y un importante patrimonio en Sant Iscle de Vallalta: dos masías y 35 censos enfitéuticos. En aquellos momentos la fábrica pasó a correr bajo el nombre de Josep Arenas Maynou, y al morir este en 1886, se hizo cargo la viuda.

Busqueta y Sala

La fábrica de Can Massot

El origen de la factoría más importante de Mataró debe situarse en el año 1837, cuando Ignasi Sala y Jaume Busqueta establecen una compañía para realizar la hilatura, el tejido y el blanqueo de artículos de algodón. Sala era de Manresa e hijo de una familia relacionada con el textil que se traslada a vivir a Mataró para dirigir como técnico la nueva fábrica. Busqueta, natural de Sant

Llorenç Savall, residía en Barcelona y se dedicaba al comercio y a la hilatura. Durante la década de los años treinta lo encontramos dirigiendo el ramo de hilados dentro de la Comisión de Fábricas.

Los socios arrendaron durante cinco años la casa propiedad de Desideri Torras llamada Mas Fogueres del Torrent, y de apodo Can Massot, situada cerca de lo que pronto serían las calles de Cristina e Isabel. Les costaba 34.218 reales al año, y también alquilaron a Pau Gallifa un grupo de casas vecinas por 3.951 reales.

La fábrica, bajo la dirección técnica de Sala y la comercial de Busqueta desde Barcelona, pasó rápidamente a convertirse en el establecimiento de mayor envergadura de la ciudad. La inversión de una notable cantidad de capitales, que desconocemos, pero que debe situarse alrededor de 300.000 reales, hizo posible la adquisición de una maquinaria moderna que no estaba al alcance de la mayoría de hilaturas de la ciudad.

Cuando en 1841 acabó el período contractual ya estaba establecida la sociedad para construir una fábrica más avanzada y grande. Aun así, Sala volvió a alquilar el edificio de Can Massot y formó la sociedad en comandita Sanpera, Torras y Cía, en el mes de agosto del mismo año, para realizar el tejido. Los socios eran Ignasi Sanpere, Francesc Torras, Ignasi Sala y Jaume Busqueta, que participaban a partes iguales en los 53.400 reales de capital. La Cía. se disolvía cuatro meses después porque los socios consideraban que su continuación no era rentable. La fábrica fue

funcionando un tiempo hasta que a Sala se le presentaron problemas por falta de pago de alguna anualidad de alquiler.

El vapor de la calle Sant Agustí

El día 5 de junio de 1840 se formó ante el notario de Barcelona Ramon Torras y Golorons la Cía. Busqueta y Sala con el propósito de llevar adelante la fabricación de hilados, tejidos y blanqueo de algodón. No se trataba de una ampliación de la antigua sociedad que corría bajo el mismo nombre, ya que era toda una idea empresarial diferente la que había detrás: formar una fábrica con todos los avances técnicos del momento, en particular la fuerza de vapor y máquinas selfactinas, para lo cual se pactaba la construcción de un edificio adecuado al nuevo negocio, que se concertaba para cinco años y un capital de 600.000 reales.

Los socios eran Antoni Sala Basany, comerciante, vecino de Barcelona, que aportaba 100.000 reales; Pere Rius, de Canyamars, comerciante y vecino de Barcelona, con 100.000 reales; Silvestre Dalmau, de Canet, con 100.000 reales; Jaume Busqueta e Ignasi Sala aportaban los otros 300.000 reales, en forma de máquinas. Busqueta tenía la firma comercial y se encargaba de las compras de algodón, por lo cual cobraba un salario semanal de 120 reales. También iba a su cargo dirigir la casa comercial que tenía la Cía. en Barcelona, en la Rambla dels Estudis número 6, el mismo domicilio de Busqueta, donde se vendían y negociaban los géneros producidos en la fábrica de Mataró, que por contrato dirigía

Ignasi Sala. También se pactó que los socios pudieran retirar cada año la mitad de sus intereses y la reinversión del resto.

La Cía. se fue renovando cada quinquenio, momento en que ante notario se producían los nuevos pactos, las ampliaciones oficiales de capital y la entrada de nuevos socios. En diciembre de 1846 el capital estaba dividido en seis acciones y tres cuartos de acción, que se repartían de esta manera: Jaume Busqueta, una acción y media; Silvestre Dalmau, una; Pere Rius, una; Antoni Sala, media. Las otras estaban en manos de los nuevos componentes de la sociedad: el fabricante de hilados de Mataró Jaume Baladia, con media acción; Ignasi Sanpere, cuñado de los Sala, con tres octavos de acción; Josep Matheu Ribera, en representación de su yerno el abogado Josep de Caralt, con una acción; e Isidre Sala Basany con siete octavos. Ignasi Sala no renovó su participación y la Cía. le quedaba debiendo 296.402 reales, que había de cobrar en tres años, cosa que no se hizo efectiva ya que en el quinquenio siguiente vuelve a constar como miembro de la compañía. En 1844 Jaume Baladia se hizo cargo de la responsabilidad de contable y dirección de la factoría, sustituyendo a Ignasi Sala.

La evolución del capital de la Cía. Busqueta y Sala refleja el crecimiento sostenido del negocio. En 1840 el capital ascendía a 600.000 reales; en 1846 había crecido hasta 1.179.360 reales; en 1848 alcanzaba los 2.699.000 reales; en 1851 los 2.717.920 reales; y en 1857 llegaba a los 3.578.900 reales, convirtiéndola en la empresa más poderosa del sector en Mataró.

En 1851 se volvió a renovar el pacto, que esta vez incorporaba con media acción a Pau Vilaregut, el conocido fabricante barcelonés. Continuaba Baladia como gerente, pero se nombró una junta directiva con Vilaregut, Caralt, Ignasi Sala y el propio Baladia. La renovación de 1857 consistió en una ampliación de capital y en el traspaso de la gerencia a Antoni Sala.

La nueva fábrica había comenzado a construirse en 1840 en la calle de Sant Agustí, sin ningún permiso del ayuntamiento, lo que motivó conflictos entre Ignasi Sala y el consistorio, que pedía la legalización de las obras. Se llegó a embargar el edificio, lo que provocó la ira de Sala, que «contestó de un modo brusco y altanero que no presentaría el plano y haría el edificio». Acabó, sin embargo, pidiendo permiso, que le fue concedido. La obra del gran edificio duró mucho tiempo y, en los accesos, años después todavía se trabajaba.

La producción se inicia en 1844, después de que en ese año se recibieran las máquinas nuevas, seguramente selfactinas, y se instalara un vapor de 15 cv. Poco después de iniciar la producción, en 1845, se rompen las calderas y se paraliza la fábrica. La reparación corrió a cargo del técnico Roberto Arrison. El mismo año, y en presencia de José Moore, representante de la casa Hich & Bottom, y de José White, maquinista, se hicieron pruebas del consumo de carbón: cada cinco horas gastaba 12 quintales a la presión de 36 libras. Los problemas se resolvieron pronto y la fábrica continuó sin contratiempos.

Referente a la producción, tenemos el detalle de 1848, que era de 30.000 libras de hilo al mes, de los números 20 al 30. En cuanto al tejido, datos de 1851 informan que se trabajaban piezas de seis palmos de ancho de algodón blanco de 2.501 a 2.899 hilos y, también en ese año, hilo de los números 4 al 21. La marca de la casa era un sol radiante y en algún momento tuvieron que hacer gestiones para perseguir falsificadores del emblema.

Los géneros se enviaban a Barcelona para su comercialización. Viaje que antes del tren se hacía con un carro alquilado a 72 reales el trayecto. Este traslado había provocado más de un incidente con las autoridades por cuestiones fiscales. En 1846, a Busqueta y Sala y al fabricante de tejidos Aleix Baulenas, en Barcelona querían hacerles pagar la contribución como almacenistas de géneros de algodón, cosa a la que se opuso la Junta de Fábricas y los interesados afirmando que en la capital no hacían ningún tipo de negocio y que solo les servía de tránsito. Manifestaban: «que sin tener comercio de ninguna clase en esta capital, ni otra industria que la de sus establecimientos en dicha ciudad [Mataró], forman sin embargo en Barcelona el depósito de los productos de aquellos, ya para darles la última mano, ya por ser el mercado general desde donde se expenden para varios puntos del Reino sin tener aquí consumo de ninguna clase».

En cuanto a las formas de producción, además del trabajo en la factoría, la Cía. hacía contratos con diversas personas para que trabajaran para ellos. En 1845 dejan al tejedor de Argentona

Miquel Suari dieciocho telares completos para hacer piezas de cinco cuartas. Suari se comprometía a pagar por los enseres un total de 4.180 reales y la Cía. le suministraría el hilo y le pagaría 5 reales por cada pieza tejida. El mismo acuerdo se establece con el tejedor de Mataró Josep Alsina, a quien dejan quince telares. En 1846, el convenio lo hacen con dos tejedores de Sant Genís de Vilassar que tenían una pequeña fábrica dedicada a hacer aparejos. Al año siguiente lo acuerdan con las mismas condiciones, pero con una duración de un año, con el tejedor de Cabrera Joan Valls.

La preeminencia de la fábrica Busqueta y Sala viene determinada por la importante aportación de capitales que se produjo en su fundación y años posteriores, y la progresiva inversión en el negocio por parte de los socios que, recordémoslo, habían pactado la reinversión automática de la mitad de los beneficios anuales. La cifra de 1848, elevada pero explicable, hay que entenderla en el contexto de que fue suministrada por una fuente diversa de las otras —los protocolos notariales—, tratándose de datos del Padre Rius —que los recogía para el diccionario de Pascual Madoz—, y la gran diferencia que muestran con los de 1846 se justifica porque en este caso se trata del dinero invertido en edificios, máquinas y circulación, y no de la exclusiva inversión de los socios. Porque la Cía. tenía otras formas de capitalización, como eran los préstamos. El propio Josep de Caralt, socio de la Cía., tenía en 1847 prestados 50.057 reales.

Con ese dinero la mecanización se fue afianzando y en 1848 ya contaban con 7.000 husos: 3.400 de *mule-jennies* y 3.600 de selfactinas. En la hilatura trabajaban 134 personas y en toda la industria, según la cifra que da el propio Sala al ayuntamiento, unas 800 personas, cantidad importante. En 1851 en el tejido tenían 80 telares mecánicos, que dos años después eran 120. En el blanqueo, que tenía un vapor de 3 cv, trabajaban en 1848 dieciocho hombres que blanqueaban cada mes 3.200 piezas de 25 canas y cobraban un salario de 10 reales al día. Busqueta y Sala también tenían alquilado el blanqueo de la razón social Vilaregut y Sala situado cerca del molino de Llauder, hasta que en 1851 lo adquirieron. Sin detalles sabemos que en 1858 funcionaba la Cía. Sala, Baladia y Coll en el antiguo edificio de Aleix Baulenes en la calle Unió.

En la década de los cincuenta la fábrica fue aumentando su capacidad productiva con la implantación de un vapor de 30 cv, a pesar de los graves conflictos que frecuentemente se planteaban, al ser el centro de la problemática obrera reivindicativa. Quizás para prevenirlos, la Cía. ayudaba económicamente en tiempos de paro industrial. En 1847 dan 2.000 reales para asistencia pública y durante el cólera de 1854 adelantan 20.000 reales sobre la contribución para atender las necesidades.

En períodos que van más allá de nuestro estudio se produjeron los hechos más graves de la vida de la factoría. El 6 de abril de 1860 un incendio, cuyo origen no pudo determinarse, destruyó

gran parte del edificio y la maquinaria, y la reconstrucción costó 1.567.640 reales: «Los pitos de los bomberos anunciaron el siniestro. Acudieron muchos: el fuego había tomado tanto incremento que hubiera sido temeridad detenerse en ahogarlo, así que solo se trabajó para que no comunicara con los edificios contiguos [...] y las fábricas de Esquerra y Gordils cuyas ventanas y tejados besaron más de dos veces las llamas del edificio incendiado. Era aquel espectáculo, sorprendente, horroroso y triste. Se dice que se salvó de la fábrica la caja que contenía algunos miles de duros, algunos papeles, etc.» En 1870 se produjo un intento de incendio, repetido en 1872 en medio de una huelga. En esta época los trabajadores llamaban la fábrica la Rusia pequeña por la intransigencia de los dueños.

Josep Mataró

En 1839 se formó la razón social Guanyabens y Cía., que agrupaba al comerciante barcelonés Josep Mataró, al comerciante de Mataró Manuel B. Guanyabens y al matrimonio de hacendados Fortuny-Senromà. Tenía como objeto la instalación de un molino harinero movido por vapor, para lo cual se construyó un edificio adecuado entre las calles Sant Joan, Sant Pere y Sant Onofre, en un terreno de los Fortuny. La participación en la Cía. era del siguiente orden: Mataró tenía la parte fundamental de la inversión, con 552.400 reales; Guanyabens, 48.600 reales; y los Fortuny, 88.880 reales, en representación del capital del censo del terreno.

El molino funcionó del 1841 al mes de septiembre de 1843 y los socios se repartieron los siguientes beneficios: Mataró, 12.520 reales; Guanyabens, 1.100 reales; y los Fortuny, 2.000 reales. Los exiguos beneficios hicieron que se disolviera la Cía., y de inmediato se formó una nueva para explotar más intensamente la fuerza de 20 cv del motor de vapor. Sobre esta sociedad no tenemos muchos datos, pero es seguro que Guanyabens se desentendió del negocio y Mataró quedó como único propietario, dedicándose a alquilar el edificio como fábrica de hilados a diversos industriales que no disponían de un capital suficiente para hacer frente a los costes de establecerse.

El vapor de Josep Mataró fue utilizado, en diferentes épocas, por muchos fabricantes que coexistían en aquel edificio de grandes dimensiones: Josep M. Xarau (1847-1850), Melcior Alsina y Cía. (1857), Joaquim Esquerra (1847-1853), Miquel Biada (1847-1869?), Mas Germans (1869), Viuda de Josep Mas Esteve (1885), etc. Esta fábrica, en la que en 1848 trabajaban 150 personas, parece que cerró sus puertas en 1917.

Miquel Biada

Se trata del establecimiento de hilatura que Miquel Biada, el impulsor del primer tren de España, tenía dentro de la fábrica de Josep Mataró. Consistía en 1847 en ocho máquinas de hilar *mule-jennies* de 120 husos, seis selfactinas de 300 husos, que hacían un total de 2.760 husos, diez cardas y otros enseres del oficio, accio-

nados por 50 obreros. La estadística de 1850 indica que la capacidad productiva era estable. Dos años antes había muerto Miquel Biada y el negocio pasó a los tres hermanos Biada y Prats bajo la razón social Germans Biada y Cía. Dos de ellos eran comerciantes en Barcelona y el otro en La Habana. En 1855, además de la hilatura, se dedicaban al género de punto con cuatro telares circulares. El fin de la industria debe situarse hacia 1869, al ser traspasada.

Josep Gironès

Josep Gironès Pujolà, de Barcelona, se traslada a Mataró en los primeros años del siglo XIX, donde se casa e inicia un negocio de tejido de algodón. Tenemos pocas noticias, pero sabemos que durante los años veinte en su fábrica se realizaba la hilatura y el tejido y debía ser de las más importantes, ya que proporcionaba a su propietario beneficios suficientes para ir haciéndose un patrimonio inmueble. En estos años se produce un primer crecimiento financiado a través del crédito: Gironès establece censos sobre diversas fincas, recibe en 1821 un préstamo para hacer obras de 4.700 reales y tres años después le dejan 20.000 reales para negociarlos en la fábrica a cambio de una cantidad anual en concepto de beneficios, etc. Josep Gironès en estos años debía ser una persona de cierta consideración dentro del mundo industrial de Mataró, porque en los años 1824 y 1831 fue nombrado diputado del común.

La fábrica estaba situada en el Ravalet, entre esta calle y la de Sant Pelegrí, y a la entrada había una tienda de ropa donde se vendían piezas de tejidos de diversos estilos, pañuelos, chaquetas, indianas, etc. En 1843 contaban con nueve máquinas de hilar *mule-jennies* de 120 husos que habían costado de 3.204 a 4.613 reales. Una mechera francesa, que era el utensilio más caro, había costado 20.025 reales. Todo el instrumental importaba un total de 79.160 reales. La inversión en el tejido era más modesta, unos 10.263 reales, coste de los telares de madera para hacer terciopelo y camisetas, que por unidad iban de 1.516 a 2.563 reales.

Para el tejido tenía 17 telares, pero Gironès utilizaba habitualmente el trabajo doméstico y en 1843 tenía alquilados 27 telares a diversas personas: a Francesc Culla dos de comunes, a Pere Puig dos de comunes, a Antoni Marquès uno de camisetas, a Joan Pla dos de camisetas, a Antoni Delies uno de camisetas, a Joan Forest uno de hacer chaquetas de terciopelo de cotí y lana y a Josep Puig once de cuadrados. En la factoría había un tinte de reducidas dimensiones para los acabados.

De la importancia del establecimiento en su etapa preindustrial nos habla el hecho de que en 1843 hubiera un total de 36.824 reales de ventas no liquidadas y que los clientes se extendieran por todo el ámbito catalán: Arenys de Mar, Santa Coloma, Sant Celoni, Barcelona, Breda, Malgrat, Granollers, Pineda, Girona, Calella, Hostalric, Lloret y Mataró. Esta lista parcial de clientes es

un indicador del circuito comercial del textil, que, en este caso, parece volcado al mercado regional.

El capital invertido en la fábrica Gironès evidencia un claro crecimiento: en 1843, la maquinaria valía 89.423 reales y la circulación 140.793 reales, sumando un total de 230.216 reales; en 1848, el edificio alcanzaba los 170.000 reales, la maquinaria los 220.000 reales y la circulación los 150.000 reales, sumando un total de 540.000 reales. En cuanto a los husos en activo, las *mule-jennies* pasaron de 970 en 1843 a 1.680 en 1848, y a 1.900 en 1850, retrocediendo a 1.680 en 1854.

Gironès, para hacer posible el crecimiento de la fábrica, había tenido que endeudarse en los años treinta, pero como nunca tuvo problemas con los acreedores hay que suponer que las obligaciones se iban cumpliendo a medida que caducaban. Mucho dinero lo había conseguido en forma de censos y alguna aportación de su hermano Miquel, que trabajaba en el negocio. También se conoce alguna operación de préstamo que hace Gironès, pero son irrelevantes, ya que sus necesidades de capital eran continuas.

Josep Gironès Pujolà murió en 1843 dejando a sus hijos 5.340 reales a cada uno de ellos. Al heredero, Domènec, le da también 10 telares y el derecho de quedarse en la fábrica, la propiedad de la cual era de la viuda Gertrudis Albanell y del hermano Miquel, que ya dirigía el establecimiento y tenía una pequeña fábrica en el mismo edificio. Al hacer inventario de su fortuna se tiene una

visión de su riqueza: tenía cuatro casas en el Ravalet, una de las cuales era la vivienda familiar, provista de todo tipo de enseres. A un activo de 230.216 reales, la inversión en la factoría, le corresponde un pasivo de 201.147, formado por las obligaciones sobre sus bienes causadas por los censos, deudas de materias primas, máquinas y diversos créditos.

A la muerte del padre, Gertrudis y su hijo Domènec Gironès Albanell (Mataró, 1811-1855) establecen relaciones de compañía en 1845 para un período de cinco años con el nombre de Viuda Gironès e Hijo para llevar adelante el negocio propio y el del tío Miquel. Y, para hacerlo realidad, se plantean la necesaria introducción de una máquina de vapor, ante los continuos perjuicios que sufrían por no poder competir con las industrias que habían adoptado la nueva tecnología.

Hasta aquel momento tenían como elemento motriz «un boliche rodado por tres animales, teniendo otros de descanso». Y después de meditarlo decidieron que «no tienen otro recurso que la plantificación de un vapor para hacer funcionar las dos fábricas al mismo tiempo, que para ponerse al nivel de los otros fabricantes les es indispensable». La inversión era productiva «en razón del progreso que ha tenido el arte de fabricación por medio de las máquinas de vapor, por lo que se reporta una notoria utilidad ya por el mayor número de algodón que se trabaja, ya por el ahorro de operarios, y ya por la compra de animales, su mantenimiento y percances de los mismos». La máquina de 8 cv entró en fun-

cionamiento en 1846 y para poder comprarla recibieron un préstamo por valor de 42.720 reales del comerciante de Barcelona Bonaventura Creus, préstamo que devolvieron en dos años.

Bajo la dirección de Domènec la fábrica vive una nueva expansión, como indica la cifra de capitales invertidos y husos en funcionamiento. La diferencia entre 1843 y 1848 radica en el vapor, ya que la circulación se mantiene estable y la cifra de capitales en edificio debía ser de la misma magnitud, al estar instalados en el mismo lugar. El progreso en cuanto a capacidad productiva sí que experimenta un crecimiento notable, que debió hacer más competitiva la fábrica, que en 1848 tenía 90 obreros ocupados en la hilatura, el tejido y el tinte.

En 1852 construyeron una nave al lado de la fábrica que alquilan a Mateu Serra, de Sant Genís de Vilassar, que instaló allí una fábrica de hilados alquilando también la fuerza del vapor. Pagaba 50 reales al día por el vapor y 4 por el uso del edificio. El mismo año moría el tío Miquel y su parte de la fábrica, seis máquinas de hilar valoradas en 32.000 reales y una tercera parte del vapor, que importaba 22.000 reales, quedó integrada al patrimonio de la viuda y el hijo Domènec, a pesar de los problemas que hubo con la mujer de Miquel. Pronto moría Domènec, en 1855, a la edad de cuarenta y cuatro años, hecho que produjo un trastorno en la familia. Gertrudis y los otros hijos se hacen cargo como tutores de los nietos y, al no tener experiencia, alquilan la fábrica a los hermanos Melcior y Josep Alsina y Torras por 28.000 reales al año:

6.000 por el edificio y 22.000 por el vapor y las máquinas. Los Alsina también trabajaban el tejido y tenían telares redondos de punto.

Al acabar el plazo del alquiler, los Gironès volvían al campo de la producción directa, esta vez en sociedad: Gironès, Estol y Carrau, que se pactaba para cuatro años. Gertrudis Albanell y sus hijos Miquel y Jordi participaban con 144.600 reales, valor de la maquinaria; Pelegrí Carrau Matriz con 40.000 reales; y Joaquim Estol, encargado de la fábrica, con 20.000 reales. Los Gironès quebraron a principios de la década de los setenta y la casa-fábrica del Ravalet fue subastada. En 1870 corría a nombre de la Cía. Alsina y Ferrer, y a principios del siglo XX a nombre de la Cía. Jordana y Espiell.

Antoni Bruguera

El comerciante de Barcelona Antoni Bruguera Martí hizo construir una fábrica de hilados a vapor en 1845, después de una serie de contratiempos urbanísticos con el ayuntamiento. Estaba situada en la calle Massot, en la esquina con el Rierot, y tenía un motor de 12 cv. Bruguera había construido el edificio como inversión y no lo explotaba él mismo. En 1847 los inquilinos eran Josep Molera y Ramon Alsina, que pronto despidieron a los 106 trabajadores que tenían por la crisis industrial y durante tres años la producción se paró. En esos momentos murió el propietario y la

viuda Amèlia Vilanova encargó la gestión de sus bienes a Francesc Burgués.

Tenemos pocas noticias de este establecimiento, pero consta que en 1850 Molera trabajaba allí con 37 operarios y 1.920 husos. De todas formas, la crisis que en aquel período afectó a los fabricantes con menos capitales llevó a Molera a cerrar el negocio y a dedicarse a las medias, que ya compaginaba con la hilatura.

La fábrica la alquiló en 1851 la Cía. Arenas y Caparà, formada por Dídac Arenas Maynou, hermano de los industriales ya tratados, y su cuñado Isidre Caparà, de oficio espartero. Parece que ambos se pusieron en marcha con el dinero que les dejó Joan Pau Arenas, porque ni Dídac, que era veterinario, ni Isidre habían tenido nunca ninguna relación con el sector textil. Esta inversión, que adivinamos mínima, les llevó a errar la prueba, ya que en 1857 constan como inquilinos los socios Rafart y Roldós.

Roldós y Planell

Antoni Roldós Tauran era hijo del sastre Jacint, y a él se debe la formación del patrimonio familiar. Durante los años veinte tenía dos tiendas de comestibles y se dedicaba a la especulación como mayorista de cereales y otros negocios: arrendaba la tahona municipal, compraba casas que después alquilaba, prestaba dinero a crédito, etc. Su oficio era la fabricación de pastas de sopa y tenía una fábrica donde se producía sémola, fideos, etc. Este conjunto

de iniciativas le permitió disponer de un capital mínimo y, sobre todo, contar con una base material de crédito.

La ocasión de emprender negocios de mayor envergadura se le ofreció a raíz de la estabilización política de 1844, cuando se iniciaron diversos proyectos de inversión fabril. Roldós pidió en el mes de mayo de ese año permiso para edificar una fábrica de vapor con un motor de 8 cv, obra que dirigió el arquitecto Miquel Garriga, en la calle del Hospital. La factoría la instalaba la Cía. Roldós y Planell, formada en abril de 1845 para dedicarse a la hilatura durante cinco años. El otro socio era Agustí Planell Navarro, comerciante barcelonés que un tiempo antes tenía un establecimiento de hilados de poca envergadura en las Escaletes; era carpintero, hijo de Agustí, un carretero de Horta.

Planell y Roldós invirtieron 267.560 reales: 211.560 corresponden a Planell por siete máquinas de hilar y otros enseres que aporta a la Cía., y a Roldós los 56.000 reales restantes, que había depositado en metálico y eran el producto de diversos préstamos obtenidos al 6%, endeudándose él y su hijo Anton Roldós Mas.

Dirigían la fábrica Antoni Bonet y Bonaventura Roldós, otro hijo de Antoni, y comenzó a funcionar en 1846, ocupando 75 operarios que producían 15.420 libras de hilo al mes. Las máquinas eran *mule-jennies* con un total de 3.600 husos. El negocio fue bien y Roldós devolvió en dos años los créditos que le habían concedido. En 1850 se disolvió la Cía. tal como había sido pactado y

Roldós recibió de Planell 90.120 reales en concepto de liquidación final. En esos momentos trabajaban en la factoría los cuatro hermanos Roldós, que junto con el padre se hicieron cargo del negocio.

La fábrica fue adelante sin ningún aumento de la capacidad productiva, pero dedicándose también al género de punto, industria en la que eran precursores, ya que con el fabricante de tejidos Francesc Fradera introdujeron del extranjero una máquina de punto mecánico y blondas de diversas dimensiones, de seda y algodón, cuya propiedad les fue otorgada por cinco años.

Roldós continuó al margen de la fábrica con sus negocios inmobiliarios y con el préstamo de dinero, y en 1854 se introdujo en una actividad de mucho éxito entonces: la especulación en valores de minería, comprando una participación en un grupo de minas situadas en Sant Pere de Vilamajor y en El Brull por un total de seis catorceavas partes. Roldós era el presidente y director de la compañía minera y a su muerte los hijos llevaron adelante todos sus negocios.

En el ámbito político sabemos que Antoni Roldós fue regidor en 1836 y miembro del Partido Moderado. Del mismo modo consta la militancia moderada de su antiguo socio Agustí Planell.

Joaquim Esquerra

Joaquim Esquerra Serra (Mataró, 1817-188?) era hijo de Salvador Esquerra, que había sido comerciante, entre otros lugares, en la villa de Güines, en Cuba, y que murió en 1836 en Mataró. Entonces Joaquim, menor de edad, dio poderes a Joaquim Andreu, de La Habana, para que interviniera en la partición de bienes con sus hermanos Salvador y Bonaventura, también residentes en Güines, ya que el testamento indicaba partes iguales entre todos los hijos.

Salvador, el padre, murió en su casa de la calle Sant Agustí, donde vivía con su esposa Mariana Serra, y dejó en Mataró los siguientes bienes: una casa en la calle Sant Francesc, algunas docenas de medias con las que comerciaba y 300 duros de plata. Se hizo cargo de Joaquim, durante la minoría de edad, su tío Joan B. Coll y Massoni, un acomodado comerciante de la ciudad que había sido piloto. Cabe notar que en 1837 se inauguró el primer tramo de tren de La Habana a Güines, el primero en territorio español.

Joaquim marchó a América en 1837, como él decía «a probar fortuna», pero no residió allí mucho tiempo porque en 1841 ya lo encontramos establecido como fabricante de hilados y tejidos en la casa de la calle Sant Francesc de Paula. En ese mismo año le habían dejado dinero para ampliar la hilatura; concretamente consta una aportación de 33.962 reales. La colaboración del tío

fue decisiva para el futuro del negocio, ya que supuso una gran aportación de capitales que entre los años 1842-1847 puede calcularse en 173.966 reales.

Esta capitalización le permitió acceder a montar su propia fábrica dentro del establecimiento de vapor de Josep Mataró y comprar ocho máquinas *mule-jenny*: una de 300 husos y siete de 240, todas de hierro. También una de madera de 120 husos, nueve cardas grandes de hierro, dos batanes también de hierro y tres mecheras del mismo material.

En 1848 estaba instalado dentro de la fábrica Mataró y contaba con devolver los créditos recibidos del tío al cabo de un año con los beneficios de la producción, cosa que no sabemos si se produjo. Lo cierto es que al morir Coll en 1856 le dejó todos sus bienes, de gran cuantía, porque durante los años treinta figuraba frecuentemente entre los mayores contribuyentes.

En 1850 la fábrica Esquerra tenía 2.400 husos y 50 operarios, y animado por el éxito industrial y nuevas perspectivas de ganancias, Joaquim decidió construir una factoría propia a vapor. Cosa que llevó a cabo en 1853 comprando por 42.720 reales un terreno en la calle Sant Agustí, al lado de las compañías Gordils y Dalmau y Busqueta y Sala. El nuevo establecimiento entró en funcionamiento en 1854 y supuso para Joaquim un endeudamiento de 82.983 reales.

En 1886 regentaba la fábrica su viuda y diez años después consta a nombre de Hijos de Esquerra. De Joaquim no conocemos ninguna actuación de signo político, pero sí el importante lugar que consiguió dentro de la burguesía de Mataró, como prueba el hecho de que en 1862 fuera nombrado tesorero de la primera junta de la Caja de Ahorros. En cambio del tío Coll consta su actuación como constitucionalista durante los primeros años del período liberal.

Cía. Planell y Bonet

Agustí Planell, al acabar la asociación con Roldós, se llevó a uno de los directores de la fábrica: Antoni Bonet, con quien ya había tenido relaciones en su antiguo establecimiento de hilatura en la bajada de las Escaletes. Los dos formaron compañía para implantar una fábrica de hilados con vapor en la calle Sant Ramon, que inició los trabajos en 1850, aunque el edificio no fue terminado hasta 1854, cuando llegó la máquina de vapor de 12 cv encargada a una fábrica de Ruán en Francia, que costó 88.110 reales. Estos dineros, junto con el coste del edificio y otros gastos, hacen un total de 279.506 reales invertidos en el negocio, recogidos mediante crédito. La compañía no duró mucho tiempo y pronto consta a nombre de Antoni Bonet, y en 1862 como Bonet y Cía. Este, que había comenzado trabajando como técnico, consiguió con la fábrica una notable fortuna y en 1862 figuraba como segundo director de la primera junta de la Caja de Ahorros. En años poste-

riores la fábrica fue a nombre de Fonrodona y Cía., Minguell, Peradejordi y Cía., Minguell y Cía. y Vda. Minguell y Cía.

Fábricas de tejidos

Pau Codina

Pau Codina era oriundo de Sant Iscle de Vallalta, hijo de Jordi, campesino de la localidad, que de pequeño vino a residir a Mataró. Pau se dedicó al comercio y a fabricar tejidos. La combinación de ambas actividades le dio buenos resultados y su fábrica fue situándose en un lugar destacado en la industria local. Hacía tejidos en crudo y en 1850 contaba con 32 telares sencillos y 46 operarios. Por la cifra del impuesto, sabemos que era un establecimiento notable en esta época aunque quedaba lejos de las fábricas que utilizaban telares mecánicos. Al morir Pau continuó la industria su hijo Lluís, ya que el primogénito Francesc era ciego. Otro hijo hacía de cerillero en Barcelona y el último, Carles, recibió en herencia 16 telares de fabricar aparejos.

Sebastià Rodon

Sebastià Rodon había nacido en Cabrera, hijo del campesino Josep, y tenía establecida en Sant Joan de Vilassar una pequeña industria de tejidos en los años treinta. Sabemos que en 1836 su suegro Jaume Abril, campesino de Argentona, le dejó dinero para continuar la producción y Rodon se trasladó a Mataró al año

siguiente, donde abrió una fábrica de tejidos. Según la estadística de 1850 tenía uno de los establecimientos más importantes con 95 telares sencillos y 140 operarios. El año siguiente es el último que consta como fabricante de hilados en la contribución.

Joan Campos

Campos era un tejedor de envergadura que hasta los años cincuenta mantuvo la primacía del subsector con 114 telares y 170 operarios. De su actividad conocemos pocos detalles, pero sabemos que tenía la fábrica en el antiguo emplazamiento de Josep Riera y Cía., en las Figueretes, y que en 1845 necesitó una aportación de 16.981 reales para la producción, que devolvía un año después. La fábrica Campos, como otros establecimientos sin telares mecánicos, fue disminuyendo progresivamente su importancia relativa. En 1860 en el caserón de las Figueretes había instalada la Cía. Tió, Rivas y Ortiz, que hacían funcionar un vapor, lo que prueba la quiebra de Campos. En 1840 había comprado con el cerrajero Bartomeu Carreras la fábrica de hilados de Joan Castells Costa, en la plaza de Sant Cristòfor, por una cifra de 63.012 reales. Operación de tipo especulativo, porque al año siguiente la venden de nuevo al comerciante de Barcelona Manuel Verdaguer.

Los Rosal

La familia Rosal era de Berga, donde Josep y su hijo Anton Rosal y Farriols eran herreros. Este último montó, en los años treinta,

una industria textil que funcionó toda la década. En aquellos momentos sus tres hijos —Anton, Agustí y Ramon Rosal y Cortina— establecieron conjuntamente en Mataró una fábrica de tejidos en la calle Montserrat. En 1841 los encontraremos cotizando por primera vez, y a partir de entonces su industria fue en aumento: de los 30 telares jacquard que tenían en 1851 pasaron dos años después a 55. En 1849 Ramon mantenía una industria de tejer, aparte de sus hermanos, con diez telares.

Sin abandonar su actividad de tejido, en 1853 se pusieron de acuerdo, como ya hemos señalado, con los hermanos Arenas para montar una industria de gran envergadura dedicada a la hilatura y el tejido. Pero desavenencias de tipo personal malograron la sociedad, y los Rosal abandonaron la compañía. previo cobro de la cantidad adelantada y de una indemnización. En los años sesenta los hermanos Rosal deshicieron el camino iniciado años antes para volver a Berga, donde levantaron una colonia industrial de grandes dimensiones aprovechando la energía del caudal del río Llobregat.

Dorca, Solanas y Cía.

En el mes de abril de 1854 se constituyó la sociedad Dorca, Sampere y Cía. para fabricar panas y terciopelos durante cinco años. El capital social era de 600.000 reales repartidos en seis acciones paritarias. Los socios participaban de esta manera: Joan Dorca, fabricante y vecino de Olot, natural de La Manera, en Francia, te-

nía una acción y tres cuartas partes; Albert Sala Basany, comerciante, natural de Manresa y vecino de Olot, tenía una acción; Isidre Sala Basany, comerciante, natural de Manresa y vecino de Mataró, tenía una acción y un cuarto; Ignasi Sampere, comerciante, natural de Manresa y vecino de Barcelona, tenía una acción y un cuarto; y Lluís Soler Sampere, natural de Manresa y vecino de Mataró, tenía tres cuartas partes de acción.

Dorca desplazaba su fábrica de Olot para integrarla en la sociedad. Albert Sala era el contable y Sampere, en Barcelona, se encargaba de la gerencia y la gestión comercial. El proyecto contaba con la instalación de una máquina de vapor, máquinas de teñir y todo el utillaje necesario. Y el establecimiento se montó en el edificio de la calle del Prat que era propiedad de Jaume Baladia.

En el mes de abril de 1855 se reformó la composición de la Cía., en la que entraban como socios Josep Solanas Anglada, comerciante de Mataró, y Pere Cusachs. La dejaban, en cambio, Ignasi Sampere e Isidre Sala. Los motivos de esta reforma, que comportó el cambio de nombre de la sociedad, no los conocemos, pero debían ser relativos al funcionamiento de la fábrica y a desacuerdos entre los socios. Problemas que pronto volverían a manifestarse.

En el mes de junio de 1856 los socios se reúnen para analizar la marcha de la fabricación y deciden que, vistos los pobres resultados del teñido, dejarán de hacerlo para encomendarlo a estable-

cimientos especializados. Los socios se quejan de que Dorca compre tanta materia prima y este se molestó: «habiéndose excedido de palabras [...] hasta el punto de haber llegado a expresar que para él había llegado el día de arruinar la compañía [...] que nada le importaba su buena o mala opinión en un país extraño como lo es para él España». En la fábrica había 42 telares mecánicos, y quebró en 1857. En épocas posteriores en el edificio trabajaron: Josep y Melcior Alsina (1862), Cía. Alsina y Ferrer, y los Hijos de Joaquim Esquerra (1899).

Fábricas de medias y punto

Miquel Pou

Un caso notable de fabricante de medias es el de Miquel Pou y Esmandies, que tenía el establecimiento en la Rambla y formaba parte del contingente de industriales en activo desde los años veinte. En la década de los cuarenta se había convertido en el líder del sector. El inventario de sus pertenencias, hecho a su muerte, nos permite acercarnos a la existencia cotidiana y al nivel de vida de una incipiente clase media que vivía entregada al trabajo, como demuestra el hecho de que los telares estuvieran situados en el comedor de la propia casa. Tenía veinte: tres del número 30, siete del número 25 y diez más dejados a diversas personas que trabajaban para él.

El inventario incorpora una lista de los géneros en período de comercialización, lo que nos permite conocer algunos aspectos de los mecanismos de la venta, precios de los productos, clientes, etc. Los lugares donde enviaba medias de algodón y seda son fundamentalmente Barcelona y el ámbito comarcal del Maresme, Madrid y Galicia, y tenía un importante tráfico con Cuba y Veracruz. De todas formas, de esta documentación comercial de circunstancias, es imposible sacar conclusiones sobre el peso relativo del mercado americano y nacional en su negocio, porque es probable que detrás de un comerciante con residencia en Arenys de Mar o Barcelona haya la exportación a América. De todas formas es evidente que la mediería de cierta calidad tenía, durante los años cuarenta, un comercio atlántico importante.

El detalle de las operaciones en curso era el siguiente. En ventas a comisión: Vicenç Juvany (Barcelona), 440 docenas de pares de medias de algodón por un importe de 24.000 reales; Català e Hijos (Barcelona), 19 docenas de medias de seda, 2.960 reales; Camps y Artigas (Barcelona), 20 docenas de medias de seda, 3.420 reales; Salvador Santaló (Barcelona), 28 docenas y seis pares de medias de seda, 4.900 reales; Josep Teixidor (Barcelona), seis docenas y seis pares de medias de seda, 696 reales; Maria Bordas (Arenys), cuatro docenas de medias de seda, 294 reales; Sra. Goday (Arenys), tres docenas y diez pares de medias de seda, 520 reales.

En cuanto a las ventas a partir el beneficio, se trata de encargos que habían sido efectuados de cara a la exportación a América: Pau Pla (El Masnou), 12 docenas de medias, 2.280 reales; Francesc Roca (Mataró), 16 docenas de medias, 2.700 reales; Josep Calvetó Julià (Arenys), 46 docenas de medias, 9.760 reales; Jaume Julià (Arenys), 12 docenas de medias, 2.780 reales; Gabriel Tomàs (Arenys), 38 docenas de medias de seda, 5.740 reales; Joaquim Teis (Arenys), 22 docenas de medias de seda, 4.560 reales; Lluís Valdé (Mataró), 14 docenas de medias de seda, 2.220 reales; Salvador Borrell (Cuba), 123 docenas de medias, 25.500 reales.

En el momento de hacer el inventario había en la fábrica 91 docenas de medias por un valor de 12.800 reales, y Pou tenía concedidos los siguientes créditos en género no cobrado: Camps Artigas (Barcelona), 1.460 reales; Herms y Anglada (Galicia), 1.600 reales; Martí Bantallós (Madrid), 1.600 reales; Esteve Pons (El Masnou), 1.600 reales; Simó Roig (Vilassar), 5.000 reales, que correspondían a una caja de medias de seda que este debía vender en Veracruz.

Cabe fijarse en que en las ventas al mercado nacional Pou iba a comisión, mientras que al mercado americano, más arriesgado pero con posibilidades de unos beneficios más altos, iba a partir los ingresos con los corresponsales. El análisis del precio de las medias por par nos indica que este se fijaba en cada partida y que dependía de las condiciones del mercado. Pou tiene medias vendidas a 6-8,9 reales, pero el precio más usual está en la franja de

12-14 reales, habiéndose dado un caso en que se pagaron a 17 reales, diferencias causadas también por las calidades del producto. Las medias de algodón tenían un precio muy bajo y, en el único encargo que le conocemos de este producto, las vendió a 4,5 reales el par.

También tenía otros negocios. Así, en 1826 había formado compañía con Josep Ribas para abrir una tienda de licores en la calle Sant Josep, que había de durar cuatro años y en la que invertían 8.000 reales. Al morir en 1840, su viuda Rosa y sus hijos llevaron adelante el negocio que cuatro años más tarde fabricaba, además de medias y calcetines, género de punto: camisetas afelpadas de lana fina y chaquetas elásticas. La importancia relativa del negócio, sin embargo, fue disminuyendo y en 1853 sabemos que tenía ocho telares, de los cuales, tres años después, solo quedaban dos en activo.

Marfà-Surià

Gaietà Marfà Guanyabens era un mediero con una larga tradición que en 1815 sabemos que estaba establecido en su casa en un negocio de dimensiones reducidas. Al morir en los años veinte había progresado notablemente y tenía una fábrica con diez telares en la calle Pou d'Avall, una de las más importantes de la ciudad en aquella especialización. El inventario que hizo su viuda Teresa Baladia nos muestra el tráfico comercial de Marfà y nos informa de sus corresponsales.

Una parte de las medias comercializadas iban a Barcelona, donde Vicenç Jubany tenía 298 docenas de algodón. También tenía tratos con América, donde había enviado, con la goleta Las Dos Hermanas, comandada por el mataronés Fèlix Vidal, un baúl de medias de seda con la marca J.G., que correspondía al comerciante de Veracruz Josep Catà, dentro del cual había tres docenas de medias de primera para hombre y tres para mujer de la misma calidad, por una cuantía de 1.890 reales. Otro baúl había sido enviado también a Veracruz a Joan Casanovas, y consistía en seis docenas de pares de medias de seda para hombre y mujer, con un valor de 1.776 reales.

En este caso el precio de las medias de seda es mucho más elevado que en el caso del fabricante anterior. Se trata de productos de seda de primera calidad que cuestan de 24 a 26 reales el par. Pero quizás la explicación de la diferencia de precio no sea la calidad, ya que estos corresponden a los primeros años de la década de los veinte y los anteriores a finales de los treinta. Sabemos que la transformación de la maquinaria se había ido produciendo y que con ella se aumentaba la productividad y disminuían los costes, y este podría ser el motivo de la acusada diferencia.

Al quedarse viuda, Teresa, hermana de Jaume el fabricante de hilados, se volvió a casar en 1826 con Miquel Surià, que también era mediero. Quizás por este motivo o alguno otro de tipo económico, el hijo heredero, Gaietà, de dieciséis años, marchó a América a buscar fortuna en 1828, habiendo recibido de su padrastro y

de su madre doce docenas de medias, la ropa personal y 125 duros. Iba a La Habana a reunirse con su tío Jaume, que en aquella época comerciaba en Cuba.

Teresa mantuvo su industria separada de la de su nuevo marido. El establecimiento de Surià estaba situado en la calle Molas y sabemos solo que funcionó hasta los años cincuenta, cuando tenía escasos tres telares. El de Teresa Baladia estaba en el Camí Real y tenía más envergadura, ya que hasta los años cincuenta mantuvo en funcionamiento nueve telares. En 1846, Teresa y su hijo Llorenç, que era comerciante, formaron compañía para ampliar la industria hacia el género de punto con la fabricación de chaquetas elásticas y camisetas afelpadas y con mezcla. Ella había abandonado a su marido y sin el consentimiento de este formaba aquella sociedad para mantener una autonomía efectiva. En el balance que presentaron al formalizar el acuerdo, en 1847, el capital estaba repartido de esta manera: Teresa, 42.668 reales; Llorenç, 74.699 reales.

Gaietà, el otro hijo, volvió de América en una fecha indeterminada, pero sabemos que en 1851 se establecía como fabricante de género de punto en el Camí Real y que contaba con seis telares. Años más tarde se convertiría en una de las empresas más importantes de Mataró, que duró hasta finales del siglo XX.

Final

Hay momentos en la historia de una ciudad en los que los cambios dejan de ser meras variaciones de ritmo y pasan a alterar la forma misma de vivir, de trabajar y de imaginar el porvenir. Mataró conoció uno de esos momentos a mediados del siglo XIX, cuando la técnica dejó de ser un conjunto de instrumentos al servicio de oficios heredados y empezó a convertirse en una fuerza capaz de reorganizar la economía, el espacio urbano y las relaciones sociales. En aquella ciudad marinera, agrícola e industriosa, la llegada del vapor, la expansión del ferrocarril, la mecanización textil y la reorganización de los intercambios no fueron simples innovaciones dispersas, sino síntomas de una mutación más profunda: la entrada definitiva en la modernidad industrial.

La historia de Mataró permite ver con singular claridad algo que a menudo se contempla de manera demasiado abstracta: la tecnología no transforma solamente la producción, sino también la

experiencia social del tiempo, del espacio y de la vida cotidiana. Cuando el vapor irrumpió en los talleres y fábricas, ya no se trataba únicamente de hilar más deprisa o de abaratar costes. La máquina alteró la escala del trabajo, concentró a centenares de obreros bajo un mismo techo, exigió inversiones de capital cada vez mayores y desplazó el centro de gravedad de la economía desde el pequeño taller hacia la gran unidad fabril. Con ello cambió también el estatuto del trabajador, que dejó de ser en muchos casos un artesano relativamente autónomo para convertirse en asalariado integrado en una disciplina industrial nueva, más rígida y más dependiente de los ritmos de la maquinaria.

Ese proceso no fue lineal ni pacífico. Como en tantas otras regiones de Europa occidental, la industrialización nació entre tensiones, resistencias y ruinas. La revolución industrial no se impuso como un relámpago limpio sobre un mundo inmóvil, sino como una secuencia de crisis encadenadas: guerras, bloqueos comerciales, contrabando, quiebras, hambrunas, impuestos asfixiantes, conflictos laborales y mutaciones del mercado. Pero precisamente ahí reside su verdadero significado histórico. La modernización industrial no consistió sólo en introducir máquinas, sino en obligar a la sociedad a adaptarse a una nueva lógica de competencia, inversión, productividad y escala. Esa lógica fue visible en la mecanización de la hilatura, en la sustitución progresiva de los viejos oficios por establecimientos más grandes, en la aparición de nue-

vas industrias auxiliares y en la consolidación de una economía cada vez más orientada al mercado interior catalán y español.

Vista desde la distancia, esta experiencia forma parte de un proceso occidental más amplio. La Europa del siglo XIX asistió al derrumbe de estructuras económicas y sociales que habían tenido una larga continuidad histórica. Durante siglos, la mayor parte de la vida humana se había organizado en torno a ritmos lentos: la agricultura, el comercio de largo recorrido, los oficios gremiales, la producción doméstica y la circulación limitada de bienes y personas. La revolución industrial quebró esa continuidad al introducir una nueva relación entre energía, trabajo y capital. El vapor, el ferrocarril, la fábrica y las nuevas infraestructuras no fueron simples herramientas: fueron agentes de una reorganización civilizatoria. Allí donde antes predominaban vínculos locales, saberes transmitidos lentamente y economías de escala reducida, comenzó a imponerse un mundo de circulación acelerada, concentración urbana, especialización productiva y dependencia de mercados más amplios.

Mataró participó en ese giro con la intensidad propia de una ciudad que supo leer, aunque no siempre a tiempo, las oportunidaddes de su tiempo. Su historia muestra que la modernización no dependía sólo de la existencia de empresarios audaces o de inventos brillantes, sino de una constelación completa de condiciones: capital disponible, redes comerciales, adaptación institucional, infraestructura urbana, capacidad de absorber población in-

migrante y, sobre todo, voluntad de asumir el riesgo. Algunas familias y empresas lograron hacerlo; otras, que habían sido pioneras, quedaron atrás por no renovar sus máquinas o por no poder sostener el ritmo de inversión que exigía la competencia. Esa selección implacable es una de las señas de identidad del capitalismo industrial: premia la innovación, pero también destruye sin contemplaciones formas de vida, patrimonios y jerarquías anteriores.

En la ciudad, la técnica se manifestó además en ámbitos que a primera vista parecen secundarios, pero que en realidad son decisivos para entender el alcance del cambio. El alumbrado de gas modificó las horas útiles de la vida urbana y dio a calles, talleres y domicilios una nueva continuidad nocturna. El ferrocarril redujo distancias, subordinó el espacio local a redes más amplias y convirtió a Mataró en la primera ciudad española conectada por tren, símbolo temprano de una nueva era de velocidad y conexión. La urbanización respondió a esas transformaciones con la apertura de calles, la elaboración de planos geométricos, la regulación de la construcción, la mejora de servicios y la aparición de equipamientos modernos como la prisión panóptica o nuevas infraestructuras sanitarias. La ciudad no fue un mero escenario pasivo de la industrialización; fue uno de sus instrumentos esenciales.

Al mismo tiempo, la transformación tecnológica reordenó la sociedad en profundidad. La vieja ciudad, todavía atravesada por tradiciones gremiales, por economías mixtas y por una vida ur-

bana de escala más limitada, fue cediendo paso a una comunidad más densa, más desigual y más compleja. La industrialización atrajo población, ensanchó el mercado laboral, multiplicó el consumo, alteró la fiscalidad y desplazó el equilibrio entre sectores productivos. La agricultura siguió siendo importante, pero dejó de ser el centro de la vida económica. El comercio se diversificó y la industria textil se convirtió en el motor principal. En términos sociales, la ciudad pasó de una estructura dominada por pequeños productores, propietarios y artesanos a otra en la que crecían el empresariado fabril, la masa asalariada y los intermediarios comerciales. Ese cambio no fue sólo económico: fue cultural, político y moral.

Por eso el caso de Mataró es tan elocuente. En ella puede verse cómo la tecnología no sólo produce riqueza, sino que redefine la forma en que una comunidad se relaciona consigo misma. El vapor no actuó únicamente sobre los telares: actuó sobre el ritmo de la vida, sobre el perfil de las calles, sobre la composición social del vecindario, sobre la política municipal, sobre la fiscalidad y sobre la memoria colectiva. La ciudad que emerge de ese proceso ya no podía entenderse con las categorías del Antiguo Régimen. Era otra ciudad, con otra economía y otro horizonte. Y, sin embargo, en esa transformación no desaparecieron del todo las huellas del pasado. La industrialización avanzó sobre una base material y social que todavía guardaba continuidades con la ciudad anterior: familias de comerciantes, hacendados, trabajadores del

mar, campesinos del término, antiguos artesanos, redes de sociabilidad local. La modernidad nació, en buena medida, de esa superposición entre lo viejo y lo nuevo.

El final de aquel mundo histórico no fue una larga despedida. Las formas tradicionales de producir, comerciar y habitar el espacio ya no bastaban para sostener una sociedad en expansión. La lógica industrial introdujo una temporalidad distinta: la de la inversión, la amortización, la competencia y el progreso técnico constante. A partir de entonces, el cambio dejó de ser excepcional para convertirse en norma. Esa es quizá la mayor herencia del siglo XIX: haber instalado en la sociedad occidental la certeza de que nada permanecería inmóvil durante mucho tiempo. Mataró vivió ese tránsito con intensidad singular, y por eso su historia local ilumina una historia mucho más amplia. En sus fábricas, en sus calles, en sus conflictos fiscales y laborales, en sus ferrocarriles y en sus máquinas de vapor, puede leerse el momento en que un mundo viejo terminó y otro comenzó a tomar forma.